EL URUGUAY ENTRE DOS SIGLOS



Ministerio de Educación y Cultura

BIBLIOTECA ARTIGAS
Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950



Colección de Clásicos Uruguayos

Vol. 162

Mario Falcao Espalter

EL URUGUAY ENTRE DOS SIGLOS

Cuidado del texto a cargo
de las Profesoras Elisa Silva Cazet y
María Angélica Lissardy de Monserrat

MARIO FALCAO ESPALTER

EL URUGUAY ENTRE DOS SIGLOS

MONTEVIDEO
1983

MARIO FALCAO ESPALTER

Mario Falcao Espalter nació en Montevideo el 2 de marzo de 1892. Fueron sus padres el Dr. Francisco Leonardo Falcao y doña Adelina Espalter.

Cursó estudios —bachillerato de ciencias y letras— en el Colegio de los Padres Jesuitas. En 1925, culminó sus estudios de abogacía, graduándose en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Desde muy joven colaboró en publicaciones periódicas con trabajos sobre literatura e historia.

En 1919, fue electo Miembro de Número del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, y posteriormente fue designado Miembro Correspondiente de la Academia Española de la Historia, de la Academia Nacional de la Historia de Colombia, del Instituto Histórico del Perú y de la Junta de Historia y Numismática Americana de Buenos Aires. En 1925 obtuvo, por concurso de oposición, la Cátedra de Historia y Constitución, y por concurso de méritos, la de Historia Universal, en el Instituto Normal de Montevideo. Dictó, asimismo, cursos de Derecho Internacional Público en la Faculta de Derecho y Ciencias Sociales de Montevideo. Durante el período 1928-1930 realizó investigaciones históricas en Europa, participando en 1931, en el Congreso Universitario Americano, realizado en Montevideo, en el cual fue designado miembro relator. Pronunció, asimismo, en dicha ocasión, el discurso de clausura, en nombre del Rector de la Universidad.

En 1936, formó parte de la Delegación uruguaya a la Conferencia Interamericana celebrada en Buenos Aires. En los años siguientes fue Director de Límites y Asesor Consultor Jurídico del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Murió en Montevideo, el 15 de julio de 1941.

La intensa actividad intelectual de Mario Falcao Espalter se proyectó en una muy variada producción literaria que comprende libros, folletos y colaboraciones en publicaciones periódicas. La bibliografía que sigue, elaborada por el Profesor Flavio García, es la nómina de sus más importantes trabajos.

EL DÍA DE LA PATRIA
El sacerdote en la Independencia

1) Leyenda histórica.
2) Parte del capítulo V del trabajo histórico titulado "Influencia de la Revolución de Mayo sobre la Independencia del Uruguay" que obtuvo mención honorífica y diploma en los Juegos Florales organizados por el Club Católico en 1910.
(Montevideo, 1910, 24 págs.).

EL PATRONATO SOCIAL DE BUENAS LECTURAS
(Montevideo. 1911).

DEL PENSAMIENTO A LA PLUMA
Variaciones literarias. Discursos. Esbozos críticos.
(Ed. Gili. Barcelona, 1914, 352 págs.).

SOBRE EL IMPRESIONISMO
Lección dada en la Jornada Social de Paysandú el 28 de junio de 1914.
(Montevideo, 1914, 30 págs.).

LA BIBLIOTECA
Revista de información literaria e histórica.
(Montevideo, 1915).

NOTAS A UNA TRADICION
Investigación sobre la Virgen del Pintado.
("Revista Histórica", tomo VII, Nº 34, 1915, págs. 515-531. Apartado Imp. "El Siglo Ilustrado", Montevideo, 1915, 21 págs.).

LA DISCIPLINA POLÍTICA
Lectura sobre la Unión Cívica del Uruguay efectuada en el Patronato Obrero de Montevideo el 29/XI/1915.
(Ed. Luis Gili, Barcelona, 1916, 16 págs.).

EL QUIJOTE EN LAS ESCUELAS
(Imp. "La Buena Prensa", Montevideo, 1916, 32 págs.).

LA TOLERANCIA DE ANTAÑO

Precede una "Credencial" de José Enrique RODÓ.
Con documentos de prueba inéditos.
(Imprenta Latina, Montevideo, 1917, 54 págs.).

PASADO Y PRESENTE

Disertación en sesión del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, del 21 de junio de 1917.
(Talleres Gráficos A. Barreiro y Ramos, Montevideo, 1917, 12 págs.).

APORTACIONES A LA HISTORIA DIPLOMÁTICA DE LA DEFENSA

(En "Revista Histórica", tomo VIII, Nº 23, págs. 464-493, 853-885 y Nº 24, págs. 853-885, Montevideo, 1917).

EL POETA ORIENTAL BARTOLOMÉ HIDALGO

Base de la conferencia pronunciada en el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay el 24/VI/1918.
(1ª edición, Imprenta "Renacimiento", Montevideo, 1918, 131 págs.; 2ª edición corregida y aumentada, Madrid, MCMXXIX).

HISTORIA DE LA DOMINACIÓN PORTUGUESA EN EL URUGUAY

Tomo I. La Vigía Lecor

Plan de la obra en tres ciclos y un Bosquejo Filosófico Histórico de la Dominación Lusitana; en total 22 volúmenes de 300 a 500 págs. cada uno.
(Dos ediciones simultáneas de 300 ejemplares una y de 25 ejemplares numerados la otra, con grabados y facsímiles fuera de texto. Imprenta "Renacimiento", Montevideo, 1919, 291 págs.).

REVISTA DEL INSTITUTO HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO DEL URUGUAY (1920-1925)

Fue corredactor de la misma conjuntamente con el Dr. Gustavo GALLINAL hasta su renuncia el 2/IX/1925. En esa función efectuó prólogos, presentaciones, informes, compilaciones documentales, integró Comisiones y presentó proyectos, planes

y estudios de importancia. Su pormenor puede consultarse en el "Índice General de la Revista" realizado por Ema Maciel López (Montevideo, 1955) pág. 21 y en el tomo XXIII de la misma, años 1960-77, págs. 48-49, etc. Realizó igualmente notas bibliográficas de la producción histórica del período.

CARTAS CIENTÍFICAS DE LARRAÑAGA

Edición y anotaciones
(En "Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, tomo I, págs. 57-98, 295-342 y II págs. 297-407, Montevideo, 1920-1921).

HIPÓLITO MORDEILLE

Corsario Francés al servicio de España.
(En "Boletín de la Real Academia de la Historia", Madrid, 1921 y en "Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay", tomo II, Nº 2, págs, 473-529, Montevideo 1922).

BOLETÍN DE OBRAS PÚBLICAS

En colaboración con Arturo Trías Du Pré.
(Nº 1, Montevideo, julio, 1921).

LA DIRECCIÓN DEL ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL

En dos episodios.
(Editorial Renacimiento, Montevideo, 1921, 12 págs.).

EL "JUICIO" DE UNA FECHA DE GLORIA

Contribución al estudio de los orígenes constitucionales del Uruguay.
Conferencia leída en el "Ateneo de Montevideo", bajo los auspicios de la "Asociación Patriótica", sobre el significado del 25 de agosto de 1825.
(En "Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay", tomo II, Nº 1, Montevideo, 1921, págs. 75-149).

ANTOLOGÍA DE POETAS URUGUAYOS (1807-1921)

Ordenada y precedida de una introducción de Mario Falcao Espalter.
(Claudio García Editor, Montevideo, 1922, 342 págs.).

"LA LITERATURA GAUCHESCA EN EL URUGUAY"

Sinopsis histórica de Domingo A. Caillava. Proemio de Mario Falcao Espalter.

(Ed. Claudio García y Cía., Montevideo, 1921, 76 págs.).

FORMAS DE CULTURA

Ensayos sobre progreso público y pedagogía.

(Talleres "La Buena Prensa", Montevideo, 1921, 200 págs.).

WILLIAM JAMES Y SU FILOSOFÍA

Por Emilio Boutroux. Prólogo de Eugenio D'Ors.

Advertencia y traducción de Mario Falcao Espalter.

(Ed. Claudio García, Montevideo, 1921, 87 págs.).

LA BIBLIOTECA DEL DR. ANDRÉS LAMAS

(En "Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay", tomo II, Nº 1, págs. 297-407 (1921); Nº 2, págs. 1043-1063, Montevideo, 1922).

INVENTARIO DE LOS DOCUMENTOS HISTÓRICOS PERTENECIENTES AL ARCHIVO DEL DOCTOR ANDRÉS LAMAS

(En "Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay", tomo VIII, págs. 317-343, Montevideo, 1931).

DON ANDRÉS LAMAS, ESCRITOR

Semblanza.

(En "Revista Nacional", año I, Nº 1, Montevideo, enero de 1938, págs. 100-115).

LAS IDEAS DE ESTEBAN ECHEVERRÍA

Conferencia leída en el "Ateneo Hispanoamericano".

(En Revista "Humanidades", publicación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la Plata, págs. 77-96).

COLECCIÓN DE TRATADOS, CONVENCIONES Y OTROS PACTOS INTERNACIONALES DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Investigación, ordenamiento y clasificación realizada en colaboración con Oscar B. HORDEÑANA.
(Ministerio de Relaciones Exteriores, Imprenta "El Siglo Ilustrado", 4 tomos, Montevideo, 1922-1927).

LA CORDIALIDAD MEDIANTE LA HISTORIA

Conferencia dictada en el aula mayor de la Universidad de La Plata el 28/IV/1923, inaugurando el ciclo de conferencias de cultura general de ese año.
(En Revista "Humanidades" de La Plata, tomo VI, págs. 33-47, Imprenta y Casa Editora "Coni", Buenos Aires, 1923).

LA RECONQUISTA DE LAS MISIONES ORIENTALES EN 1828

Serie documental de 32 piezas.
(En "Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay", tomo III, Nº 2, págs 558-588, Montevideo, 1924).

ESTUDIOS DE HISTORIA DIPLOMATICA
La misión Villademoros a Río de Janeiro en 1837

Introducción, texto y apartados documentales.
(En "Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay", tomo III, Nº 2, Montevideo, 1924, págs. 743-867).

BIBLIOGRAFÍA DEL PERIODISMO URUGUAYO

"El Universal" de Montevideo, 1829-1838.
(En Revista "Humanidades" de La Plata, tomo IX, págs. 271-316; tomo X, págs. 127-164; tomo XI, págs. 397-431, Imprenta y Casa Editora "Coni", Buenos Aires, 1924, 1925).

RETROSPECTO DE LA HISTORIA POLÍTICA DEL URUGUAY

Trabajo ilustrado con grabados, planos y mapas. Abarca en síntesis desde los tiempos prehistóricos a la formación nacional de 1830.
(En "Libro del Centenario del Uruguay", págs. 7-42, Ed. Capurro y Cía., Montevideo, 1925).

LOS CONCEPTOS HISTÓRICOS EN EL RIO DE LA PLATA

Reconstrucción de la conferencia dictada el 15/VIII/1925. (En "Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana", volumen II, págs. 113-122, Buenos Aires, 1925).

ENTRE DOS SIGLOS
El Uruguay alrededor de 1800

Sus principales capítulos fueron reproducidos en la Revista nativa "El Terruño".
(Talleres de la "Imprenta Renacimiento", Montevideo, 1926).

MARINAS URUGUAYAS

XVIII poemas de nuestro paisaje costero.
Prólogo del Dr. Gustavo GALLINAL.
Portada de Fernando POU CARDOSO.
(Talleres Gráficos Renacimiento, Montevideo, 1927, 31 págs.).

ANÁLISIS DE LA CONVENCIÓN PRELIMINAR DE PAZ

(Ed. "Imparcial", Montevideo, 1927).

EL DERECHO DE INTERPELACIÓN EN LA CONSTITUCIÓN URUGUAYA

(Ed. "La Bolsa de los Libros", Montevideo, 1928, 37 págs.).

FORMACIÓN HISTÓRICA DEL URUGUAY (1810-1852)

Versión literal de sus clases dictadas en la cátedra de Historia y Constitución Uruguayas en el Instituto Normal de Señoritas de Montevideo.
(Talleres Espasa-Calpe S. A., Madrid, 1929).

INTERPRETACIONES

Lira-Cincel-Color y Forma. Semblanzas histórico-críticas de artistas: poetas, pintores, escultores, novelistas contemporáneos.
(Ed. A. Monteverde y Cía., Montevideo, 1929, 391 págs.).

RODÓ Y ZORRILLA DE SAN MARTÍN
(1ra. edición; Sevilla, 1929; en "Revista Nacional" Nº 138, Sección "Páginas Olvidadas", págs. 461-467, Montevideo, 1950).

DON JOSÉ TORIBIO MEDINA
(En "Revista de la Sociedad de Amigos de la Arqueología", tomo IV, 1930, págs. 347-353, Imprenta "El Siglo Ilustrado", Montevideo, 1930).

LA POESÍA GAUCHESCA
Breve historial y apreciación crítica de Bartolomé Hidalgo a Yamandú Rodríguez.
(En "Historia sintética de la Literatura Uruguaya", Plan de Carlos Reyles. Comisión Nacional del Centenario. Volumen I, págs. 5-51, Montevideo, 1930).

MEMORIA DEL CONGRESO UNIVERSITARIO AMERICANO
Discurso de Clausura del Congreso Universitario Americano por el Dr. Mario Falcao Espalter.
("El estudiante y la vida universitaria", tomo I, págs. 282-291, tomo II, pág. 326, Montevideo, 1931).

ENSAYO SOBRE LA INFLUENCIA DE LOS PRINCIPIOS DEL DERECHO INTERNACIONAL EN EL DERECHO CONSTITUCIONAL
Historia y doctrina desde la Edad Media hasta nuestro tiempo.
(1ra. edición, Montevideo, 1935; existe 2da. edición corregida y ampliada).

PRÓLOGO DE "LOS TRES GAUCHOS ORIENTALES Y OTRAS POESÍAS" DE ANTONIO D. LUSSICH
(Biblioteca Rodó, Ed. Claudio García y Cía., págs. 3-16, Montevideo, 1937).

UNA EXPEDICIÓN CONTRA LOS CHARRÚAS A MEDIADOS DEL SIGLO XVIII
Estudio presentado en sesión ordinaria del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay el 4 de noviembre de 1937.
(En "Conferencias del curso de 1937", págs. 219-236, Montevideo, 1938).

PRÓLOGO DE "ORÍGENES DEL NACIONALISMO ESPAÑOL" DE MANUEL GARCÍA MORENTE

Palabras pronunciadas en su presentación en el Teatro "Solís" de Montevideo, el 24 de mayo de 1938.

LAS IDEAS DE DON FRANCISCO BAUZÁ

EL ORADOR (I).
(En "Revista Nacional", año 1, Nº 11, págs. 277-293, Montevideo, noviembre de 1938).
EL ORADOR PARLAMENTARIO (II).
(id., año II págs. 264-275, Montevideo, noviembre de 1939).

LA COLINA DE LOS VATICINIOS

Con prólogo por Luis Torres Ginart.
(Biblioteca Rodó, Ed. Claudio García y Cía., Montevideo, 1938).

PRÓLOGO DEL POEMARIO DEL DR. JERÓNIMO CHIACCHIO BRUNO S. S. "FLORES DEL CAMINO"

(Págs. 5-13, Ed. Talleres Don Bosco, Montevideo, 1938-1939).

LA FUNDACIÓN DE MONTEVIDEO

(En "Historia de la Nación Argentina". Director General Dr. Ricardo Levene. Volumen III "La colonización y organización de Hispanoamérica", capítulo XI, págs. 391-414, Buenos Aires, 1939).

EPISTOLARIO DEL DR. LUCAS JOSÉ OBES

Intercambio con el comerciante Don Francisco Juanicó (1809-1833).
(En "Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay", tomo XV, págs. 143-178, Montevideo, 1939).

LA PRESIDENCIA DE WILLIMAN

(En "Revista Nacional" Nº 38, págs. 193-207, Montevideo, febrero de 1941).

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS EN LA "REVISTA DEL INSTITUTO HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO DEL URUGUAY"

Documentos para la Historia Argentina. T. XIII, Comunicaciones oficiales confidenciales del Gobierno: I, págs. 662-664.

Historia general de la ciudad y el Departamento del Salto, por José Fernández Saldaña y César Miranda; I, págs. 677-678.

Origen y vicisitudes de los títulos profesionales en Europa, por Eduardo Ibarra Rodríguez; I, págs. 670-672.

Armas Antárticas, por Juan de Miramontes Zuázola; II, págs. 433-435.

Época colonial. La Compañía de Jesús en Montevideo", por Carlos Ferrés, págs. 274-277.

Formación histórica de la nacionalidad brasileña, por Manuel Oliveira Lima; I, págs. 249-255.

La Colonia del Sacramento, por Antonio Bermejo de la Rica; II, págs. 462-465.

Cuestiones internacionales: España, América y los Estados Unidos, por Rafael Altamira; I, págs. 255-257.

La fecha de nuestro centenario, por José G. Antuña; II, págs. 466-467.

Noticia escrita de la Biblioteca de Maestros del Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal. Su evolución y su estado actual; II, págs. 455-458.

Revista do Archivo Público de Río Grande do Sul; II, págs. 459-462.

Revista del Museo de La Plata; I, págs. 678-680.

Reseña histórica de la Biblioteca y Museo Nacional, por Mariano Ferreira, I. págs. 277-280.

ARTÍCULOS HISTÓRICOS EN "LA PRENSA" DE BUENOS AIRES

Los Diputados Artiguistas de 1813, 17/II/1924.

La leyenda histórica de Villa Purificación, 24/VIII/1924.

Entrada de Lecor en Montevideo, 9/V/1926.

El Rodó que yo conocí, 22/I/1928.

El libro de una viajera argentina, 12/II/1928.

La enseñanza de la historia, 12/IV/1928.

Nacimiento del tipo gaucho en el siglo XVIII, 27/VI/1928.

Génesis del tipo gaucho en el siglo XVIII, 14/X/1928.

De la fundación de Montevideo, 7/XII/1928.

Rodó y Zorrilla de San Martín.

CRITERIO DE LA EDICION

Esta edición es copia fiel de "*Entre dos siglos - El Uruguay alrededor de 1800*", impreso en los talleres de la "Imprenta Renacimiento" de Montevideo, en el año 1926.

EL URUGUAY ENTRE DOS SIGLOS

A Ofelia

Nescire quid antea quam natus sis acciderit, id es semper esse puerum.

Quien ignora lo que aconteció antes de que él naciese, permanece siempre niño.

Cicerón, *Oratore ad Marc. Brut.*

La historia concede al hombre un género de superioridad que parece soberanía. Veo sin dificultades, y con gusto, lo que a otros les costó tanto afán y sinsabor.

P. M. Fr. Henrique Flórez, *Clave Historial.* — Madrid, 1769.

El artista político deberá acercarse a su materia con un respeto muy diverso del que simula el artista plástico al aproximarse a la suya; ha de respetar la personalidad y característica del material sobre que trabaja, no sólo subjetivamente y por engañoso efecto de los sentidos, sino objetivamente y en la intimidad de su ser.

Schiller, *Cartas sobre educación estética,* 1810.

No es otro, efectivamente, el propósito que me conduce a detenerme en estas frivolidades; hacer sensible el concepto verdadero de patria y de patriotismo, que, si es realmente una virtud, y no un feo vicio, tiene que ser una cosa muy distinta de lo que generalmente se cree. El problema de la guerra no tiene más solución que ésa: la depuración evangélica del concepto de patriotismo.

Juan Zorrilla de San Martín, *El Sermón de la Paz,* Montevideo, 1924.

INTRODUCCIÓN

Cuando a un joven alumno de liceo se le interroga en el examen de historia patria por las causas de la guerra de independencia americana contra España, sin vacilar, supuesto que haya aprendido de coro sus lecciones, contestará una a una las que "traen" los resúmenes manuales. Y van numeradas rigurosamente desde el uno al doce o al quince. El examinador queda satisfecho, por lo común, respecto de la capacidad del estudiante. Pero, ¿le satisface igualmente la etiología asignada por los manuales, fuente de donde cada generación escolar y universitaria extrae los motivos intrínsecos de la Revolución de América?

¡Grave problema, dificultad infranqueable para quien procure filosofar acerca de la complejidad eterna de la voluntad humana puesta en acción en el campo de la historia!

Si, ciegos servidores del silogismo revolucionario, aplicamos los datos consabidos y manejables a la lógica de los acontecimientos externos, el raciocinio no falla y el triunfo de los motivos numerales referidos es total, absoluto, concluyente. Motivos ocasionales, motivos de fondo, mayoría de las colonias, contagio de la extranjería revoltosa de aquellos tiempos, opresión económica metropolitana, decadencia de España, influjo de las ideas francoamericanas: he aquí el cúmulo de predisposiciones que arrojaron a nuestros padres por el camino sangriento de la emancipación y cava-

ron un abismo entre peninsulares e indianos. Otros fueron los motivos reales de la independencia, por más que en las capas superficiales de la épica hazaña encontraran los primeros investigadores etiólogos aquella interesante enumeración de causas, incluso la muy ocasional de la invasión napoleónica en España. Esta, bien mirada, no refluiría mucha gloria sobre América, desde que habría sido el aprovechamiento materialista de la ocasión.

Hay en el fondo del alma de un pueblo impulsos secretamente elaborados. Hay allí móviles espirituales mezclados con causas visibles cuya persistencia a través del tiempo conduce a soluciones violentas, como el lento veneno ingerido en un organismo vigoroso lo exalta al cabo y lo redime de la pasividad tradicional que, acaso, fuera su norma invariada hasta entonces. No fue tanto el régimen malísimo aplicado por España a sus colonias indianas lo que ocasionó la sublevación y la independencia. Dicho régimen, lo veremos en el decurso de este ensayo de psicología colectiva y de hechología social, consistió en tiras y aflojas alternados, de forma que los pueblos gustaran el sabor de la libertad y de seguida las amarguras de una represión exhaustiva. El secreto de la independencia americana radicó en la forma de desarrollo de la sociedad indiana, en su estructura colonial. España no amasó el barro indígena; lo dejó convertido en gruesos bloques erráticos sobre sus vastísimos dominios. Si, jurídicamente, las pragmáticas de Indias equiparaban al indio y al criollo con los peninsulares, y si práctica-

mente esas leyes se cumplían o no, es tema para los que gustan de la gimnasia sobre el tratamiento de la metrópoli para con sus súbditos de estas tierras. Aunque tal pleito se fallara a favor de España, o aun en el caso de que se resolviera en su contra, nada habríamos adelantado en cuanto al problema trascendental en debate. En cierto sentido, tendríamos que concluir que los indianos eran más afortunados que los españoles de España, pues si despotismo había, no les tocaba tan de cerca como a éstos, que lo sufrían en las mismas espaldas.

América quedó, al penetrar bajo el arco del siglo XIX, en estado de naturaleza, frente a la civilización española decadente. Presentóse, entonces, el espectáculo más pintoresco que nos brinda la historia hasta ese tiempo: una metrópoli agotada por el despotismo borbónico, desengañada de su ideal de catolicidad política bajo los Austrias, desdeñosa de sus etapas de gloria; sin literatura, regida de mala manera por economistas fanáticos del proteccionismo, y carente en el gobierno de un poder digno del terrible momento histórico en que iba a actuar irremisiblemente, en virtud de la sombra secular de sus antiguas hazañas. Y del otro lado del Atlántico, un continente abigarrado, donde la última clasificación social había desaparecido al ser expulsados de las misiones los padres de la Compañía de Jesús. Éstos sostuvieron una incomunicación benéfica de los indios con los blancos y los negros. La unidad política americana desapareció con ellos. Los indígenas invadieron las campiñas y el problema del indio, que España

tenía ceñido en su mano, se complicó al volver éstos como parias sobre el haz de las tierras que fueron de sus antepasados antes del descubrimiento, y no tornaron a ser de sus nietos jamás, originando odios inextinguibles.

Deduzco yo, sin ahondar definitivamente, ni mucho menos, en el tema que he capitulado apenas, que no fueron ni la filosofía del siglo XVIII, ni la opresión económica de los hacendistas españoles, ni el despotismo político en sí los que encendieron los fuegos de los campamentos militares americanos en la revolución gloriosísima de 1810. Fue ésta un grito en la selva de la naturaleza. En ella vivían aquellas almas bravías cuyo contacto quema aun nuestras manos y hace fulgurar nuestras pupilas. No otra explicación tiene la adhesión temprana de los pensadores americanos a las ideas rousseaunianas del "Contrato Social". América se miró como en un espejo límpido en las páginas románticas de ese extraño libro revelador, y obtuvo de ellas la expresión concreta de su situación y el sendero de sus ansias. Libro extraño y falso, engañador como un miraje del desierto, pero pasmosamente coincidente con el proceso evolutivo de los pueblos americanos. La analogía era admirable; la similitud completa, y América leyó con pasión "El Contrato Social" porque su desenvolvimiento social no era otra cosa que una perpetua permanencia en el estado de naturaleza que Rousseau cotejaba con la felicidad perfecta.

El desengaño vino muchos años después. América debió aprender en el camino de la revolución que su estado preemancipador no era el ideal para

conquistar la libertad. De ahí fue que muchos de sus hombres de pensamiento lamentaran el momento del estallido de 1810, proclamando su excesiva anticipación y diciendo que la emancipación era prematura todavía. América se había lanzado como una loca cuádriga de corredores griegos al borde de un abismo, arriesgando sus más sagradas fuerzas vitales en una sangría suelta.

Entre la terrible confusión con que nos lanzamos a la vida independiente, la revolución buscó sin cesar el equilibrio mediante las sugestiones de su propia lógica: la consulta al pueblo. En este punto, fue donde se pudo descubrir el flanco débil del movimiento de fondo, y cómo toda aquella magnífica tempestad sonora era fruto de las fuerzas naturales resguardadas durante siglos en el alma del continente. Mientras los "pensadores" de procedencia legalista y universitaria sostenían la lucha armada contra la reacción militar española, a veces con crueldad copiada del Terror francés, entonces reciente y ejemplarizante, también se oponían a la lógica incontrastable de la nueva democracia que clamaba por hacerse oír en las juntas y "cabildos abiertos" iniciales.

Hipólito Taine, el historiador de "Los orígenes de la Francia contemporánea", dice en el prefacio que "Un pueblo consultado puede, en rigor, decir la forma de gobierno que le place, pero no la que necesita; no lo sabrá sino con el uso; necesita del tiempo para verificar si su mansión política es cómoda, sólida, capaz de resistir a la intemperie, apropiada a sus costumbres, a sus ocupaciones,

a su carácter, a sus singularidades, a sus antojos" (pág. III, tomo I, ed. Hachette).

América vio que muchos de sus prohombres construían un raciocinio que coincide con la apreciación del gran escritor francés: ¡Qué sabe el pueblo el gobierno que necesita! Se lo daremos nosotros paternalmente, como hasta ahora, pero sin el despotismo tradicional, sin monarca lejano, sin exactores emisarios, sin impuestos vejatorios, sin inquisición opresora, sin monopolios de prebendas para los peninsulares... Tal la manera de pensar de los hombres ilustrados de aquel tiempo. Evidentemente no sabían adónde iba la revolución, ni adónde se inclinaban los pueblos. El proceso "naturalista" de América les pasó por las narices y no lo olfatearon. Ellos venían de atrás y de más alto. Eran togados, la aristocracia americana; todavía la aristocracia americana de hoy, la de los profesionales.

Dije que el ideal de Rousseau fue el de los americanos en la hora crítica de decidir sus nuevos destinos. En los hogares, en los campamentos, en las universidades, hasta en los conventos se leyó el célebre ensayo sobre la constitución social primitiva de la humanidad. Todavía en 1825, el general Fructuoso Rivera aguarda la hora de la batalla del Rincón, hojeando bajo su tienda volante "El Contrato Social", que Mariano Moreno había traducido en 1810 para enardecer el espíritu de los secuaces revolucionarios.

Pero este ideal rousseauniano había sido tomado, a su vez, de América. Es sabido que el siglo XVIII fue el tiempo apologético de los "salvajes". El

salvajismo predomina entre los más refinados escritores de Francia. Pululan las memorias académicas en que se exalta el estado de naturaleza, anteponiéndole como un ideal de virtud y belleza al estado de civilización, trabado por mil prejuicios y abrumado por la carga de injusticias seculares. Nuestro continente era visto bajo el prisma de las relaciones de los viajeros que visitaron, en todo el siglo XVIII, las posesiones españolas, inglesas y lusitanas. De allí extrajeron los escritores políticos sus ideas generales acerca de la felicidad de los caníbales... Hay un fondo de pintoresco humorismo en todo esto, pero la verdad es que América al mirarse en el espejo europeo se vio embellecida y quiso campar por sus respetos. El "Diccionario Filosófico" de Voltaire en diversos lugares comenta las costumbres de los salvajes indianos y polinesios, pues lo que en Rousseau era entusiasta loa, en el "patriarca" de Ferney adquiría las formas aladas de una corrosiva ironía francesa. Recuérdese, si no, el artículo "Anthropophages", (obra citada, tomo I, páginas 470 y siguientes, edición Baudouin, París, 1826), donde Voltaire dice cosas como éstas: "Hemos hablado del amor. Es duro pasar de gentes que se besan a gentes que se comen". Y luego hace una cumplida crítica a la guerra, en la cual matamos fríamente a nuestros semejantes para que se los devoren las aves del cielo y las bestias. ¿Qué más da, dice, que nos los comamos nosotros en vez de dejarlos de pasto a los cuervos después de la batalla?

Ya sabemos que en este punto, Rousseau y Voltaire no andaban de acuerdo, pues para el segundo

las comodidades y refinamientos de la civilización de su tiempo no eran cambiables por el estado natural a que el primero aspiraba para la humanidad.

¿Qué es la Francia contemporánea? dice H. Taine al empezar su gigantesca labor de reconstruir los procesos orgánicos de su patria. — "Para responder a esta pregunta, es necesario saber cómo esta Francia se hizo, o, lo que vale decir, hay que asistir como espectador a su formación. A fines del siglo último (escribe esto en 1875), pareciéndose a un insecto en la muda, sufre ella una metamorfosis. Su vieja organización se disuelve; desgarra ella misma sus más preciosos tejidos y cae en convulsiones que semejan ser mortales. Luego, después de múltiples perplejidades y de una penosa letargia, se reincorpora. Pero su organización ya no es la misma: por un sordo trabajo interior, un nuevo ser ha sustituido al antiguo". Y prosigue comprobando su aserto el eminente historiador positivista.

En otro orden de ideas, con mucho menos grandiosidad en el plan, pero siguiendo un norte análogo y, tomando las cosas con una anticipación necesaria y conveniente, he creído que hacía falta en el Uruguay, una monografía de conjunto sobre la sociabilidad nativa en las vísperas de la revolución emancipadora de 1810. Mostrar lo que era nuestro Uruguay hasta el tiempo bravísimo que precedió a las invasiones inglesas de 1806. "El sueño coloninal", el mal llamado "sueño colonial" no existió nunca en la realidad de la vida de los países rioplatenses. Todo el tiempo

de la colonia fue una activísima elaboración preparatoria para la libertad, porque las trabas españolas jamás llegaron al corazón de América, tocando sólo la corteza, que temblaba a cada exacción suscitando ecos profundos en el alma popular.

He querido hacer esta composición como introducción a la historia nacional, atrayendo el interés general del público y en particular del profesorado universitario, secundario, normalista y primario, hacia la causalidad de nuestra existencia social y política. Somos "hijos de algo" y nuestra ejecutoria es muy pura aunque Montevideo, Colonia, Maldonado y Soriano, los principales núcleos coloniales, hayan carecido de blasones y lambrequines en la misma copia en que los tuvo Avila de los Caballeros... Hay un sentido oculto pero grande y respetable en los vaivenes de nuestro pasado. Hagámoslo conocer de las generaciones que llegan ávidas de saber alguna cosa cierta de sus antepasados en este suelo prócer. "La historia, leo en el historiador Gabriel Hanotaux en su bellísimo ensayo "La Francia en 1614" (París 1913), la historia interesa más y más a la masa de lectores. La democracia, ahora que ha tomado conciencia de su fuerza y de sus destinos, quiere conocer sus orígenes en el pasado, para saber dibujar mejor la curva de su porvenir. Gusta de que se le ponga en la luz la raíz de su existencia actual, y el árbol heráldico de sus glorias y de sus títulos. Nadie repetiría ya la palabra amarga de Montesquieu a propósito de la libertad: "*Prolem sine matre creatam*, hija que no tiene madre; en efec-

to, el mundo desaparecido, hormiguea de antepasados".

Si yo he conseguido dar una visión rápida pero fiel y viviente del trozo modesto de nuestro pasado que elegí para reflejarlo en la pantalla pálida de mi estilo en estas páginas, me daré por muy recompensado del esfuerzo que, con pena y amor, como todas las empresas que pueden perdurar, he aderezado, según el gusto moderno de reunir muchos hechos en breve espacio.

VITALIDAD MERCANTIL A FINES DEL SIGLO XVIII

El Real presidio de San Felipe y Santiago de Montevideo era oficialmente, con las pragmáticas necesarias, el apostadero de la marina española en el Atlántico del Sur, y no sólo del Río de la Plata, según se ha dicho por los escritores que de esta materia trataron.

La creciente limitación del poder terrestre de la dominación hispánica en la gobernación montevideana (gobernación "sui géneris" a estar a la Ordenanza de Intendentes de Ejército y Provincia), particularmente desde la escandalosa irrupción de las Misiones orientales por los portugueses validos del capitán de bandidos Borges de Canto, a mediados de 1801, correspondióse con un aumento de jurisdicción en el mar, una como ampliación de las vías marítimas. Montevideo pudo oponer a Buenos Aires un predicamento naval, sólido contrapeso a la hegemonía política y económica de la rica metrópoli virreinal.

Buenos Aires a la sazón disfrutaba con largueza de las regalías anexas a los esfuerzos de sus pujantes gremios productores que tuvieron abolengo claro en las postrimerías del siglo XVII y continuaron su labor de defensa recíproca de manera incesable en todo el siglo XVIII, sobre todo con la reñida porfía capitular entre Lima y Buenos Aires de que fue memorable episodio la fundación

de la aduana seca de Córdoba del Tucumán en 1622.

Como Buenos Aires bregaba tesoneramente por libertarse de la dependencia mercantil limeña, resistiendo a la poderosa corriente del Pacífico, así también Montevideo, puerto de vanguardia en el Atlántico austral, había puesto la proa de su barquilla al vendaval que soplaba en contra suya desde la orilla occidental del Plata. En 1802 pidió al rey un Consulado de mar autónomo, bien que resultando desairado su intento; el faro en el Cerro había sido contrariado por el Cabildo porteño en su primera piedra; en fin, la polémica de ambas ciudades estaba planteada en sus verdaderos términos: oposición de intereses y rozamientos de amor propio.

Por las razones apuntadas y los hechos que las cimentan, la zona de influencia de Montevideo era muy vasta, y su pequeño y aún desabrigado puerto permitía la recalada y brindaba las comodidades de reparaciones a las naves que surcaban nuestro imponente río en la estación clásica de las "pamperadas". Maldonado era un mero refugio de los navíos desarbolados o en trance último de embicamiento en la costa. A este propósito es adecuado recordar que leyendo no ha mucho un voluminoso expediente en el que se describe punto por punto la pérdida de una fragata de alto bordo española en 1797 frente a los arrecifes de José Ignacio (hoy departamento de Maldonado), pude reconstruir una de las más singulares escenas que se haya visto en el Río de la Plata. Se trataba del reparto de los restos del naufragio entre los salva-

dores de la tripulación, el juez pedáneo y las autoridades de la villa de Maldonado.

En plena borrasca, y cuando aún los náufragos gemían bajo la congoja del siniestro, auxiliados precariamente con chalupas tan valientes como las traineras de Cantabria en las galernas, poblóse la playa de opulentas barricas de azúcar habanera y de otras ricas especias que iban destinadas a las pulperías de Montevideo y Buenos Aires. El espectáculo de aquella flotante e inesperada riqueza en región tan misérrima y pelada suscitó una controversia sabrosa y sempiterna, propia de nuestros abuelos. Juez, cabildantes, vecinos, salvadores, náufragos dieron motivo a un pleito sonado por la posesión de los deshechos del mar, mientras la hermosa fragata se hacía añicos contra los peñascos de José Ignacio, indiferente a las pasiones del hombre...

Extendíase la radiación de nuestros auxilios y alcances por el Norte hasta Cuba. Las relaciones comerciales entre La Habana y Montevideo fueron íntimas, cual nunca tornaron a serlo. En la esfera militar, la hermandad de ambos puertos apareció evidente; la ciudadela montevideana se levantó según los mismos planos que la que ha protegido hasta no ha mucho a la ciudad cubana.

Hacia la latitud del Cabo de Hornos y las Malvinas llegaron las expediciones mercantes armadas en este puerto. Las Malvinas dependieron en todo sentido mercantil del apostadero naval. Las medicinas, los vestuarios, los sueldos militares y aun los mismos soldados del destacamento de la isla Soledad, donde estaba la diminuta villa cabeza

de aquellas australes posesiones de la corona de Castilla, se remitían de Montevideo, y el Ministro de la Real Hacienda de Puerto Deseado (Patagonia) se entendía con su superior el de Buenos Aires con intervención del de igual jerarquía de Montevideo.

Nada se diga de la sección mercantil privada, porque establecióse una doble línea de navegación entre Montevideo y Maldonado en el Norte, y Puerto Deseado y Soledad de Malvinas en el Sur. Una recta trazada en dirección de levante en seguimiento de las islas Canarias encontraría las estelas de decenas de navíos zarpados de Montevideo para los tres puntos de la costa oriental europea y africana: Tenerife, la Isla de León y la costa de Angola.

La guerra entre España e Inglaterra estallada en 1796 nuevamente, perjudicó de modo lamentable la realización cabal de las liberales prácticas sobre materia comercial que inspiraron a los condes de Aranda y Floridablanca y a Rodríguez de Campomanes, a quienes pareció seguir en el terreno del pensamiento el alto polígrafo de Asturias don Gaspar Melchor de Jovellanos. El famoso "Reglamento de comercio libre" (1778), aunque restringido en parte después y luego renovado con ampliaciones de hecho en el Plata, como la Compañía Marítima de Maldonado, recibió un refuerzo definitivo en la agremiación cada día más solidaria de los mercaderes bonaerenses y montevideanos al darse pronto cumplimiento de las Reales Cédulas sobre elección del Tribunal del Consulado en Buenos Aires (1794).

Coincidiendo esta franquicia bienhadada con las hostilidades a Albión, se iniciaron aquellas tareas con penosas dificultades. Pero eran tales y de tal magnitud los intereses reprimidos que alentaban en el Plata, que ambos puertos recibieron un incremento colosal en pocos meses. Buenos Aires abrióse como una madrépora llena de perlas al empuje del oleaje transoceánico. Montevideo se enseñoreó en la adustez de sus almenadas cortinas murales y de su ciudadela en ciernes, de la puerta del estuario. Transformóse en plaza militar de primer orden, encendió como señal de vigilancia leal el fanal de su Cerro, y al lado del aparato militar desplegó actividad enérgica el comercio de su fecunda y poblada campaña.

La paz preliminar de Londres en 1801 y el tratado de Amiens, aunque efímeros, en 1802 vinieron a reafirmar ese anhelo de amplia confianza, y durante cuatro años no interrumpidos, Montevideo, Maldonado y Buenos Aires recibieron la visita de gran número de barcos. La libertad comercial fue lograda paso a paso, ora en virtud de la presión constante del gremio de mercaderes ribereños, tan codiciosos como progresistas, a quienes el Consulado porteño y su diputado en Montevideo apoyaron siempre tentando con fortuna el desatarles las manos; ora la brújula de la política española exterior que oscilaba entre las coaliciones europeas y la atracción falaz de Bonaparte. Esta falta de fijeza en la orientación del monopolio mercantil, que era a la sazón una antigualla en desuso, favoreció inmediatamente a los principios del general o universal intercambio: Mon-

tevideo y Buenos Aires, y con ellos las regiones circundantes y tributarias, conocieron por fin, directamente, tanto las ricas telas de Segovia, los fieltros de sombreros de La Coruña y los productos tropicales de Cuba y México, como las pieles elaboradas de Hamburgo, capital de la Hansa, y las especias de Calcuta y las mil preciosidades de las manufacturas inglesas y norteamericanas.

Recordemos, en particular, el activísimo comercio sostenido entre el Río de la Plata y los grandes puertos atlánticos de la Unión, iniciado, según Mr. Chandler, por medio de aquel navío de simbólico nombre: "Liberty"...

Escribía en 1892 el sabio economista uruguayo don Domingo Lamas que "las comunicaciones marítimas del Río de la Plata habían realizado un progreso notable con el establecimiento de los correos marítimos españoles que, en 1766, se establecieron con Montevideo, y que salían de La Coruña cada dos meses, con objeto de traer la correspondencia que pasaba al Perú pero estos eran buques de pequeño porte, como lo eran los navíos de avisos que desde el siglo XVI se expedían por cuenta del comercio de España. Buques que no excedían de 100 toneladas y que llevaban poca carga, teniéndose en vista, para ello, entre otras consideraciones, no perjudicar "a lo velero y bien regente del baxel".

"La reforma liberal, tan tardíamente adoptada, debía producir en éste un efecto proporcionalmente más considerable que en los demás virreinatos.

"Suprimida la Aduana seca de Córdoba y libertada la navegación del Río de la Plata, éste vino, desde luego, a ser no sólo el centro de todo el comercio del virreinato, sino también de parte del de Perú y Chile, beneficiándose principalmente el puerto de Montevideo debido a la superioridad que entonces presentaba para las comunicaciones ultramarinas.

"Esta reforma no sólo beneficiaba a las Colonias sino que también debía dar, como dio, por resultado, un considerable desarrollo en el tráfico de la metrópoli.

"En 1795, la entrada de buques al puerto de Montevideo, procedentes de España, ascendió a treinta y cuatro, y la salida con destino a la misma, fue de treinta y seis buques.

"En el siguiente año la entrada de buques procedentes de España ascendió a setenta y tres, y la salida a cincuenta y uno, lo que da un aumento de entradas y salidas en un año de setenta y tres por ciento.

"El aumento de los valores importados y exportados fue igualmente muy sensible, como puede apreciarse por las siguientes cifras:

En 1795:

Importación	$ f. 2.853.944.06
Exportación	$ f. 4.784.115.—

En 1796:

Importación	$ f. 2.853.944.06
Exportación	$ f. 5.058.052.04

"Es de advertir que ese exceso de exportación no fue en los primeros años formado por salidas de frutos dados en cambio de las importaciones, sino, principalmente, por remesas de oro y plata acuñados y en pasta."

Y luego agrega el mismo escritor, que "para tener una idea de lo que ese movimiento representaba para Montevideo hay que tener en cuenta que según la apreciación de Azara la Banda Oriental no tenía más de 30.000 habitantes en 1796..."

Abierto el siglo XIX, las inquietudes políticas no fueron un óbice a la prosperidad americana. De los primeros años nada se sabe, y es singular que no existan comprobantes relativos al movimiento de mar en Montevideo sino a partir de 1803, pues nada dicen al respecto los libros manuales.

De 1803 a 1806 entraron a puerto en nuestra capital 316 buques (junio a junio) mientras en el puerto de Buenos Aires sólo entraron durante ese tiempo 50 barcos... Entradas y salidas: Montevideo, 620: Buenos Aires, 123.

Al abrirse la portada del año 1805, las banderas de Dinamarca, Portugal y Francia agregadas a las anteriores, transformaron nuestras condiciones de vida, sus valiosos cargamentos mejoraron las penosas viviendas a la usanza criolla y sazonaron el pan candeal de nuestros abuelos.

La vida económica del Uruguay durante los primeros años del siglo XIX fácil es darla a conocer. Dos toques hay para ello:

Buques entrados al puerto de Montevideo

En 1805	131
En 1806	79
En 1807	18
En 1808	57
En 1809	141
En 1810	229

A la vista de este cuadro, fácil es tomar el pulso a los acontecimientos políticos y militares que determinaron y ahondaron alteraciones tan sensibles en la estadística comercial. La cifra correspondiente a 1805 es cifra aumentativa respecto de los años anteriores; por lo tanto, el descenso apuntado en 1806 es nacido de la primera invasión inglesa, la cual llega en el año siguiente a disminuir irritantemente el arribo de buques de ultramar.

En 1808, el crecimiento de entradas de navegación afírmase a partir del abandono por los ingleses, de la plaza vencida. Desde entonces el comercio vuelve con nuevos bríos superando cifra tan inusitada cual la que hemos visto corresponde a 1810. Fue aquel un año dorado para Montevideo. Su importancia política y social extraordinaria, unida a la renovación de su nombradía militar, hecha con creces por los esfuerzos reconstructores de Javier de Elío, fundador del fuerte que llevó su nombre.

Respondiendo a los aportes que desde lueñas tierras traían los navegantes al puerto de Montevideo, el comercio interno de la gobernación desde el Plata hasta el Ibicuy y desde el

Chuy hasta el Uruguay, sembró todo el país de productos extranjeros, adaptables a los usos de la población nativa.

El censo de las pulperías y tiendas del ejido de Montevideo, en diciembre de 1804, sumó 250 casas comerciales en continua actividad, y las del interior del territorio, en los lindes predichos, 51. Estas cifras sólo por comparación pueden estimarse. Basta declarar cuál fue el cociente de este ramo doce años después; 99 casas en Montevideo y 57 en lo restante del territorio (1817).

Próspero era, pues, el estado del Uruguay en los seis primeros años del siglo XIX. Si las invasiones inglesas que tantos irreflexivamente ponderan, por desconocer sus verdaderos efectos, fatales unos e inútiles otros, (¡como si nos hubiera sido necesario leer "La Estrella del Sur" para acordarnos de la libertad!) no turban el afianzamiento de nuestra existencia local como unidad de idea y de acción, este país tan codiciado y codiciable habría recibido la independencia en sazonado punto, ahorrando a sus anales, si menos heroísmo, mucha paz y una dicha largamente próvida.

EL DIARIO DE VIAJE DE UN INGLES, EN 1797

Michelet ha llamado a la golondrina el "pájaro del regreso", porque simboliza no sólo la permanencia del hogar, por su fidelidad en volver a éste, siquiera estén en ruinas sus muros cálidos, siquiera se hallen en refacción apresurada. Nosotros podríamos llamar al viajero inglés, la "golondrina humana" del siglo XVIII. El inglés colonizó de modo muy distinto a los demás pueblos de aquel tiempo. Se había acostumbrado en los dos siglos de lucha contra la hegemonía española y holandesa en los mares latinos y americanos, a dar la vuelta al mundo, si fuera preciso, pero a volver irrevocablemente a su punto de partida. La colonización española dejó el alma de sus fundadores en la tierra adquirida para Castilla; la colonización británica no se le pareció en nada. El inglés no llevaba en sus navíos la civilización de su tierra, sino su curiosidad, su afán de conocer y poseer, es decir, de absorber lo adquirido en su propio yo, de abandonarlo cuando no podía poseerlo. Esta posesión, por otra parte, no alcanzaba un sentido moral y espiritual, era meramente, "un negocio". Si el negocio no cuajaba, batíase en retirada, no se obstinaba por fe religiosa alguna, ni tampoco llevó al extremo su celo por la defensa ideal de "Dios y su derecho"...

El inglés volvía de sus viajes, a veces prolongados y siempre fructíferos desde el punto de vista mercantil, pocas veces, bajo el aspecto especu-

lativo, con los mismos sentimientos, las mismas ideas, los mismos prejuicios con que había salido. Si era un fiel anotador de lo que por sus sentidos pasaba, —estaba muy lejos de ser fantástico como los viajeros españoles y apasionado como los franceses,— esta veracidad no importaba una virtud personal sino sólo una condición nativa, un signo de su raza objetiva, fría, imparcial, observadora tenaz de los hechos directos. Pocas veces sus prejuicios se modificaban al contacto de la realidad circundante, pero es que tampoco ésta hubiera difícilmente alterado la contextura espiritual del viajero flemático que los percibía. Por eso es considerado el testimonio de los viajeros británicos en América del Sur, como una ejecutoria ajustada a la crónica auténtica de los sucesos por ellos presenciados y representados en sus copiosas relaciones. La centralización, digámoslo así, de esta política viajera o excursionista, durante varios siglos, llegó a producir una orientación británica típica de la política colonial y a la preparación de un plan de dominio universal humano que pudo ser definido en 1850 por Donoso Cortés con aquel agudo decir: "Dios creó al hombre y le puso en posesión de la tierra. Creó, luego, a la raza inglesa y la puso en posesión de la Humanidad".

Afligidos navegantes en los tiempos que precedieron a las invasiones normandas, los primitivos sajones pobladores de Inglaterra apenas abandonaban sus islas verdes y grises para proveerse, con harta penuria, del sustento para sus familias. Eran los sajones de la primera Edad Media una

estirpe sedentaria y poco amiga de aventuras. La invasión normanda, los transformó en una nación esencialmente pescadora, navegante, aventurera.

La historia exterior inglesa de los siglos XVI, XVII y XVIII es la historia de la piratería transocéanica. Si los peñascos de las costas centroamericanas, el Norte de la América del Sur y la línea del Pacífico en este continente hablasen, seguro es que sus memorias arrulladas por el canto salvaje de las olas, tendrían todo el sabor de una nueva Odisea, más grandiosa, si cabe, que la narrada en los poemas homéricos.

Entre los muchos y aprovechables volúmenes documentales publicados por la sección (hoy Instituto) de historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, uno fue dedicado a hacer una especie de inventario crítico de los libros de viajes al Río de la Plata. A cargo de esa pesada y utilísima labor estuvo el doctor Luis María Torres, hombre de ciencia y arqueólogo infatigable de la nueva escuela. Naturalmente, el doctor Torres, tan avezado a la investigación subterránea, no podía dejar de serlo en cuanto sus manos, escrupulosamente educadas para el trabajo de laboratorio, se dedicaran a revolver listas bibliográficas y a descubrir nuevas relaciones de viajeros antiguos, sepultadas en el maremágnum de la producción universal. En la copiosa introducción crítica que preparó para el volumen de la serie indicada, lucen numerosos escritores que trataron de las regiones del Río de la Plata, y las describieron bajo muy diversos aspectos, todos útiles al estudioso.

Uno de ellos, sir John Constance Davie, en sus "Letters from Paraguay", impreso en Londres en 1807, llamó mi atención, y acudí a leerlo, si por ventura la Biblioteca Nacional de Montevideo conservaba un ejemplar de tan curioso volumen.

El tomito de las "Cartas desde el Paraguay" es primoroso de impresión. La presentación es también encantadora. Parece ese librito un devocionario.

Quiso el azar de las cosas que cuando el señor Davie visitara el Río de la Plata, en 1793, España saliera apenas de la guerra con Gran Bretaña, por lo cual las cartas de aquel ciudadano inglés estuvieran impregnadas de un fuerte sabor hostil hacia las instituciones metropolitanas, y que con igual moneda se le pagara por estas tierras, según más adelante se verá. Es más, su librito, de sencillas y veraces descripciones, obtuvo una notoriedad inesperada, en virtud de haber coincidido el regreso a Londres de sir Davie con la invasión de Popham al virreinato de Buenos Aires, acompañando a la expedición Carr Beresford.

Llegó a Montevideo, a bordo del bergantín "Ana Sara", sir John Constance Davie, en enero de 1797.

He aquí el interesantísimo documento que he traducido expresamente para mis lectores, pues todavía yace tan completa relación de estos países en el idioma original, no obstante las preciosas noticias que proporciona sobre la vida política y social de nuestros antepasados:

"Si les ha causado sorpresa a ustedes mi última carta con la noticia de mi nuevo oficio, ¡cómo se sorprenderán ustedes al observar dónde ha sido fechada! Pero una vez más resulta probado el antiguo proverbio que: "El hombre propone y Dios dispone". Cuando cerré mi última carta estaba completamente convencido de que la próxima sería fechada en la costa de Nueva Gales del Sur, pero mi destino era volver a América, aunque no a la parte de ella que yo había últimamente habitado.

"Sin duda alguna empiezo a sentirme fatalista; en efecto, muchos acontecimientos de mi vida, y éste no menos que ninguno, me han inducido a pensar, a veces, que un poder superior guía y dirige cada acción y propósito del hombre, o, si no, tendré que creer en la fuerza de ciertos agentes inferiores, autorizados, con algún gran objeto en vista, a contrarrestar y subvertir las intenciones de los individuos. Esta última hipótesis parece ser más consecuente con mis ideas sobre la divinidad, pero dudo que a ustedes les parezca así.

"La mañana siguiente a la última carta que les escribí me embarqué en el "Ana Sara", rumbo a Puerto Jackson, con la firme intención de permanecer allá durante algunos meses para estudiar el clima, el suelo, los productos y los adelantos coloniales de la isla de Nueva Holanda, si isla puede llamársele. Pero no sólo fracasé en este propósito (sin hacer mención de mi incipiente comercio, que por sí solo hubiese ocupado gran parte de mi tiempo y quizá hasta hubiese encauzado mis ideas por otro curso), sino que todos mis

planes fueron desbaratados por un violento huracán que siguió a una pesada calma de treinta y seis horas. Sobrevino este huracán como a las seis semanas de nuestra partida de Nueva York, un poco más abajo de la latitud de Río de Janeiro, en el Brasil. Durante varios días, y particularmente durante la calma, yo me había sentido muy indispuesto, pero la furia del viento pronto trajo a mi mente ideas más desagradables que las del mareo. He visto muchas tormentas en alta mar, pero jamás una tan alarmante como ésta. Eramos arrastrados sobre la superficie del agua con una velocidad espantosa; un momento levantados hasta las nubes que corrían sobre nuestras cabezas; en seguida precipitados a un abismo que parecía amenazar nuestra destrucción inmediata. Mi mareo me impedía prestar ayuda, pero todos los hombres de a bordo fueron obligados a contribuir a la seguridad general. Durante dos días corrimos a merced del viento; en la noche del segundo día el bauprés de nuestro buque cedió, y, en menos de una hora, arrancó el palo del trinquete. Para aumentar nuestra desdicha, gran parte de nuestros cascos de agua se habían desfondado. En tales circunstancias, el capitán H. reunió en consejo a todo el personal del buque, que consistía, además de él mismo, de un sobrecargo, tres pasajeros, un piloto, cinco marineros y dos muchachos. Después de una breve deliberación con respecto a nuestra latitud, resolvimos hacer todo lo posible para llegar a la isla de Santa Catalina, y hacia ella pusimos rumbo, pero como el viento aún continuaba soplando con gran violencia, a pesar de nuestros

esfuerzos fuimos arrastrados demasiado hacia el Sur para abrigar esperanzas de alcanzar aquel hospitalario asilo. En consecuencia, se reunió un segundo consejo, cuyo resultado fue: que siendo imposible llegar al Cabo en aquel estado en que nos encontrábamos, no nos quedaba más recurso que dirigirnos inmediatamente al gran Río de la Plata, y tratar de llegar a Buenos Aires para reparar averías y renovar nuestra provisión de agua y víveres. Menos nos costó ponernos en acción que resolvernos. Felizmente para nosotros, el viento había calmado un poco; pusimos rumbo hacia el más grande río del mundo, y tuvimos la suerte de llegar a él sin ningún nuevo desastre.

"Las descripciones que leímos del Plata, lejos de parecernos exageradas, apenas dan una idea adecuada de su inmensidad. Sin embargo, descubro ahora que su profundidad no está en proporción con su anchura y longitud. Cuando llegamos a la boca del río, de lo que nunca me hubiera dado cuenta si no me lo hubieran advertido, empecé a dar gracias a Dios por hallarnos fuera de peligro, pero pronto vi que nuevos peligros nos esperaban, debido a los grandes bancos de arena diseminados en todas direcciones. Entramos al río impulsados por algo más que una brisa fuerte, y mucho trabajo nos dio salvar una restinga muy peligrosa llamada Banco Inglés, un lugar tan temido en estas regiones como lo son en las nuestras las rocas de Scila y Caribdis, o los bancos de Goodwin; y no bien lo habíamos salvado, cuando nos encontramos con otro más pequeño, y así continuamos por falta de piloto,

esquivando un banco para toparnos con otro, sacudiendo, saltando y blasfemando, por cerca de treinta leguas, con botes adelante, haciendo sondajes en todo el trayecto que debimos recorrer para llegar a un lugar donde pudiéramos pedir ayuda; sin embargo, gracias a una buena brisa y a nuestra vigilancia constante, al cabo de cuatro días echamos ancla en este puerto. Montevideo es el primer puerto seguro en este admirable río; está situado al pie de una montaña cónica de gran altura, la única que se ve en una extensión de muchos cientos de millas, y el río aún aquí es tan ancho que una persona sin experiencia lo confundiría con el mar.

"En este puerto encontramos dos buques mercantes portugueses, tres franceses y dos corsarios; estos últimos, como nosotros, de arribada forzosa, por causa del mal tiempo. A una señal de nuestro capitán, el jefe del fuerte envió un bote con tres españoles para que examinaran nuestros papeles. Habiendo quedado satisfechos, se nos permitió entrar al puerto, donde inmediatamente recibimos toda ayuda necesaria. Cuando llegamos era de noche; en la mañana siguiente el capitán H. y los tres pasajeros fuimos a tierra. Siendo yo un inglés y con todas las apariencias de tal, observé por todas partes miradas sospechosas, pero esto no me preocupaba, pues ya que mi destino me había llevado a la América española, yo estaba decidido a ver de esta ciudad tanto como me fuera posible, aunque, Dios lo sabe, fuera de la montaña y el río hay muy poco que excite la curiosidad del viajero. Lo único que ha llamado mi

atención ha sido el fuerte: es grande, bien construido y consta de cuatro bastiones, en los cuales hay, aparentemente, muy buenos cañones de bronce. Se ha empezado a construir otro bastión del lado de tierra, y cuando esté construido, el foso será mucho más extenso que ahora. No pienso gran cosa de la resistencia de esa ciudadela, o de la fuerza que podría oponerse a un decidido ataque de las armas británicas. Podrá, no lo dudo, resistir cualquier ataque de los portugueses o de los indios; pero no les sería tan fácil resistir un cuerpo selecto de soldados y marineros británicos decididos a conquistarlo.

"El edificio que sigue al fuerte en importancia es la iglesia; es grande, limpia, pero nada tiene de notable; las casas, muchas de ellas diseminadas irregularmente, con lindos jardines y pequeñas plantaciones anexas, son todas bajas y malamente construidas, pero en conjunto, con los verdes árboles sacudiendo su ramaje sobre los tejados, producen un lindo efecto.

"La campiña nada tiene de interesante; consiste, según me cuentan, en una continua llanura de muchos cientos de millas; por consiguiente, tendría que parecerme poco favorecida, acostumbrado como estoy a las ondulantes colinas y majestuosas montañas del continente Norte; en cuanto a Montevideo mismo, a lo único que puedo compararlo es a una solitaria roca en medio del océano Pacífico. También se nota aquí la falta de selvas naturales; casi todos los árboles y arbustos son de cultivo, y aunque la perspectiva ofrece por todas partes hermosa vegetación lujuriante, en vano

la vista busca aquellas tupidas y negras selvas que en Norte América sólo se consideran como un mal natural que obstruye el trabajo del industrioso agricultor, pero que aquí se apreciarían mucho por su novedad, por su belleza, y, lo que es más, por su utilidad, sin estar expuestas a la acción del hacha destructora y a la más destructora acción del incendiario. Los españoles no son tan amantes de la agricultura como para privarse de la sombra. Al contrario, aquí han hecho todo lo posible para subsanar esta gran falta de selvas, y no han trabajado en vano, pues este suelo es muy bueno para el cultivo y ahora se ven arboledas de casi todas las clases de árboles o arbustos que se han podido importar.

"Yo no soy dibujante, pero he hecho un croquis de Montevideo desde el sitio más favorable que pude hallar, y se lo remito para su ilustración. Sólo siento que el tópico no es muy atrayente.

"El capitán H. solicitó permiso para alojarnos en la casa de un comerciante en vinos a quien había conocido en las Canarias, de donde vino dos años antes a establecerse en Montevideo. La solicitud fue aceptada y yo recibido con gran hospitalidad. El hecho de que yo no conocía el idioma español constituia una circunstancia algo embarazosa, pero el canario, aunque no comprendía el inglés, poseía superficialmente el francés y se dio suficiente maña para darnos a entender que debíamos considerarnos como de la familia. Él tiene una esposa y dos hijas, ambas muy vivas muchachas, pero nuestra comunicación se realiza

toda por medio de señales, lo que no deja de hacerla agradable.

"No hacía una hora que nos habíamos instalado cuando vino orden de que los pasajeros debíamos presentarnos ante el gobernador. Inmediatamente la acatamos, poniéndonos en marcha custodiados por una guardia de un suboficial y seis soldados, todos malamente vestidos, pero notables por la extraordinaria longitud de sus espadas y bigotes, y el más ridículo aire de majestuosa gravedad. Encontramos al gobernador, don Blas de Hinojosa, tomando una colación de frutas y café, servido por dos negros. El se levantó cuando entramos, e inclinando ligeramente la cabeza de una manera muy solemne volvió a sentarse, dando órdenes a uno de los esclavos, que salió de la habitación, volviendo a poco con dos caballeros españoles y un oficial espléndidamente ataviado, el cual todo el tiempo que permanecí allí me observaba con mirada severa y escudriñadora. Después de una corta conversación con el gobernador, uno de los caballeros, en tolerable inglés, nos dirigió varias preguntas, como ser quiénes éramos, adónde íbamos, cuándo salimos de Nueva York, y qué había ocasionado nuestra llegada a Montevideo. Como él se dirigía principalmente a mí, yo respondí por mí y por mis dos compañeros, que eran neoyorquinos e iban en viaje de negocios a puerto Jackson. Satisfecha la curiosidad de los españoles, se nos permitió retirarnos, siendo conducidos de la misma manera que habíamos venido. El gobernador aparentaba tener cuarenta años de edad, era de aspecto agradable, y asumía cierta gravedad

que por la expresión juguetona de la boca se conocía que no era natural en él. He sabido que es casado y que tiene un hijo y dos hijas, el primero está actualmente en Córdoba, provincia de Tucumán, donde hay una gran universidad.

"A nuestra vuelta encontramos una abundante comida preparada por nuestro hospitalario posadero, compuesta de tortas frescas, fruta, café y varias clases de vinos. Cuando hubimos comido, yo propuse a mis compañeros una ascensión a la montaña cónica, pues deseaba aprovechar de la mejor manera posible mi corta estada; pero nuestro posadero, con mucho pesar de su parte, me informó que mi deseo no podría ser satisfecho: estacionado en la puerta había un soldado español con la consigna de considerarme prisionero de guerra durante todo el resto de mi permanencia en Montevideo. Sin embargo, mis compañeros, como no eran ingleses, estaban en libertad de ir adonde quisieran.

"En nuestro viaje aguas arriba por el río observé, de paso, una isla resplandeciente, con todos los colores del arco iris, cubierta de flores de todas las clases que la naturaleza haya producido en el globo terrestre; y los suaves perfumes que emiten cuando las agita una brisa fresca inducen a uno a pensar que todos los aromas de la Arabia han sido traídos a esta isla, muy propiamente llamada Isla de las Flores. Hay en el Plata otra isla muy diferente de ésta, llamada Isla de Lobos, por estar habitada por estos animales; pero de esta isla nada vi porque no estaba sobre cubierta cuando pasamos".

Séame permitido asentar algunas reflexiones y rectificaciones a las sabrosas referencias del viajero inglés de 1797. He aquí un hombre que habiendo salido de Escocia, su tierra natal muy amada, atraviesa el Atlántico y, compartiendo el oficio, por aquellos años muy usadero y equívoco, de viajero científico y excursionista de la naturaleza con el más británico menester de comerciante de Nueva York, es llevado por la suerte a una costa hospitalaria de la cual sólo sabe decir primores con vistas al poderío político y militar de su patria.

Las pasables fantasías mezcladas por sir Davie a sus recuerdos, por cierto muy recientes y frescos del Plata, hacen en nuestro espíritu un hoyo para anidar allí el prudente y necesario escepticismo que debe preceder a toda relación de viajes de los hombres de antes. Sir Davie pasa a la vera de la Isla de Flores y percibe con halago de sus sentidos el delicioso aroma que exhalan los jardines espontáneamente brotados en el suelo de aquélla. Quien haya leído las relaciones de otros viajeros y, además, tenga noticia cabal de la flora de ella, no podrá menos de sonreírse ante esta inesperada ponderación del viajero británico. La coloración rojiza de dos o tres hierbajos de jugo salobre crecidos como un festón silvestre en torno a la costa pedregosa de los tres islotes de Flores, pudo haber engendrado la bizarra descripción que se ha leído.

Tampoco es correcta la denominación que adjudica gratuitamente al gobernador de Montevideo en 1797. No hubo en nuestra ciudad tal "Blas

de Hinojosa", apelativo que parece más bien arrancado a un capítulo de Lesage... El gobernador de la plaza de Montevideo entonces era el eminente marino español don José de Bustamante y Guerra. Hay cierta eufonía común a ambos nombres, y quizá ella es culpable de la invención de Mr. Davie.

Las intenciones bélicas que rebosan en todas las impresiones de este caballero justifican, a mi ver, harto sobradamente, la atmósfera de sospecha de que se le rodeó a su llegada a Montevideo. No hay sino que fijarse en la continua referencia a una posible y aún probable dominación inglesa en el Río de la Plata, al tratar de la Ciudadela y demás fortificaciones españolas. Dijérase que Mr. Davie interpretaba la general opinión británica de apoderarse de estos países para explotarlos comercialmente. De todos modos, el libro de este viajero, tan franco en sus opiniones, fue algo así como un heraldo de la expedición que nos visitaría en 1806.

Al referirse al Cerro de Montevideo dice que "es una montaña cónica de estupenda altura". No carecía de imaginación Mr. Davie, como se ve. En cambio, resulta interesante alguna otra indicación pintoresca acerca de la ciudad y sus alrededores; el cultivo intensivo de especies forestales y frutales; la diseminación de árboles dentro del recinto urbano de Montevideo, y la buena conservación de la iglesia Matriz.

Conviene hacer notar que el año 1797 fue para nuestra pequeña plaza fuerte, por muchos conceptos, una fecha memorable y feliz. Bustamante

y Guerra inició entonces una política de mejoras edilicias que la historia se ha complacido en puntualizar. Fue para nuestro Montevideo, por ejemplo, lo que en Buenos Aires fueron don Francisco de Paula Sanz y el portugués ingeniero José Custodio de Saa e Faría, por los años 1770 a 1780.

La fisonomía del Real de San Felipe varió radicalmente. Al paso que las fortificaciones se alzaron, siguiendo ya un plan científico y de gran solidez, la edificación urbana mejoró notablemente sus características. Francisco Antonio Maciel, Pedro Berroa, Machado, la familia de Soria, don Cristóbal Salvañach y otros potentados, como Matías Sánchez de la Rozuela y Juan José Seco, para mencionar a los de mayor relieve social de la época, se envanecieron de poseer casonas de rústica elegancia, pero vastas y de complicadas instalaciones interiores, como en el solar de los Pérez y de don Remigio Castellanos.

El cuartel de ingenieros vio ascender su fábrica elegante: el Cabildo, progresar sus recios muros; la Matriz, sus torres; la ciudadela, sus bastiones, escarpa y contraescarpa, aparte de la terminación de sus severos interiores; el puerto, su muelle de piedra y las bóvedas, que fueron ensanchadas y cuidadosamente aderezadas para el depósito de municiones y víveres en caso de sitio por mar y tierra.

Al densificarse la población, como lo atestigua el censo de 1800, las arboledas parciales, que salpicaban manchando de verde el conjunto gracioso de la península montevideana, fueron raleados y predominaron los tintes oscuros en las callejas

provistas ya de cordones y veredas de piedra, mientras se enarenaba con conchillas la calzada, a costa del vecindario.

Pero esta visión del Montevideo de 1800 la vamos a contemplar a través de las descripciones de otros viajeros más perspicuos e interesantes que el espetado británico llegado como pájaro marino a nuestras playas, después de un recio y asolador pampero, en una fría noche de 1797...

EL ROMANTICISMO POLITICO DE 1810

La fórmula que define a la sociedad del Plata, bajo el aspecto doble de su vida y de su literatura en medio del estallido contagioso de Mayo, cabe en sumaria frase: fueron profundos poetas en la conducta y prosaicos rimadores de decadencia en el arte.

Esto mismo ya lo dije yo hace algunos años cuando me tocó juzgar, aunque someramente, el mérito, por cierto muy relativo, de las canciones patrióticas platenses producidas entre 1810 y 1840. Y escribí estas sinceras frases que hoy vuelvo a firmar sin titubeos: "Fueron muchos de aquellos varones eminentes ciudadanos, pero mediocres poetas: y al tiempo que sentían con ardor irreprimible el amor santo de la Patria (chica o grande), lo expresaban por lo común en versos bastante malos, lo cual en nada amengua sus altas y nobles figuras históricas".

Nadie niega hoy, sobre todo después de las profundas investigaciones históricas en que ha intervenido con tanto fruto la legión de trabajadores argentinos de los últimos cuarenta años, que hay que ir a buscar las fuentes de la fuerza explosiva que se encerraba en la Revolución de Mayo, (comprendiendo bajo este título general los levantamientos en el antiguo virreinato del Sur) a Francia en la literatura del ginebrino Rousseau, y a Estados Unidos en "El Federal" y en las Actas de la Asamblea de Filadelfia.

Esta dualidad de inspiración venía a nuestras tierras tocada de una vibración imperceptible, pero creciente, de romanticismo político. La invocación constante de los próceres al mundo de las clásicas figuraciones romanas, era nada más que una toga sutil que cubría a los gloriosos descamisados arrollados por el poder español en las calles, en los cabildos y en las salas de oidores, y más tarde en los campos de batalla.

El seudo clasicismo seco y apedernalado de la literatura tan pobre de aquellas horas solemnes, era la decoración de un cuadro gigantesco, que no la necesitaba porque en sus tintas, en su dibujo admirable y en su original esplendoroso, iba a implantar, por así decirlo, nuevos cánones de arte que seguirían a los principios de la política instaurada por los hombres de la Revolución.

Y para demostrar la decadencia de nuestra literatura patriótica, tocada del vicio radical de afrancesamiento, que también manchaba la prosaica musa hispánica del siglo XVIII, bastaría abrir las páginas de la crónica de aquel tiempo, aun la más benévola, por ejemplo, la que trazó, con mano delicada y llena de *nuances* y suavidades, el marqués de Valmar.

De esos modelos tan raquíticos y tan pedestres en el seno de la poesía sabia y política, que es la que aquí corresponde comparar, nada podía darnos que valiera la pena la literatura española de 1810. Suprimid a Quintana, que sólo sería conocido en América después de 1800, y la poesía peninsular estaba a cien codos de sus luminosos días de Lope de Vega, Góngora, Herrera, Quevedo

y León. Por tanto, la poesía americana, que iba a descubrir la inspiración propia en los motivos locales, con los "Cielitos" y "Diálogos" de Hidalgo, no aventajaría a la poesía materna. Por eso es que he afirmado al principio que los próceres de 1810 fueron poetas en su vida, pero no alcanzaron la altura lírica ni mucho menos rozaron el muro ciclópeo de la gran epopeya racial, como de la magnitud y alteza de los acontecimientos y hazañas que habían elaborado, pudo esperarse.

Prefirieron hacer las patrias americanas en lugar de cantarlas, y cuando surgió la imitación de Quintana, tan hermosamente traída a nuestro suelo, fue para entonar el himno de Junín allá entre los volcanes ardientes del Ecuador, tomando palabras clásicas con que glosar los vinos y desgarrantes arrebatos de la muchedumbre por sí misma libertada de sus señores.

Don Francisco Bauzá, en las interesantes páginas de sus "Estudios literarios", dedica a los poetas de la revolución uruguaya, entre una deficiente información, un comentario en el cual se vierten algunas consideraciones que pueden emparejarse con las que acabo de exponer. Este escritor tacha de inconsecuentes a los poetas de la revolución porque solían, excepción de los gauchescos, impugnar la dominación hispánica en el mismo verbo clásico que sus dominadores, no procurando cumplir también una reforma de fondo en el léxico al mismo tiempo que la llevaban al máximo en el orden político. Esta objeción tiene algún fundamento, pero sólo, a mi ver, con validez relativa. Si vamos a decir verdad, lo que urgía no

era reformar el lenguaje sino las instituciones, y esto se hizo con la rapidez posible.

El "Contrato Social" y también la célebre "Memoria sobre las desigualdades de los hombres", salidos ambos tratados de la pluma sentimental de Rousseau, conmovieron hondamente al grupo de ideólogos de la revolución americana. El pueblo no alcanzó tanta perfección en sus motivaciones políticas de la conducta, pero el atavismo de la libertad de los campos en unos y la razonable idea de que, caducado el monarca español en su mismo trono, América no tenía por qué obedecer a la regencia metropolitana, pudo encarar la creación similar de juntas a este lado del mar. Así nació el nuevo derecho, que fue, —por cierta curiosa anomalía histórica, que parece repetirse en la crónica de la raza hispánica,— algo semejante a la creación autónoma de las ciudades peninsulares en la lucha contra los moros. Fue el nuestro un doble, o si queréis, un triple modo de concebir el derecho nuevo, es decir, el derecho a la independencia: los ideólogos, por la doctrina; los urbanos, por los fueros municipales que con varia fortuna defendieron; los criollos y gauchos de extramuros y "estancias" de la pampa y la frontera, por nativa inclinación y por una incomprensión absoluta del monarquismo cortesano.

Estos tres elementos integrantes que van a chocar irremisiblemente en las juntas populares, en los congresos y en todos los órdenes de la vida de campamento, son la masa social puesta en cocción por la Revolución de Mayo en sus crisoles.

No hay aquí los tres estados escalonados de la Revolución Francesa: no hay los privilegios ancestrales, ni las regalías señoriales que engendran viejos, encendidos agravios. La prueba está en que muy a menudo vemos figurar en los cuadros revolucionarios de la patria naciente a numerosos grupos de políticos, milicianos y "criollos" nacidos en España. En este sentido, bien puede decirse que la emancipación americana fue una guerra civil en que hubo criollos de ambos bandos, y, en ambos lados, españoles.

Pero el principio motor era nuestro, muy nuestro y la victoria también. A España le tocó la parte peor, la retirada sangrienta, aunque hoy reconocemos la misma sangre en nuestras venas y el mismo idealismo en nuestros corazones.

Reconocida la existencia del romanticismo de inspiración europea en la conducta de los prohombres de Mayo, queda todavía otra fuente, otro mugrón de romanticismo que pudiera entroncarse con la actitud inicial, peregrinante y andariega del romanticismo literario. Me refiero a la suerte de discordia familiar o doméstica que la revolución americana vino a establecer en medio del hogar donde el padre o la madre españoles vieron a los hijos partirse en los dos campos rivales: mientras los más iban a correr la suerte incierta y difícil de la patria niña, los otros permanecían en una ofensiva reservada y embarazosa. Fue así cómo se cumplió la sentencia evangélica: la nueva fe fue una espada en medio de la familia americana.

Y esto engendró la visión apenas entrevista del romanticismo que era, sobre todo, acción, y acción viril y rampante. ¿Qué valían al lado de esta cruzada heroica e irrenunciable de la aventura política del gobierno propio, las emanaciones líricas y las melopeas languidecientes de la literatura en auge?

La revolución americana se inició en la decadencia literaria española, pero en el terreno político fue una reacción violenta y acerba contra la degradación de la metrópoli. La vida y milagros del valido príncipe de la Paz no tardaron en saberse en América con más pormenores que en la propia España, porque aquí no se tapaba la boca el vulgo para calificar a la par del vulgo español las mil hablillas cortesanas que eran capaces en un pueblo viril de soliviantar su alma condenada a respirar el aire infecto de tanta bajeza.

Roto el encanto, pareció a todos los hombres libres de estas tierras que no había bajo el sol empresa más grandiosa que la de vivir románticamente una vida digna, aun sometiéndola a las torturas del dominador caduco. Sólo la fuerza interna de España pudo soportar aquella ofensiva atroz de sus antiguas colonias; sólo la capacidad de la raza hispánica pudo sostener a pie firme, con un trono viciado y una casta militar desgobernada, el pundonor tradicional de esa patria magnífica.

Y así tuvimos esa dualidad singularísima de espiritualidad romántica imbuida en el clasicismo literario de últimos remedos franceses, envolviendo

una extraordinaria vitalidad para la acción política, al lado de una deficiente cultura intelectual.

La formación moral de los pueblos americanos era tan feble como rústica, y por eso el romanticismo literario, que hubiera producido desastrosos frutos a haberse infiltrado desde la hora inaugural de la revolución, llegó con mucho atraso y luego de ensayos y tanteos de emigrados innovadores.

No estábamos tampoco preparados para aguantar a pie firme el dislocamiento de la sensibilidad tradicional, heredada por la emocionalidad fácil del romanticismo artístico. Este vino a nosotros en el período de formación constitucional, el cual no se produjo como un hecho aislado, sino acompañando a la consolidación social por todos buscada.

Hacia 1830, los grupos intelectuales americanos se aglutinaron y empezaron a pensar en la historia que los había formado desde 1810. Surgieron los dogmas socialistas de la Asociación de Mayo, y los principios americanistas sobre literatura sostenidos por Andrés Lamas, Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez y Domingo F. Sarmiento, este último con su tesis violenta del "Facundo" aparecida en Chile por primera vez bajo el nombre significativo de "Civilización y Barbarie". Al mismo tiempo se despertaron las cuestiones territoriales interamericanas. Señal evidente de que las patrias ya estaban formadas en el vientre enorme del continente Sur.

España había quedado muy atrás con su espíritu marcial y clásico, pero su sangre nos movía siempre, a veces muy a pesar nuestro, como en

los intentos de renovación idiomática. La creciente lejanía despertó la "saudade" del ayer común, y al llegar al reconocimiento de nuestra independencia por el reinado de Isabel II, sólo cenizas quedaban del incendio pavoroso que recorrió los Andes hasta los mares australes. España debió soportar casi simultáneamente dos guerras colosales: la de su independencia contra Napoleón y la de la emancipación de sus colonias. Pocos países en el globo tuvieron que hacer frente a tan grave y complicada emergencia, si hacemos excepción de las guerras del Imperio Romano.

Pero ¿qué más hermoso espectáculo, aunque la pasión las tuerza, que las escenas de la Corte de Cádiz? Se dirá que España reconoció a sus colonias los derechos propios de pueblos libres, ya que no soberanos, cuando éstos los habían cobrado por su mano armada. Pero se olvida, acaso, que había también problemas internos gravísimos, impostergables y que demasiado bien, en medio de la anarquía del trono acéfalo, España respondió a todos los interrogantes del destino. Si tuvo un monarca incapaz en Fernando el Deseado, no fue suya la culpa.

El romanticismo político de 1810 cuidó sólo de establecer el imperio de los principios, descuidando lamentablemente la ejecución de sus ordenanzas prácticas. Se ha llegado, por ejemplo, a acusar a los congresos rioplatenses de hermetismo, de conciliábulos, de ser objeto de mandatos imperativos. ¿Y qué más podían ser en medio de la general y mala educación de los pueblos? ¿Se levanta en un día la soberanía de la representación

proporcional o del sufragio universal? ¿En medio de un campamento, los derechos civiles no están siempre amenazados? Dejemos a los próceres americanos que sigan con el brazo enhiesto y la voz tonante proclamando los principios de la libertad con la cual jubilosamente se desposaban en la mañana tormentosa de la emancipación. Ellos, que la saludaron con lágrimas y abriendo sus venas al albor sereno del porvenir, amaron entrañablemente los principios, y amaron también con toda su alma el río caudaloso de los bienes que de estos bajarían, una vez llegada la hora de recoger sus maduras consecuencias.

EL DERECHO REVOLUCIONARIO Y LA HISTORIA VIVA

" La historia, dice Michelet, no suelta más a
" aquél que invade sus dominios. El que una vez
" siquiera ha bebido de ese vino amargo y fuerte,
" lo beberá toda la vida, de mí sé decir que nunca
" me he separado de ella, ni en los días de prueba ".

La crítica histórica americana tiene, con todo, graves riesgos de arruinar muy sagrados muros, si su acción no se restringe a un campo propio, exento de la bullanga callejera, y de la difusión periodística. La crítica es función de gabinete, por su naturaleza no, pero sí por su esencia y también por la conveniencia política. Como las verdades científicas, los magnos postulados que resumen como un catecismo de normas prácticas, no se incuban en la plaza pública, sino en el silencio del estudio y de allí van saliendo calladamente al taller del industrial después de pasar por el crisol de las sociedades sabias, así también la crítica histórica no ha de dejar al descubierto el altar de la patria construido con tanto dolor y tanto amor, con tal de proclamar y blandir en la mano convulsa un puñado de rectificaciones, en las que suele refulgir más la vanidad personal del desencantador que la luz pura de la verdad.

Como la Religión, la Historia no es una ciencia exacta, y, aun menos que ella, sus dogmas son patrimonio de una fe que no evoluciona ni se desplaza. Pero la historia política de la edad heroica

de América tiene indudablemente sus dogmas parciales, nacionales, a decirlo con su palabra justa, y esos dogmas no pueden exponerse impunemente a una revisión alocada en el primer diario que se le ocurra desportillar el arco triunfal de la República. La razón de ser de la comunidad social que convocó la conquista española al mediar el Renacimiento de oro de los siglos XVI y XVII, merece un nombre concreto y definido que al fundarse las patrias americanas en torno a sus grandes futuras capitales, fue diferenciado netamente de sus vecinos y aledaños. La sociabilidad argentina como la sociabilidad mejicana; la sociabilidad chilena como la sociabilidad neogranadina existieron, —como muy bien ha dicho José Manuel Eizaguirre, en uno de sus ensayos sustanciales de síntesis sociológica,— antes del canon político de 1810.

Las faces oscuras de este proceso de larva enquistada en el coloniaje habían sido ya entrevistas por los cronistas e historiadores americanos de mediados del siglo XIX. Ha correspondido al nuestro la separación escrupulosa, la ordenación interna, y por último, la inserción de cada reino de fenómenos sociales en el mapa moral del continente. Bien sé que abundan las teorías decoradas de barniz histórico que se arrogan la interpretación definitiva del espíritu americano en sus particularidades y en sus participaciones. No he de mencionarlas ni juzgarlas. La sociología se hará cargo de sus análisis y podrá incorporarse sus conclusiones, o rechazarlas o rectificarlas en la porción hacedera, o enumerarlas sin juicio estimativo. Yo hablo de

algo más hondo, no de la sociología que tiene un capítulo de historia, sino de la Historia que encierra un capítulo de sociología, y por lo tanto, de criteriología normativa. Se trata ahora de investigar, con la limitación inevitable del tiempo de que dispongo y de los medios que poseo, si hay algún sentido trascendente, si existe un núcleo vital incambiado, una almendra genésica en el proceso secular de nuestra historia.

Ha habido en América tres orientaciones básicas para elaborar su historia en el sentido de plenitud humana y de aspiración eterna: la historia española, la historia criolla, la historia indiana... es decir, los tres puntos de vista del estupendo horizonte que ofreció el Nuevo Mundo al día siguiente del desembarco de los súbditos de Fernando e Isabel. Pudiera deciros que estas orientaciones, la tercera de las cuales ha recibido importantísimos aportes para su estructuración próxima, en Méjico y el Perú, se reunirían en dos grandes secciones; la historia civil de América y la historia campesina de América. Son estas dos grandes secciones como dos círculos concéntricos que siendo móviles y ondulantes de formas elásticas, ya se yuxtaponen, ya se alejan de sí la una de la otra, según la preferencia del observador astral...

Por eso hemos tenido en la historiografía americana, especialmente la del Río de la Plata, la narración crítica hecha con base civilista y los elocuentes alegatos de crónica gauchesca. Esta dualidad que preside desde el 25 de Mayo de 1810 el proceso ardiente de la Revolución del Sur ha

sido algo así como en la historia romana los anales escritos con criterio patricio y los preparados con el barro sangriento del tribunado plebeyo. No conocimos en el Plata el problema del "Indianismo", que tanto se acerca a una comprensión tardía de las posibilidades indígenas; pero en cambio el hermes político y social de la ciudad y el campo ha embargado las mejores horas de nuestra organización institucional hasta muy entrado el siglo XIX.

La simplicidad norteamericana en el tipo revolucionario es, con todo, notoria, frente a la dualidad civil - gauchesca que dejamos esbozada y que tan rotundamente separa el tronco común de la raza en el Plata durante más de un siglo (de la mitad del XVIII a la mitad del XIX). Esa dualidad que tenía, evidentemente, un origen social anterior a la independencia, se hace sentir en la hora solemne, para decidirla con un empuje sobrehumano de cabalgata indómita y arrolladora. Los historiadores civiles nos han contado paso a paso, con renovaciones frescas y magníficas del instrumental técnico y de los "restos" tradicionales, la transmutación premiosa del derecho romano en derecho español y luego en los cuerpos legales indianos.

Ricardo Levenec, resumiendo con precisión y acopio de materiales eruditos que tienen autorizados precedentes en la clásica monografía del doctor Juan María Gutiérrez sobre la "Enseñanza pública en Buenos Aires" (1868) y "La magistratura indiana" del doctor Enrique Ruiz Guiñazú (1919), — ha dado la noción cabal de ese movimiento

jurídico sintetizado en el siguiente párrafo: "Des-
" de mediados del siglo XVIII un nuevo estímulo
" impulsó los estudios de derecho patrio, como
" reacción contra la tendencia docente hasta en-
" tonces en boga, que daba mayor estimación a
" las leyes romanas y canónicas que a las leyes,
" ordenanzas, pragmáticas, estatutos o fueros de
" España". Extensa es la mención de autores que se dedicaron a escribir sobre tópicos de derecho español e indiano, renovándose los métodos en las Universidades de la Península y América, y mejorándose la enseñanza jurídica por la creación de las Academias. Notable progreso adquirieron los estudios de historia del derecho, pudiéndose afirmar con Altamira que se advierte "en
" aquellos, en frente del romano, las primeras
" manifestaciones del regionalismo jurídico". ("En-
" sayo histórico sobre la Revolución de Mayo y
" Mariano Moreno", tomo I, 1920).

La revolución emancipadora, estuvo circunscrita, en su repercusión doctrinal, a las ciudades rioplatenses.

¿Quiere ello decir que la masa paisana permaneciese ajena a la actitud rebelde de los hombres cultos? No, ciertamente. Pero la manera de reaccionar de esa masa anónima y poderosa difería en esencia de los móviles urbanos. Ambos grupos sociales irían a la Revolución, pero en marcha paralela y envolvente, sin tocarse aun y sin conocerse. Seguramente sin comprenderse también. De allí nacerían los futuros entreveros entre la clase ilustrada y la muchedumbre; entre la intención y el instinto, entre la razón sutil y el

derecho rústico. La Revolución de 1810 no realizó la igualdad civil, ni la igualdad social; aspiró a la igualdad política. Sin lesionar la constitución efectiva de la tierra dividida en clases sociales harto dispares, buscó solucionar la convivencia política. El hecho es innegable. Mientras los directores ilustrados, tipo siglo XVIII, hesitaban frente al régimen político del Plata, la masa campesina por labios de los Congresos artiguistas de 1813 alzó la muralla de separación definitiva entre el pasado y el presente: proclamó la República, repudió para siempre el trono y la realeza. Este radicalismo nunca le fue perdonado al pueblo por los civilistas, salvo Mariano Moreno que supo tomar el pulso al país y adoptar una actitud de intransigencia apropiada a los peligros que corría la nueva Nación "sin rey".

Rememoremos el potente accionar de caudillos con hondo arraigo popular, como Artigas el pensador, y Güemes el guerrillero, cuyos perfiles morales se recortan en el horizonte de las pampas destacando el significado y el alcance de esa dualidad singularísima durante la lucha de la independencia. Ella puso frente a frente, en porfiada contienda, a los intelectuales de la ciudad y al pueblo de la campaña, reunido en torno a la personalidad fuerte y enérgica de sus arrebatados conductores.

Esta singular disparidad de orientación por la diversa procedencia de las fuentes de inspiración revolucionaria, condicionó, a "fortiori", la acción y la conducta de los políticos rioplatenses. Pero había, como sostiene Eizaguirre, un anhelo de

que todos participan así doctores como caudillos indómitos. Estos fueron capaces, no obstante sus principios "anarquistas" como diría en su "historia" don Vicente Fidel López, de presentarse a las puertas de la asamblea de 1813 con un programa de gobierno como no se había presentado hasta entonces ningún gobierno colegiado o capitular porteño. Sus caballos que llevaban a la grupa al sacerdote Dámaso Antonio Larrañaga y sus compañeros artiguistas, vieron cómo las puertas de la histórica asamblea se entornaban para no permitir el paso de la comitiva federal. Era el federalismo que viniendo del Litoral, dice Eizaguirre, no podría franquear el umbral capitalino sino hasta 1815 con los potros de Francisco Ramírez, mandatario de Artigas en la Plaza Victoria.

Separada de mi colección documental no muy copiosa pero sí interesante por la calidad de algunas de sus piezas, voy a leer una epístola particular del general José Artigas a un su íntimo amigo, el presbítero gallego y patriota don Manuel de Amenedo y Montenegro, párroco de la villa de San Carlos (Maldonado), uno de los más entusiastas adherentes del sistema federalista del protector de Purificación. La misiva es harto breve pero significativa. Hela aquí: "Paysandú, 1º de " Julio de 1815. — Señor Manuel Amenedo y " Montenegro: Mi estimado padre: he apreciado " muy mucho sus dos favorecedoras. Antes no he " contestado por mis graves ocupaciones. Ahora " lo hago teniendo presente que marcha el dipu- " tado Martínez y que él podrá instruir de los " pormenores que han retardado nuestra alianza

" con Buenos aires y de los medios que hemos
" adoptado para establecerla. Al fin, la expedición
" de España, según oficio que acabo de recibir
" del Cabildo de Montevideo, parece ha tirado a
" la otra América. Ruegue usted a Dios que ésto
" se verifique para que veamos nacer en nuestro
" suelo largamente la quietud y el sosiego. Ya
" no es justo que descargue el Cielo su azote
" después de tantos trabajos, y suplique usted al
" Todopoderoso en medio de sus fervientes ora-
" ciones aplaque su ira y no nos envuelva en
" mayores males con nuevas complicaciones. Yo
" quedo seguro de la cordialidad de usted y no
" debe usted dudar de la mía para que se sacri-
" fique en su felicidad. Conozco los graves motivos
" que le acompañan, para animar sus nobles sen-
" timientos. Yo me hallo penetrado de los mismos,
" y esto me empeña a que interponga su influjo,
" sus votos y sus oraciones por un objeto tan
" digno e interesante.

"Yo no perdonaré fatiga por el mismo, y, se-
" guro de esta verdad, mande usted con toda fran-
" queza a quien tiene el honor de repetirse de
" usted servidor afmo. (firmado) *José Artigas.* —
" 7 de Julio de 1815".

El carácter de espontaneidad de la Revolución de Mayo de 1810, escribe el señor Eizaguirre, no ha sido demostrado por aquellos escritores que alegaron ignorar la existencia de síntomas nacionales a espaldas de la revolución libertadora. Dicha supuesta espontaneidad en el concepto de instantánea, nunca existió, pues todo fenómeno humano, tan profundo como aquél, no ha podido

jamás brotar como el agua de la roca del desierto por la vara del profeta de Dios. Yo me atrevo, sin embargo, a hacer una distinción necesaria, ya que he establecido la dualidad social de la Colonia que arriba al umbral del 25 de Mayo. El sector civil y el sector gauchesco. Este tuvo, por así decirlo, un carácter francamente espontáneo, instantáneo, si se le coteja con la evolución lenta y ordenada de las clases cultas que necesitaron la impulsión sucesiva de un Villava, de un Izquierdo, de un Belgrano, de un Moreno. Nótese que esta enumeración cronológica va señalando cada vez más intensamente la preponderancia del elemento político sobre el económico para lograr el triunfo de las idealidades comunes, a partir del decreto de comercio libre de 1778 (año del tratado del Real Sitio de El Pardo).

Mejor que yo distinguía en sus preclaras lecciones de historia argentina el dulce maestro José Manuel Estrada, tres clases de elementos de la sociedad de su patria a la época revolucionaria de 1810: "el gaucho, hijo de la Encomienda; la muchedumbre urbana, condenada a la miseria, y la aristocracia criolla, conocedora de las cuestiones sociales, pero impregnada con los ejemplos de arrogancia en que había sido educada".

En su monografía tan ajustada en sus palabras como sabrosa en sus ideas y en "El Pasado en el Presente" llena de constantes ampliaciones visuales, así como en "Independencia Argentina" Eizaguirre ha abordado con una seguridad en el dibujo y una ecuanimidad en el comentario muy raras y admirables, el perfil moral del caudillo. No es

el varón ejemplar de Plutarco, ni el hombre tipo de ambiente que leemos en los esquemas de Taine, ni el César democrático de Vallenilla Lanz, ni el héroe de Carlyle... No es que en la pluma de Eizaguirre hayamos hallado la brújula orientadora por mares desconocidos. Brújula es la péñola de este bien aposentado pensador, pero su virtud es más profunda que la de una mera prioridad inventiva. Es sí, una poderosa organización cabal por la emisión intelectual que recibe y también por el carácter moral que la ilumina con destello de autorizada sinceridad. Primor es éste que no suele hallarse reunido en escritores americanos.

Y Eizaguirre, tomando el concepto que ya he señalado en Ricardo Rojas, dice: "Incurrieron, empero (los patriotas), en un error gravísimo y trascendental que les fue impuesto por las circunstancias: el de destruir una oligarquía consagrada por la monarquía, para suplantarla por otra oligarquía de origen patricio y creación revolucionaria. Incurrieron en este error por no confiar en el pueblo que lanzaban a la acción o por confiar demasiado en los propios recursos." Permitidme que me incline ante esta sabrosa lección de imparcialidad histórica, perfectamente compatible con la veneración del mismo suceso que se comenta, sin dogmatismos y con el juicio libre de toda traba incómoda.

Si mentalmente trasladáis este sistema de pensamientos, que encontramos tan lógicos y naturales en el ensayo medular de Eizaguirre, a la tierra uruguaya, os encontráis con la tesis de Zo-

rrilla de San Martín, que divide, con expresión de arrebatada elocuencia, la zona moral del Río de la Plata en dos etapas: la soberanía del pueblo sobre el hombre; las figuras esbeltas y nobles, pero crepusculares, a un lado. y los que llegan al frente a la revolución iluminados en el pensamiento por el sol de la democracia; el grupo de prohombres ilustrados y de ideales oscilantes entre la república y la monarquía, y el núcleo campesino resueltamente federal y republicano.

Como Sarmiento querría, ya no vive la Argentina, —ni el Uruguay tampoco,— solamente de la impulsión del pasado, con ser éste grande y ejemplarizador, sino también de energías en desarrollo, en potencia. En cuanto a los orientales, aquel separatismo artiguista, aquella constante vela por el mantenimiento del principio federal, se transformó por obra de factores incontrarrestables favorecidos por el aislamiento de los ríos que nos separan y por el esfuerzo inicial de 1825 hacia la guerra con el imperio, en independencia buscada y querida como medio de contrapesar las todopoderosas influencias que recaen sobre la cuenca del Río de la Plata. Estas, antes han propiciado que dificultado, en fin de cuentas, las condiciones de nuestra absoluta autarquía internacional.

Es por esto que yo entiendo que Artigas es el verdadero fundador del Estado oriental, pues él quiso en todo instante descentralizar el antiguo virreinato, convirtiendo a su provincia en el eje de la federación que propugnaba. Su "alianza" con Buenos Aires implicaba una insubordinación, a seguir el concepto unitario que aceptó, como un

hecho que podría prolongarse, la capitalización de Buenos Aires; pero no una escisión respecto del conjunto de entidades provinciales emergidas de 1810. Había, como un historiógrafo argentino lo ha señalado el primero, en el sistema de Artigas una preferencia por los gobiernos capitulares; los municipios juegan un gran papel en su sistema federal interno. Ello procedía, sin duda, de otro hecho que yo he indicado en diversas ocasiones, como característico de la revolución de 1810, cuyo precedente de 1808 era netamente "juntista", es decir, municipal. Las juntas de 1808 disolvieron las ataduras de las antiguas capitales virreinales en América, y concedieron una autonomía plena a todos los burgos que se consideraron desde entonces con suficiencia para designar diputados a los futuros congresos. Ahora bien, esa conglomeración municipal era incompatible con la antigua división colonial de capitanías y gobernaciones. Las ciudades se elevaban a idéntica altura unas de otras. Por tanto, la lucha entre el patriciado de las capitales caducadas y las ciudades segundonas, empezaría, y con mayor crudeza, cuando entraron en liza las montoneras campesinas.

Un notable escritor argentino, el doctor Lucas Ayarragaray, ha dicho palabras fuertes y de honda realidad, completando y fluyendo en consideraciones paralelas a las del señor Eizaguirre, especialmente cuando dice que "desde el día mismo de la rebelión de Buenos Aires contra la dominación española, despuntaron desembozadamente las virtuales discrepancias entre el espíritu porteño y el espíritu cordobés".

Y más adelante escribe el mismo autor: "Las propensiones del liberalismo político, los afanes más concretos de organización institucional nacieron en el litoral"; y hubiera reforzado su acertada inducción con el ejemplo de los congresos orientales de 1813 en adelante, aparte de los pactos y convenios de 1820, 30 y 52.

Esto es una justificación del federalismo como lazo vinculador y no como elemento anárquico o disolvente, sentido que ha tenido tradicionalmente en la historiografía conservadora de Buenos Aires y Montevideo.

Por tanto, el hecho brutal de la revolución de Mayo de 1810 consistente en la cesación del mandato virreinal, dio lugar al nacimiento de dos doctrinas revolucionarias, adoptada cada cual, por una de las clases sociales de la época; los patricios vieron la grandeza de la revolución francesa de 1789; los paisanos vieron la obra colosal de la Declaración de Filadelfia y las Constituciones norteamericanas, o no faltó quien se lo hiciera ver.

Estas dos doctrinas originan dos conceptos encontrados en la historia rioplatense del siglo último, dos sistemas de crítica histórica, que, por sus apasionamientos, deben ser consideradas con criterio de severa imparcialidad.

MIRADORES Y AZOTEAS

Pluguiera a Dios que yo tuviese, interesante lectora o amable lector, un pincel tan sutil y maravilloso como el de Corot en sus paisajes románticos. Entonces me sería dado trasladar a la tela inmaculada de un cuadro célebre por su factura y su motivo, el panorama de Montevideo del pasado siglo con sus miradores moriscos, sus muros dados de blanquísima cal, sus callejuelas tortuosas de la ciudad vieja, no obstante la traza en "damero" que imaginó Domingo Petrarca allá al final del primer tercio del siglo XVIII.

A lo mejor maldices de mi imaginativa descripción, lectora suspicaz, y crees que mi amor nativo miente bellezas donde quizá sólo hubo una peninsulilla insignificante y árida con una fortaleza de quinto orden emplazada frente al río que nadie transita en los carcomidos barquichuelos de cabotaje de antaño...

Pero ahí te presento la prócer pluma de Sarmiento que no me dejará quedar mal. Con él estoy en inmejorable compañía, con él voy a probar sin relevo que Montevideo no desmerecería el nombre de tacita de plata que le diera no sé qué poeta argentino, pues argentinos han sido, hasta que escribió Marquina su espléndida "Oda a Montevideo", los que con más dulce diapasón cantaron los encantos de la ciudad uruguaya, ora la visitasen desterrados al ser acogidos en su caliente seno de hermana, ora pasasen de largo de-

jándole una caricia con el adiós postrero en los labios llenos de unción.

En realidad, Sarmiento nos dio en la segunda carta que forma su epistolario de "Viajes" una semblanza completísima y exactísima de Montevideo, que contó a don Vicente Fidel López el 25 de enero de 1845. "Veíase, escribe a este su amigo, por fin el río cubierto de naves ancladas en distintos puntos, como el gaucho amarra su caballo en donde le sorprende la noche, o halla pasto abundante en la pampa solitaria, y a lo lejos un vistoso grupo de torres y miradores señalaba aparentemente a la sombra del cerro que le dio nombre, la presencia de Montevideo. La ciudad, en tanto, se presentaba a nuestro escrutinio con una coquetería que pocas pueden ostentar. Rueda el buque en torno de ella buscando desde el océano el ancladero que guardan la ciudad y el Cerro, y en aquellas viradas de bordo, que la barca describe como los giros del ave acuática que se dispone a posarse sobre las aguas, van presentándose las calles que cruzan la población, y caen de punta bajo el ojo, primero de Norte a Sur, después de poniente a naciente, y todavía de Norte a Sur, con su variedad infinita de grupos y de trajes, de carruajes y de jinetes, interrumpiendo la perspectiva las ondulaciones del terreno que lo asemejan a espuma del río petrificada. Dan realce a esta vista los edificios de cal y canto todos, sin aquellas pesadas techumbres de las colonias del Pacífico que matan la calle e infunden desaliento y tristeza perenne en los ánimos. En Montevideo, las líneas rectas, puras, del estilo doméstico morisco, viven

en santa paz y buena armonía con las construcciones del moderno gusto inglés; la azotea con verjas de hierro, además de dar transparencia y ligereza al remate, hace efecto de jardines, de cuyo seno se eleva el cuadrangular, esbelto y blanco mirador que a esta hora de la tarde está engalanado, vivificado, con grupos de gentes que esparcen su vista y aspiran la brisa pura del río."

Justificada sobradamente mi introducción lírica, ya se verá cuán característico de Montevideo era ese sitio, el predilecto de aquellos ya remotos tiempos de heroísmo espartano. Nada tendrá de particular este aspecto para todo el que haya saludado algunas páginas arcaicas de la literatura española, los romances moriscos, la cautividad de las lindas princesas castellanas que dan su corazón al paje que las enamorara con ira del rey su padre, y sus suspiros al cielo por las estrechas aberturas del encimado mirador que también es cárcel amorosa...

Por eso fue que Gabriel de Rinconeda, íntimo e inolvidable amigo mío, dedicó al mirador este soneto que, no por ser suyo, me parece malo del todo:

> Para el negro mirar de Lindaraja
> te alzaste junto al mar y sobre el llano,
> y se abre en un portal tu muro anciano
> donde el escudo su nobleza encaja.
>
> Así tu gloria del romance baja
> y domina la casa del villano.
> El zarpazo voraz del oceano
> tu cúbico sillar rompe y ataja.

En las indianas tierras españolas
sueles ¡oh mirador! quedarte a solas
con el amor que sueña en primavera.

Llega del Este el vaho de los mares,
Del Norte sube aroma de azahares
Y en tu balcón mi corazón espera...

¡Cuántos corazones, en verdad, han esperado al amor ausente en la guerra cruenta desparramada a lo largo de esas suaves lomadas del terruño uruguayo, cuyas curvas, como de bella mujer dormida al sol, se avizoran desde los clásicos miradores montevideanos! No digamos una palabra del amor feliz y contento que satisface en los ojos el anhelo de contemplación dilectísima, de mirador a mirador y de azotea a azotea, mientras el mate rueda pausadamente y las tortitas fritas cumplen su "bucólico" destino pasando sin descanso del hornillo casero aderezado por la negra esclava al paladar gustoso de la "amita" cariñosa y adorada... mientras "él" con varonil actitud se embebece en la joven y sencilla princesa de sus sueños tocada con altísima peineta de carey y mantilla roja que realza su silueta rubia como la miel sobre el fondo azul del río en calma...

El mirador colonial fue algo más que escenario de travesuras dignas de esos Cupidos regordetes que se encuentran ensayando puntería en los jardines románticos del Paso Molino, semiocultos por la tupida fronda de boj bajo los pinos solemnes. El mirador alcanzó a tomar parte activísima en la vida social y en las convulsiones políticas de esta tierra de Artigas. El aljibe y la azotea, el

mirador y el patio, he aquí cuatro elementos, cuatro "decoraciones" del drama de ayer. Tertulia en verano, el mirador fue atalaya en invierno por donde se sabía la posición de los navíos los días de pampero arrasador; se adivinaban noticias de movimientos militares, y hasta en 1853 se produjo una revolución de azotea en azotea, en torno de la plaza Matriz, ni más ni menos que si se tratase de otra moderna y menos lírica "Gatomaquia"... El espectáculo de la entrada de buques era el predilecto de los montevideanos. Para ello, ¡al mirador todo el mundo! Los miradores y azoteas vecinas se llenaban de gente de todo pelaje, como dice Sarmiento. Las familias céntricas y relacionadas entre sí es claro que aprovechaban esas circunstancias para entablar amena sociabilidad pared por medio y mirador a mirador. Ahí están los "cartones" por docenas del veraz Besnes e Irigoyen que no me dejarán mentir. Hasta los combates navales y terrestres eran contemplados por los montevideanos desde sus miradores.

Cuentan los cronistas de la verídica y puntual memoria dejada por el combate glorioso de la patria vieja en el Cerrito de la Victoria, el 31 de diciembre de 1812, que los habitantes de Montevideo siguieron con dramático interés el desarrollo impresionante de aquel hecho de armas.

Más tarde, cuando los combates de Brown en el Buceo contra la escuadrilla española, también se llenaron los miradores de gentes curiosas de presenciar el singular acontecimiento, de cuya solución feliz o desdichada para los realistas, depen-

dería el triunfo o el destierro de Vigodet y los suyos en 1814.

Desde el mirador de sus casas contemplaron aterrados, en 1843, los montevideanos, la llegada de los famosos lanceros "colorados" de Oribe al Cerrito, para empezar el sitio de nueve años en la Defensa; y subían a ellos de tiempo en tiempo para averiguar el estado de las fuerzas contrarias, los avances o retrocesos de los asediantes, las guerrillas sangrientas que ocurrían cada quince o veinte días en las afueras de la ciudad, allá por los caminos y senderos de la Aguada, el Cordón y la Figurita, parajes obligados para el tránsito de las tropas beligerantes. Pero no recordemos sólo los episodios tristes de la historia patria. El mirador montevideano levantó a todos los vientos del estuario la bandera nacional en 1815, la tricolor artiguista. Luego, al libertarse el país definitivamente de sus dominadores, fue pedestal y altar de la bandera de las nueve listas en 1829. Al jurarse la Constitución el 18 de julio del año siguiente, el mirador se coronó de banderas y trofeos, y resonó en vítores alegres.

Quedó así incorporado, identificado con los acontecimientos jubilosos y graves de nuestros fastos, sin dejar de ser la nota singular de la ciudad uruguaya, la de las cuestas empinadas, la de las quintas aromáticas y frondosas, la de las perspectivas coloridas y cambiantes, la de las fuertes brisas de océano y río que barren sus calles y dan el lenguaje rumoroso de la selva a sus arboledas urbanas.

He aquí, ahora la visión que nos describe Marmier en sus sabrosas "Lettres sur l'Amerique" (París, editor Bertrand, dos vols.): "La ciudad de Montevideo está edificada en anfiteatro sobre una suerte de península, en la pendiente de una colina que se avanza al medio del río cuyas olas la abrazan de ambos lados. Mirándola desde la rada, en su pintoresca situación, se diría que las blancas casas están talladas como escalones de una cantera de mármol, los techos en terraza como los de Oriente, y los ligeros *Belvederes* que se elevan sobre muchas *Azoteas*..." (tomo segundo, páginas 339 a 457). Esta impresión es algo posterior a la de Sarmiento y con ella coincide admirablemente. Otro tanto puedo decir de otro viajero francés de este tiempo de la Guerra Grande, el cual se expresa así en 1845: "Las calles de Montevideo están absolutamente construidas como en Buenos Aires; la ciudad es un vasto damero, las calles se cortan todas en ángulos rectos unas a lo largo, las otras a lo ancho de la península; forman cuadros de casas llamados "manzanas" que tienen cien varas de largo (80 metros). Las veredas son bastante cómodas; algunos postes colocados de distancia en distancia, las garantizan contra el choque de las *carretillas*. Las casas no tienen más que la planta baja en un solo piso; una terraza, *azotea*, domina a cada una, y recibe el agua pluvial que los caños hacen bajar a la cisterna, *aljibe*, situada en el centro de la casa. Algunas casas, en pequeño número, tienen un *mirador*, (belvedere) situado sobre la terraza. Desde este mirador se domina el panorama de Mon-

tevideo, y es de donde se sigue con la mirada las velas fugitivas o lejanas, y de donde vese la noche descender lentamente sobre la ciudad envuelta en luces azuladas, y al sol dorar con sus primeros rayos las casas blancas y luminosas. El más elevado de estos miradores pertenece a madame Cavaillon, viuda de un cónsul de Francia, llena de atenciones para los compatriotas de su marido, animada de un ardiente patriotismo y siempre presta para socorrer a los infortunados." He aquí pues, un aspecto espléndido del Montevideo de antaño y un asomo del alma noble y generosa de sus pobladores.

Desde 1880 el mirador se encuentra en decadencia, cuando empezó en mayor escala la construcción de casas de múltiples pisos. Sus causas se diversifican en varias otras razones, algunas de índole económica, otras de índole edilicia. El aprovechamiento de las superficies hizo convertir al mirador en una planta más: los paseos públicos le quitaron, evidentemente, el monopolio de la divagación vecinal, obligando con la fundación del Prado, a que los habitantes se trasladaran a disfrutar del parque instalado a orillas del lindo arroyo Miguelete. La multiplicación de la altura en las grandes fincas urbanas, ha hecho hasta hace unos diez años disminuir la cantidad de casas familiares, "hoteles" particulares, como ahora se dice. Las escaleras, son ya interiores y no al aire libre además de que se aprovecha el espacio disponible haciéndolas angostas y cubiertas para no desperdiciar sitio alguno aprovechable y disponer otros compartimentos. Y se ha llegado a una

solución tan diametralmente opuesta a la del siglo XIX, que el siglo actual casi suprime las azoteas, mediante esas caparazones de cinc y madera, especie de *mansardas* o buhardas, tan inapropiadas a nuestro clima y a nuestras costumbres. Sin embargo, con lo que lleva Montevideo vivido en dos siglos justos de fundación oficial por Zavala, no hay que dudar de que le viene muy bien el mirador como remate de sus edificios, en la parte central de los mismos, sobre el frente a la calle, o también en la esquina. Hay una tendencia a fugarse del hogar, a convertirlo en un refugio pasajero, aunque cómodo, de breves horas, las de la refección y el sueño, y una tendencia excesiva a las grandes aglomeraciones en las playas y paseos públicos. Yo me siento en este punto mucho más antiguo que moderno. Creo en el hogar moro, cerrado y confortante estímulo para la labor perdurable de criar los hijos o de estudiar y hacer obra propia, exenta de los apresuramientos del tiempo. Creo en la tibieza de la casa de cada uno, y creo... en el mirador como punto ideal de contemplación de la ciudad y el mundo.

El mirador aísla pero fortalece para luchar por la vida, áspera e infecunda muchas veces; el mirador nos hace tomar altura material y espiritual sobre nuestros semejantes; el mirador nos pone en contacto con el mar y las estrellas; el mirador es una afirmación de perennidad, de paz interior y de conocimiento de nosotros mismos. Ved si tiene virtudes secretas y a la mano de cualquiera esta habitación elevada sobre basa cuadrangular, donde ponemos un sillón, una mesa con recado

de escribir, unos cuadros familiares y un péndulo que nos da los minutos que el mundo no puede arrebatarnos. Tal es, cuando menos, la sincera verdad de mis recuerdos y la indisipable expresión de mi gratitud.

TRES FRANCESES EN MONTEVIDEO

Razonablemente se ha calificado al siglo XVIII de "siglo de los viajes marítimos". En efecto, el contagio del ansia viajera entre los pueblos europeos tuvo caracteres de costumbre nacional, por así decirlo. Cada generación, durante unos ciento cincuenta años —apenas nació el estudio de las razas comparadas, en 1501 con el doctor Hund, fundador de esta ciencia moderna, en su célebre tratado "Anthropologia de natura hominis" (aparecido en Leipzig)— cada generación, decía, dio de sí un núcleo de viajeros científicos, como tributo forzoso a las conquistas de la inteligencia.

La intensa curiosidad científica que domina el siglo de Luis XV se propaga a las clases sociales europeas y presenciamos así esa fácil, frívola y varia erudición de gentes que, como Voltaire, no habían viajado mucho más allá de las costas de Francia; o de Rousseau, que si con su poder imaginativo había visitado las más lejanas islas oceánicas, con su humanidad aporreada no pasó las costas mediterráneas dando tumbos por posadas ginebrinas, hosterías venecianas, "rotisseries" parisienses o albergues familiares en Dijon, si exceptuamos sus fugas a Holanda e Inglaterra, en 1767.

Con todo, el problema trascendental del origen humano, la sorpresa de los hombres de aquel tiempo al contemplar con ojos de filósofo las razas indígenas de América, hizo fomentar el afán investiga-

dor, y de ahí las numerosas memorias a las academias científicas, el renacimiento de la filología, el impulso colosal de los estudios naturalistas aliados aún con la filosofía natural clásica, y el ahondamiento, por fin, de los que Blumenbach denominó con gráfica expresión, "la variedad natural del género humano" (1775).

Voltaire mismo, en medio de sus bufonadas y chocarrerías que hubieran sido capaces en un país menos profundo que el habitado por la estirpe de Cartesio, de volver estéril todo esfuerzo estudioso, llegó a afirmar rotundamente que "la identidad de errores y verdades en los hombres es consecuencia de la igualdad de la naturaleza".

I. *Bougainville.*

Pocos viajeros alrededor del mundo han tenido tan apacible destino y tan coronado halo de gloria como el noble señor de Normandía Luis Antonio de Bougainville, en la segunda mitad del siglo XVIII. Pocos, asimismo, se hallan tan vinculados como él a la historia de ambas Américas. En la moderna edición, —1924,— de su célebre Relación viajera, el anónimo editor parisiense dice, coincidiendo conmigo en la exacta apreciación de tan hermosa figura del siglo de Luis XV: "Parece que hubiera sido uno de los hombres dichosos por destino. "Es feliz?" preguntaba el cardenal Mazarino antes de confiar una misión a algún personaje. Bougainville parece haber sido uno de estos privilegiados."

La editorial española Calpe ha dado, con más acierto que el editor francés de 1924, una edición de la Descripción del viaje alrededor del Mundo, de Bougainville, sin aligerarla de esos detalles técnicos de sondajes y latitudes suprimidos por aquél inconsultamente, desde que esta mutilación perjudica a la seriedad del renombre del glorioso explorador, aunque no sea la edición de 1771 y 1772 la única en que pueda consultarse el itinerario del sabio explorador francés.

Muy preferente lugar ocupa en los dos volúmenes de la primera edición, la estada de la expedición de "La Boudeuse" en el Río de la Plata. Montevideo mereció palabras muy halagüeñas y recuerdos amables del ilustre expedicionario.

Para Bougainville, así como para los demás viajeros, como iremos viendo en el curso de esta revisión de Memorias, Montevideo y el mar son inseparables de la calidad militar de su puerto protegido por el Cerro "que da nombre a la ciudad". Más adelante, luego de referirse a las condiciones de fondo de la bahía, dice: "Montevideo tiene un gobernador particular el cual está inmediatamente bajo las órdenes del gobernador general de la provincia. Los alrededores de esta ciudad son casi incultos y no proporcionan ni trigo candeal, ni maíz; hay que hacer venir de Buenos Aires la harina, el bizcocho y las demás provisiones necesarias a los navíos. En los huertos, sea de la ciudad, sea de las casas vecinas, no se cultiva casi ninguna legumbre; allí solamente se encuentran melones, calabazas, higos, duraznos, manzanas y membrillos en gran cantidad. Las

bestias viven en la misma abundancia que en el resto del país, lo que unido a la salubridad del aire, hace la estada en Montevideo excelente para las tripulaciones; solamente hay que tomar medidas contra la deserción. Aquí todo invita al marinero, en un país donde la primera reflexión que le asalta al echar pie a tierra, es la de que aquí se vive casi sin trabajo. En efecto, ¿cómo resistir a la comparación de transcurrir en el seno de la ociosidad días tranquilos bajo un clima feliz, o languidecer bajo el peso de una vida constantemente laboriosa y acelerar en los trabajos del mar los dolores de una vejez indigente?"

He aquí al "naturalista" típico del siglo XVIII; al "naturalista" francés que si por una parte reconoce que el suelo que visita carece de alimentos indispensables, por otra se le ocurre cosa hacedera vivir sin trabajar en el seno de una tierra pródiga que al menor requerimiento del hombre, le brinda reparadoras sustancias y exquisitos frutos espontáneamente brotados bajo el amor de un sol fecundo y en un clima inefable. Mr. de Bougainville idealizaba con demasiada generosidad para nuestro país y a la vez proporcionaba con sus exageraciones tema abundante para los filósofos de su patria. En efecto, ya he dicho cómo estos relatos viajeros sirvieron de comprobación documental inesperada y preciosa a los que sostenían el imperio de la "Razón animal" apenas disimulada bajo el barniz del "naturalismo".

Dionisio Diderot, a quien se considera como el más inmediato predecesor de la doctrina rusoniana de la "Memoria sobre el origen de la desi-

gualdad entre los hombres" y luego de "El contrato social", comentó en un interesantísimo trabajo este optimista viaje de Bougainville en un escrito que se publicó en tiempo del Consulado (1796). Llamábase este comentario de Diderot, "Suplemento al Viaje de Bougainville" y en sus páginas el célebre autor de los "Salones" del siglo XVIII, la emprende contra la legislación de su tiempo. "Todas las instituciones políticas, civiles y religiosas, escribe Diderot, han envenenado al hombre con una moral contraria a la Naturaleza". Y si el siglo XVII con Pascal por vocero de la inquietud íntima del corazón, había aplacado con los rigores anormales de jansenismo de Port Royal, la turbación moderna de la inteligencia que demolía sin fe los bastiones de la creencia tradicional y se arrojaba en brazos de un misticismo penitente, renegando de la razón y diciéndole con el autor de *Las Provinciales,* "Taisez - vous, raison imbecile", el siglo XVIII dio la derecha a la razón, haciéndola penetrar bajo el arco de La Enciclopedia... Pero esta razón que ellos, los enciclopedistas, propugnaban, no era la luminosa compañera del hombre que Aristóteles invoca en sus disertaciones, ni la de los teoremas de Arquímedes, sino una desgreñada hija de las selvas que apenas sabía hablar porque le bastaban para entenderse con los restantes seres de su habitáculo, los gritos salvajes de los monos tropicales con los cuales tenía de común el hombre la sensibilidad y "ciertas formas de pensamiento"... Era, por tanto, una "razón irracional" la que Diderot venía a implantar con toda la convicción de su alma

de filósofo. Y añadía, con la seguridad de un timonel por mares conocidos: "si las leyes son buenas, las costumbres serán buenas; si las leyes son malas, las costumbres serán malas". Tales eran las deducciones obtenidas de su lectura del Viaje de Bougainville por el autor de "La Religiosa". No eran cortas ni poco importantes. Hoy, leyendo las sabrosas páginas vividas de ese relato del noble normando, nos admiramos de la imaginación de su alto comentarista y mucho lamentamos no haber participado de algunos de sus "salones", el de 1781, por ejemplo, muy cercano al día de su muerte, para rectificar algunos hechos demasiado "vestidos" por el sabio viajero de "La Boudeuse" quien, tal vez, no previó las consecuencias de su fácil pluma.

II. *Dom Pernetty*

El capellán de la expedición de Bougainville, Dom Pernetty, abad de Burgel, publicó en París hacia 1770 en dos volúmenes abundantes en información escrita y gráfica, los recuerdos de su viaje. La lectura de la "Histoire d'un Voyage aux Iles Malouines fait en 1763 et 1767..." merecerá siempre delicada atención.

No tiene esta relación de viaje marítimo y científico la elegante sobriedad de la pluma de Bougainville, pero traduce frecuentemente una realidad más densa y verídica. Ello puede verse en las numerosísimas observaciones de historia natural allí insertadas, muy estimables para el reconocimiento de especies originales de la flora y fauna de las

tierras visitadas por la brillante expedición francesa. Carece Dom Pernetty de otras condiciones estimables y de altos quilates que, en la relación por así decirlo, oficial, se transparentan. Y sin embargo, posee virtud propia su pluma, y sus recuerdos se detienen en pormenores preciosos para la historia social de los pueblos atlánticos y polinesios. El capítulo X está dedicado a "Las leyes, usos y costumbres de Montevideo" (pág. 270 y sigts. del tomo segundo).

"Montevideo, —leemos allí,— es en algún sentido, una Colonia nueva. No hace veinticinco años que aquí sólo se veía algunas casas. Es, sin embargo, el único lugar un poco cómodo para el fondeo y atracadero de los navíos que surcan el Río de la Plata. Hoy en día es una pequeña ciudad que a diario se embellece." Describe las calles urbanas y dice que tres carrozas de frente pueden pasar por la calzada. Las casas, excepto una que fue hecha por el ingeniero de la ciudad que la ha convertido en su residencia, tienen una sola planta. Esa casa tiene un piso y una especie de buharda de la cual se destaca un saledizo que soporta un ancho balcón en mitad de la fachada. "Cada casa burguesa está compuesta de una sala que sirve de entrada, de algunas cámaras de dormir y de una cocina, único sitio donde hay una chimenea en que se hace fuego. Estas casas están al nivel y son de un solo piso de 14 o 15 pies de altura hasta la cumbrera. La pieza de entrada del Gobernador es una sala cuadrangular que sólo recibe luz por una ventana bastante pequeña con una vidriera mitad papel y mitad vidrio,

estando los costados de la ventana cerrados por obra de carpintería. Esta sala podrá tener 15 pies de ancho por 18 de largo. Se pasa de allí a la Sala de Compañía que es casi cuadrada y que tiene más profundidad que anchura."

"En el fondo, frente a la ventana única que la ilumina, se ve un estrado de un ancho de seis pies cubierto de pieles de tigre. En medio hay un sillón para la señora gobernanta y a cada lado seis taburetes revestidos, como el sillón, de "velours cramoisi" (terciopelo carmesí). Toda la decoración consiste en tres malos cuadritos y algunos grandes planos, la mitad pintados y la mitad coloridos, aún peores en cuanto a la pintura. Las sillas para los hombres ocupan la otra mitad de la sala. Son sillas de madera de respaldos muy altos de la forma de nuestras sillas del tiempo de Enrique IV, con dos columnas torneadas para acompañar un cuadrado que adorna el centro revestido de cuero estampado en medio relieve, así como las sillas.

"La puerta de comunicación de esta cámara a la sala que la sigue, donde duermen el Gobernador y su esposa, está cerrada por una especie de cortina de tapicería. Los dos ángulos de esta sala a ambos lados de la ventana, están ocupados por una mesa de madera sobre la cual hay siempre expuesto el bandejón para tomar mate; el otro por un armario sobremontado de dos o tres estantes cubiertos por algunos platos y algunas tazas de porcelana. La dama de la casa es la única que se sienta sobre el estrado cuando no hay sino hombres en su compañía, a menos que ella invite

a algunos para sentarse en los taburetes cerca suyo". He aquí un curioso y bien modesto "interior" uruguayo-español de mitad del siglo XVIII y, por cierto, que Pernetti eligió el del Gobernador don Agustín de la Rosa y su familia porque sería de los más decorosos. Los tirantes de madera aparecen, según el viajero francés, a la vista del huésped, pues ni piso ni techo de cielo-raso poseían las mansiones montevideanas de aquel tiempo.

Y ahora, algunos datos interesantes que pueden ser contrastados con los que nos diera Bougainville: "Los españoles de Montevideo, escribe Dom Pernetty, son muy ociosos; sólo se ocupan en conversar reunidos, en tomar mate y en fumar algún cigarro."

"Los comerciantes y algunos artistas, en muy pequeño número, son los únicos ocupados en Montevideo. No hay boticas aparentes ni letreros que las anuncien"... Y luego nos explica Dom Pernetty cómo las existentes contienen de todo, "como en botica", porque, en realidad de verdad, son *pulperías* urbanas.

Más adelante describe con mucha precisión la indumentaria de los hombres y mujeres de Montevideo: aquellos con trajes claros, sombreros y capas blancos de desmesuradas dimensiones, sobre todo los chapeos de grandes alas vueltas hacia arriba que recuerdan los sombreros de teja de los eclesiásticos.

En cuanto a los sucesos de los expedicionarios, Dom Pernetty es mucho más explícito que Bougainville y describe las alternativas de cordialidad y tirantez que mantuvieron con el gobernador mon-

tevideano. No siendo el trabajo del laborioso abate un documento oficial, pudo contener más pormenores sobre las relaciones políticas en el Río de la Plata entre el estado mayor de "La Boudeuse" y el gobierno español colonial.

III. *Freycinet*

Luis de Freycinet, de ilustre familia francesa, que aportó a la ciencia y a la milicia sólidos valores y una distinción arcaica, ha descrito en célebre obra de dos volúmenes, "Voyage autour du monde, entrepris par ordre du Roi executé sur les corvettes l'Uranie et la Phisiciennne, pendant les années 1817-1820", impresa en París en 1837, la cuenca rioplatense, y en ella a Montevideo.

A principios de 1820 la corbeta "Urania", en la que iba la escogida expedición de Freycinet, naufragó en las Malvinas y debió entrar en la bahía francesa para salvar su equipaje y los papeles coleccionados obtenidos en la primera etapa del viaje. Después de tres largos meses de trabajos penosos pudieron dejar aquel sitio inhospitalario. El 28 de marzo de 1820 descubrieron un navío de tres mástiles llamado "El Mercurio", que había salido de Buenos Aires bajo el pabellón de los revolucionarios del Sur llevando cañones y balas con destino a Valparaíso. Habiéndose abierto una vía de agua, trabajaban detenidos cerca de la costa, para taparla. Su capitán era Mr. John Galvin, angloamericano. El equipaje se componía de 12 hombres. Los franceses, durante 45 días de trabajo, lo arreglaron. Después de tratativas con-

vinieron, mediante una fuerte suma de dinero, que Freycinet y los suyos serían transportados a Río de Janeiro con sus colecciones y equipaje científico. Pero cerca de la boca del Plata, el arreglo se modificó, pues el capitán Galvin vendió a Freycinet su navío, y éste dio rumbo a Montevideo, donde se perfeccionó el contrato. El navío recibió el nombre de "La Physicienne" y fue bautizado con la bandera de la Restauración Francesa.

La valiosa relación de este viaje es obra clásica, y figura en las grandes bibliotecas. Las observaciones principales se referían a climatología, pero las colecciones de plantas y animales disecados fueron incorporadas al Museo de Historia Natural de París.

El capítulo cuarenta y cinco está dedicado a Montevideo y los recuerdos de los expedicionarios franceses durante su estancia en nuestro puerto. El lo remonta a mayo de 1820.

"Pasamos de pronto del infierno al paraíso. Después de tres meses, en efecto, que nuestras fatigas habían sido tan grandes, tan multiplicadas nuestras privaciones, y tan vivas nuestras impresiones, era a la vez tan difícil, tan delicado, mandar y dejarse conducir; nuestros pensamientos habían sido sombríos y a veces tan terribles; nuestro valor y perseverancia habían sido sometidos a tan ruda probación, que al encontrarnos casi sin transición, en medio de personas amigas, buenas, benevolentes, que parecían no tener otra tarea que la de prevenir nuestros deseos o de satisfacerlos, experimentamos las más profundas impresiones y al mismo tiempo las emociones más gratas.

"No hay, propiamente dicho, albergues en Montevideo. M. Cavaillon, negociante francés que llenaba, benévolamente y con gratuidad, en esta parte de América, las funciones de agente consular de nuestra nación, me lo previno cuando fui a verlo. Su alojamiento y su posición particular no le permitieron ofrecerme un departamento en su casa, y me condujo a casa de don Francisco Juanicó, su vecino y amigo, quien, disponiendo de mayor amplitud en su casa, me ofreció hospedaje; aceptélo sin tardanza, y puedo decir que los días pasados en medio de esta familia amiga, se cuentan en el número de los más dulces y más graciosos de que he conservado recuerdo.

"Admitido a la mesa de M. Juanicó, y en su intimidad más franca, encontrándome rodeado de todas las atenciones, de todas las previsiones y facilidades necesarias al restablecimiento de mi salud, como a la ejecución de los trabajos en que debía ocuparme, recordaba a menudo que había recibido antes, en las Marianas, en casa de un hombre de la misma nacionalidad, redobladas pruebas de la noble hospitalidad castellana.

"M. Juanicó que une a su posición de rico negociante las funciones de juez en la Corte de Apelaciones, no era menos notable por su instrucción que por su cortesanía y su espiritualidad. Su mujer, de una edad cercana a los 30 años, había sido muy hermosa y aún lo era: la gran afabilidad de sus maneras, sus gracias y su bondadoso corazón, parecían proveer a todos los gastos de su hospitalidad. La fría ceremoniosidad estaba ausente de esta familia, y se hubiera dicho,

ante su afectuosidad, que hubieran ido a recibir a algún pariente muy querido, esperado desde hacía tiempo. Madame Juanicó que se había desposado a los 13 años de edad se encontraba ya madre de una encantadora hija de 14 y de tres hijos menores. Todos excedieron en delicadeza a cuanto hubiéramos podido esperar de viejos amigos llenos de abnegación; y cuando al término de una estada tan prolongada quise arreglar con ellos, tal como es uso en estos países, encontré, a mi vez, los buenos argumentos de generosidad del Gobernador señor Medinilla, y me fue imposible hacerles aceptar nada. Gusta uno de dar publicidad a semejantes rasgos de hospitalidad tan conmovedora, muy rara hoy en nuestra vieja y egoísta Europa, pero de que se ven ejemplos multiplicados en los europeos que habitan estas colonias.

"A pesar de todas nuestras pasadas miserias, experimentamos un sentimiento indecible de felicidad al contemplar nuestra expedición reinstalada sobre un navío cubierto con el pabellón francés."

Y prosigue luego: "Desde la mañana del día 9 de mayo de 1817, yo había mandado un oficial a casa del gobernador y del almirante, a cumplimentarlos de mi parte, y les previne de la visita que les haría el estado mayor de la "Physicienne", excusándome a la vez de no haber saludado el pabellón portugués por tener nuestros cañones todavía en la bodega.

"Yo mismo recibí la visita de muchos capitanes, comerciantes y especialmente la de M. Gautrin,

uno de mis antiguos y hábiles camaradas en la marina militar, y la de M. Hervaud, capitán de la goleta de comercio "La Dorada", cuyos informes y obsequiosidad me han resultado particularmente útiles. Bajamos en seguida a tierra, y M. Cavaillon quiso acompañarnos durante las visitas de etiqueta que debíamos hacer. El señor general gobernador Lecor y el señor almirante Pinto nos recibieron de una manera muy afable y nos ofrecieron todo género de facilidades para la prosecución de nuestras operaciones científicas. Pedí de inmediato un local apropiado al establecimiento de nuestro observatorio. El gobernador me ofreció el fuerte de San José, y quedó convenido que desde el día siguiente yo iría a hacer una elección del emplazamiento más conveniente a nuestros propósitos.

"De regreso a su casa, M. Cavaillon me presentó a muchos negociantes franceses establecidos en el país, y en particular a M. Moze, uno de los más notables por su instrucción, su afabilidad y su obsequiosidad. Principalmente a él debo yo las notas sobre comercio de Montevideo que reproduciré más adelante."

Luego se refiere de nuevo a Montevideo y escribe: "El párroco de Montevideo don Dámaso Larrañaga, hombre de una instrucción variada que se ocupa, con éxito, en el estudio de la historia natural, la meteorología y la astronomía; todos los años publica un pequeño almanaque dando un resumen de sus observaciones y algunos otros pormenores curiosos. El señor doctor Chapus, médico francés, lleno de amabilidades, quiso acom-

pañarnos también a la casa de este hábil eclesiástico, y no puedo menos de felicitarme por esta interesante visita.

"Nuestro observatorio fue decididamente establecido el 11 de Mayo sobre el bastión meridional del fuerte San José; nombré a M. Duperroy su director, y dispuse que uno de los oficiales de la expedición iría, por turno, a hacer observaciones diariamente bajo sus órdenes. M. Tournier, jefe de timoneles, fue agregado como guardián, y nuestros relojes marinos fueron trasportados allí inmediatamente."

Ahora hace una referencia a la solemne conmemoración del onomástico del rey de Portugal el 12 de Mayo, en que se iluminó Montevideo y hubo saludo de salvas de artillería que atronaron el aire tanto en la rada como en las baterías terrestres. En este día tanto el jefe de la expedición, M. Freycinet, como el abate M. de Quelen, recibieron una invitación del general Lecor para concurrir a la comida que daba con ese motivo. La dicha comida duró desde las cinco de la tarde hasta las siete y media de la noche, y consistió en carnes, fiambres en su mayor parte. Toda la cena fue servida fría, aunque abundante y bien preparada.

Por la noche a las nueve y media, el estado mayor de "La Physicienne" recibió invitación para concurrir al baile que daba la ciudad en honor del soberano portugués. M. de Freycinet dice que era "muy tarde" aquella hora para poder tomar parte en el sarao, pero decidió ir sólo para dar un vistazo al espectáculo. Seguramente no dejarían

de llamarle la atención las bellas montevideanas, y quizá hubiera habido un poco de egoísmo donjuanesco al prescindir de participar, como él mismo confiesa, a sus oficiales del convite...

He aquí lo que dice de las damas orientales: "Las señoras estaban bien vestidas y con mucho gusto; pero sus calzados ridículamente mal hechos no respondían ni a la pequeñez ni a la hermosa forma de sus pies. Vi pocas pedrerías."

La relación de un asalto de jaguares a la misma ciudad de Montevideo en 1815, llena una página más del Diario de viaje, y en seguida nos encontramos en la quinta de don Francisco Juanicó, conocido y respetado comerciante español, radicado en nuestra tierra desde 1800. La breve excursión dio ocasión a que M. de Freycinet nos dejase una rápida aunque exacta descripción de la campaña que circundaba Montevideo. Unos en carruaje, otros a caballo, salieron tempranamente de la casa de los Juanicó para evitar el calor del día. "En las llanuras desnudas de árboles y que había que surcar, no podía contarse con la menor sombra. En general, fuimos sorprendidos por el estado de esterilidad que se nos presentó; pero llegados al borde del arroyo que desemboca en el fondo de la rada, ¡cuál fue nuestra admiración al contemplar la riente verdura de un grupo bastante considerable de árboles y arbustos de diversas clases, que rodeaban una agradable mansión! Allí debíamos detenernos. Al recorrer los departamentos, pudimos percatarnos de algunos deterioros, efectos, demasiado frecuentes, de la guerra; se preocupaban en repararlos."

La guerra, en verdad, como dice lacónicamente el viajero francés, una guerra terrible, implacable, ocasionada por la invasión de esos tranquilos pero inescrupulosos portugueses adueñados de la capital de los orientales, era la causante de la desolada impresión de nuestros campos sin árboles y sin cultivos. En ese mismo año de 1820, Artigas se iba a marchar para siempre, traicionado por muchos de los suyos, que ahora se refugiaban al amparo del pabellón intruso de Don Juan VI. La resistencia uruguaya iba en 1820 a morir para dejar pasar cinco años de servidumbre antes de la epopeya de la Agraciada.

Agréguese el trasiego de los ganados criollos para los campos de Río Grande, de que nos habla Arsenio Isabelle, otro viajero francés de 1835, y se podrá imaginar la penuria de nuestra tierra después de diez años no interrumpidos de revolución y defensa contra la codicia ajena.

La hermosa quinta de extramuros poseída por el señor Juanicó y algunas más diseminadas por la vasta campiña que rodeaba a Montevideo, apeñuscada entre la restinga de San José y la Ciudadela hacia el Oeste, interrumpían la monotonía del paisaje y descansaban la vista del europeo acostumbrado a jardines opulentos y a parques reales de que nosotros jamás dispusimos en nuestra penuria espartana...

LARRAÑAGA, O LA VOCACION CIENTIFICA DEL SIGLO XVIII

El mundo se representó a los hombres de la centuria décima octava como una inmensa caja de sorpresas. Conocían ya sus contornos, pero ignoraban aún el verdadero contenido. Con el último bloqueo del siglo XVIII cumplióse, en la realidad del mundo físico, aquel mote mandado grabar por Carlos V en el escudo nobiliario de Sebastián Elcano, el vasco navegante: "*Tu primus fuisti circumdedisti me.*" Ortega y Gasset con su habitual perspicacia histórica afirma en su bello "El Espectador" (tomo I) que "la pasada centuria se ha afanado harto exclusivamente en allegar instrumentos: ha sido una cultura de medios." Es posible que bajo ciertos aspectos el escritor español tenga razón de sobra para sentar esa conclusión que define una época. Mas ¿quién podría negar que el siglo XVIII fue el gran almacén de conocimientos en el sector de las ciencias naturales? América por lo menos, es un ejemplo de que la cultura dieciochesca fue, por esencia, acumulativa, no psicológica. En el orden político se dieron las grandes definiciones, ciertamente, —1688, 1776, 1789,— pero no así en la ciencia pura la de la naturaleza, a pesar de Lavoisier. — A lo largo de los inacabables dominios españoles en América, vamos a ir encontrando reflejos curiosos de la labor científica europea. Aficionados, tal vez, que de lejos iban husmeando el ácido perfume de los laborato-

rios continentales de Occidente, y procurando adaptar su primaria erudición al suelo nativo. De ahí una forma, quizá la más antigua del patriotismo americano: la vocación científica de algunos de sus hijos perdidos tras el Atlántico en unas colonias llenas de molicie y faltas de amor al trabajo, en cuyas entrañas hervía ya la rebelión inexorable del año X.

Si de alguna cosa estoy cierto, respecto de la existencia de un pensamiento propio reflejado en nuestras letras es de que, quien en día venidero intente socavar las entrañas de la variada producción literaria del siglo XIX en el rincón del mundo que ocupa la República, desechará con el estigma de extranjeras, no pocas labores apresuradamente trabajadas y puestas en circulación. Si hay un pensamiento oriental, es aquel ponderado e indígena, inexperto, sin duda, acre a las veces, pero entrañado en el solar nativo, espontáneo florecimiento de una gema rebosante de vida.

Por cima de la literatura en boga, ora preciosista o parnasiana, ora desaliñada, febril, flota con nimbo de tranquilas luces el consolador fantasma de la idea étnica de nuestro pueblo.

Todos los escritores que el pueblo sencillo respeta por instinto más que por científico conocimiento, esos que han amojonado la historia azarosa del Uruguay, apareciendo entre los combates y guerrillas como en segundo término, para luego narrarnos los sucesos, esos escritores de no interrumpida cadena de tradición intelectual, son los representantes del pensamiento nativo.

Llegan sus luces hasta nosotros por su actuación política y social, y el ideólogo, el sabio, el economista quedan velados por las decoraciones oficiales, pero es menester apartar el relumbrón y otear la sombra y el claroscuro.

A la altura de las presentes investigaciones, no creo temerario sostener que el padre Dámaso Antonio Larrañaga es el fundador de la ciencia en el Río de la Plata, por la intensidad y videncia de aquella su ingénita vocación de naturalista, por la abnegada constancia, por la absorbente dedicación que tuvo para sus amadas plantas.

Algún día se escribirá el modesto pero sólido capítulo de nuestra ciencia, y detrás del padre Larrañaga el historiador pondrá la simpática y a veces grande sucesión de orientales que tuvieron holgar para trabajos muchos más vivideros que la gloria de la milicia.

Esa sucesión aún, por dicha, no se ha cortado, y un anciano venerable, descendiente del botánico de los Migueletes, ha publicado hace años, un tratado, o mejor, tres tratados sobre la botánica uruguaya. Refiérome al correcto escritor don Mariano B. Berro, hacendado de Soriano, continuador en la parte histórica y práctica de los científicos criollos.

Voy a analizar con carácter expositivo el sólido y sustancioso libro del señor Berro: "La Agricultura Colonial", que no es el único de ese autor, pues en 1909 nos dio el variado e interesante tomo "Ciudad y Campo", y en 1912 el curioso sobre "Historia de la Escuela de Soriano", y en los anales del Museo. dirigidos por el prof. José Arechava-

leta, insertó un inventario muy erudito de "La Vegetación Uruguaya" (1894). Para cerrar su labor (aunque él no lo creyó así, pues había madurado muy útiles proyectos editoriales cuando le sorprendió la muerte) sacó a luz las "Fábulas Americanas" de Larrañaga, fechadas en 1826.

El libro que empiezo a estudiar abarca tres secciones: la historia del cultivo en el Río de la Plata desde el descubrimiento hasta 1851, con abundantes noticias y consideraciones histórico-técnicas y no escasos datos sobre otras tierras americanas.

Ha puesto a contribución el autor en un ameno estudio de civilización agrícola, el caudal de su reposada erudición, matizando, sabrosamente, la correcta uniformidad de su estilo con observaciones propias, como de quien conoce el asunto tanto en la vida como en los libros.

Hasta ahora no se había intentado hacer la historia de nuestra agricultura, y al señor Berro corresponde la legítima gloria de escribirla con sobra de materiales de información y espíritu comprensor de la historia.

Desde la admirable "Historia natural y moral de las Indias" del jesuita José de Acosta, publicada en Sevilla en 1590, tan elogiada por Humboldt que dijo de ella, entre otras cosas, ser "fundamento de lo que hoy llamamos física del globo", hasta el último número de la "Revista Histórica" de Montevideo y la 2ª edición de las "Observaciones" de Pérez Castellano (1914), todo lo puso a contribución del autor, que evidenció poseer erudición tan extensa como escogida.

Es tiempo de que la historia se estudie del punto de vista científico, haciendo menos exclusivista el actual sistema de "narraciones bélicas", cuyos resultados conoce por dura experiencia todo hombre sensato.

Tan noble y menos peligroso es enseñar a los niños la historia de una planta extranjera, sus vicisitudes en el suelo patrio, las hambres que aplacó, el ejemplo de los afanes laboriosos suscitados por su cultivo, las velas extranjeras que visitaron nuestros puertos, los hombres de idiomas ignotos y lejanos que cambiaron por nuestros frutos las monedas de sus patrias; la amplia visión del mundo, en fin, que surgió de nuestros primeros trigales ondulados por todos los vientos.

Siempre será verdad que la paz no prosperará mientras se enseñe la guerra. Pero surgen otros órdenes de ideas, que no basta enseñar las amables artes de la paz y su histórico desarrollo al lado del fortín guerrero de la conquista, pues las artes de la paz que se enseñen, deben ser "nuestras", para que tengan virtud regeneradora, eficaz y pronta. Ojos que no ven... ¿Qué puede importarle al niño que está educando su espíritu, el que le hablen del cultivo benéfico de los árboles amigos, si esos árboles y aquel cultivo no los une a la presente realidad de los desolados campos de su tierra? Hay que hablarle de lo propio, de los árboles que ven sus ojos en el jardín de la escuela, de los que contempla en visión rápida, pero retentiva, desde la ventana del tren, de los sembrados que recorre al través de estrechas sendas a caza de grillos y mariposas. En una palabra, la ense-

ñanza debe ser nacional, aun sobre las ciencias más universales, pues el espíritu humano es sintético por naturaleza y a los pueblos que pretenden del progreso, se les debe señalar, si son nuevos, no síntesis ni concreciones mentales más aéreas y presuntuosas que verídicas, sino el camino largo que se abre a seguida de un pórtico donde la previsión grabó un principio de trabajo enaltecedor: la especialización científica, tan repugnada de los espíritus ligeros e irreflexivos.

Uno de los perjuicios que aportó el romanticismo a las playas americanas, fue ese de "las síntesis geniales", de los escarceos sobre cuanto creó Dios en el mundo, y se libraron más de esa peste de bachillería las regiones trasandinas, donde los espíritus científicos abundan más que entre nosotros. Nacida en las postrimerías de la Colonia, la generación sabia de Caldas, Espejo, Luz y Caballero, García Icazbalceta, Andrés Bello, Segurola y Larrañaga emprendió con hábitos de severa disciplina y grandes dosis de perseverancia, sus estudios especiales, hasta que el romanticismo vino a rematar los desastres de la guerra inflando los espíritus sin nutrirlos, volviéndolos hipócritas desengañados de la vida por pura imitación convencional, cuando la ambición les dominaba y les cegaba la sed de mando.

Entonces los sabios de las postrimerías del siglo XVIII eran tenidos, como dice Bauzá, por "curiosos", y se aislaban, sin quererlo, del vulgo seguidor de los delirios románticos en boga.

La anarquía que impera en el mundo, donde parece que asistimos a una penosa época de incer-

tidumbre espiritual, situación llamada por Ravaisson, con enérgica frase, "doctrina de la disolución universal", si no hace justicia a aquellos probos varones que pasaban oscuros para los "enciclopedistas lánguidos" de 1850, a lo menos tolera la resurrección de sus méritos, sin procurar desmerecer sus nombres con alguna patraña de que echaban mano para denigrar su ciencia con golpes florentinos.

Y hoy que un legítimo representante de nuestra simpática ciencia botánica, ha trazado con rasgos duraderos la historia de nuestras faenas agrícolas, reuniendo los datos dispersos en mil libros distintos y compaginándolos con sus preciosos recuerdos, la hora de justicia se considera más próxima a nuestros corazones.

Al lado de esos libros, manuscritos y cartas en que se prodigan soeces y repugnantes epítetos los hombres más venerados de los partidos, frente a las amargas horas que pasó la partia viendo en más de sesenta revoluciones claudicar la buena fe, la hidalguía, la caridad cristiana, el desinterés personal y político, podemos levantar la confortante reseña histórica de nuestro autor como un lampo que ilumine tanta miseria, y decir a la par de un literato, con honda convicción: la verdadera historia es "la que hace dormir", la historia de la paz y del silencioso laboreo.

II

El núcleo de criollos radicados en las inmediaciones del Real de San Felipe, cuyas chacras y estancias se extendían hasta varios kilómetros al

norte del río Santa Lucía Chico, tiene en la crónica del adelanto agrícola un oficio capital. Ese núcleo de hombres medio gauchos y medio ciudadanos disfrutó las ventajas de una anticipada civilización, prematura por la crudeza de los tiempos, pero que hoy admiramos no sólo en lo que tiene de jalón progresista y ejemplo de laboriosidad, sino también por el valor personal y el arraigado optimismo requeridos para combatir sin tregua a los más variados factores de la incultura y la desidia.

La cercanía de la capital de esta Banda, cuyo prestigio de fuerza buscaron, nos dice que aquellos varones tesoneros tenían miras profundas sobre el porvenir de sus faenas. No es un secreto que Montevideo luchó durante los años coloniales contra la rivalidad victoriosa de Buenos Aires y las páginas de la historia nos lo enseñan. Pues bien: los chacareros y agricultores orientales no disfrutaron de las ventajas del cercano puerto de Montevideo por las razones: la prepotencia bonaerense agraciada por el régimen comercial español.

En la segunda parte del libro que voy leyendo se hace una narración circunstanciada y compuesta de datos inmediatos de cómo llegaron los vegetales extranjeros a nuestro suelo.

Desde luego, que se circunscriben las noticias, por punto general, al radio de que hice mención. Siendo tan extenso, antes nuestro país, pues llegaba hasta las Misiones Orientales, cabe hacerse, al pronto, esta pregunta: ¿es posible que los hoy Departamentos de Montevideo y Canelones y parte

de los de Florida y San José fuesen el único emporio agrícola de esta Banda? Creo que la respuesta debe ser afirmativa, y así el estudio del señor Berro resulta completo y no fragmentario.

Las copiosas arboledas que hombres progresistas plantaron en Canelones y Montevideo, no conocieron jamás aquellas otras regiones del país, y solamente en épocas muy cercanas a nosotros, en las orillas del Uruguay, los carboneros y monteadores plantaron álamos comunes (Populas italica, Moech) que se yerguen sobre los arenales y los boscajes tupidos que coronan el río. Algunos sauces llorones matizan la gran abundancia de los otros sauces silvestres, y nada más.

Las palmas imperiales (Pyrethrum parthenium, Smith) abundan en las islas mayores del Uruguay: son de tres o cuatro metros las más altas que he visto. Es indudable que son plantación importada.

Bien puede aseverarse que, excepción hecha del litoral en muy pequeñas partes (una de ellas Vera, en Soriano) y de las plantaciones y los cultivos del sur, ni los árboles ni la agricultura han sido estimados en el país. Desde la expedición civilizadora de Hernandarias, el Uruguay adquirió justa fama de tierra de ricas pasturas.

Los estancieros antiguos y modernos no quieren saber de más "monte" que el natural, ni de más aguadas que las existentes.

Hasta doscientas cuarenta y una plantas ha incluido el señor Berro en su enumeración, poniendo con toda claridad el nombre vulgar en seguida del latino y el autor que las estudió, y luego la historia de su introducción y la fecha, nombre

del cultivador, sitio del ensayo y resultado. Noto de menos una estadística, siquiera aproximada, de las cantidades de cereales cosechados, lo que hubiera aumentado el interés histórico-económico de la extensa monografía.

Otro mérito posee esta sección de las plantas, y es llenar, aun sin pretenderlo, los vacíos del conocido "Vocabulario rioplatense razonado" del doctor Daniel Granada, cuya segunda edición, hecha en 1890, deja muchísimo que desear en todas sus partes, pero muy en especial en cuanto a los vegetales, los que confunde sin discernir los indígenas de los importados de varias regiones americanas o del otro lado del mar; y es muy de notarse que los de América vinieron en su mayor parte del Perú.

Del Paraguay supónese que sólo vino la yerba mate, y, según parece, los Jesuitas no hicieron plantaciones forestales importadas en sus pueblos y a fe que no las habían menester a la vista de aquellas estupendas maderas de los bosques del Chaco.

Nuestra bibliografía de historia natural es muy escasa, y aunque no voy a intentarla, diré que el núcleo principal corresponde al padre Larrañaga, cuyos trabajos estuvieron tres cuartos de siglo casi inéditos; y después hay estudios extensos de nuestra flora en Azara, Agassiz, Augusto Saint-Hilaire, Bonpland, D'Orbigny, etc.

Esperemos a que en ensayos sucesivos se vaya perfilando la legión de naturalistas que una sus nombres a los de nuestra vieja época; pero es de temer que la generación esperada tenga más de profesional que de desinteresado estudio cien-

tífico, y así nos lo hace temer el régimen actual de repudiar toda investigación "inútil", contra la enseñanza de las grandes naciones europeas, donde la ciencia engendra la industria y no la industria a la ciencia. El especialista trabaja en parcelas, a lo más en solares, donde puede ensayar bajo fácil inspección el curso del crecimiento y los latidos de sus plantas, por así decirlo. Los resultados que obtenga en cuanto trascienden a la generalidad, los anuncia al industrial, que los aprovecha sobre base científica. Este sencillo y natural proceso de las cosas no es tenido en todo su valor por los americanos y el culpable desdén de su fórmula nos tiene retrasados en las avanzadas de la ciencia. Pueblos jóvenes los nuestros, no puede achacarse a cansancio ese cómodo sistema de recibir ciencia hecha fuera de casa.

Los que supongan que no hay materiales donde trabajar en esta humilde aunque grande ciencia de los vegetales, sepan que nuestro suelo, muy explorado en ciertas direcciones, es virgen en muchas otras. Las orillas boscosas del Olimar, del Cebollatí y de sus afluentes en el N. E. de la República; las sierras de Cerro Largo, Treinta y Tres y Minas ofrecen tesoros de historia natural, expuestos perennemente al viajero que tenga un poco de cariño por el estudio de ese maravilloso reino de la naturaleza.

La tercera y última sección del libro del autor, titulada: "Los meritorios", está empleada en salvar del olvido los nombres de muchas personas que en nuestra patria contribuyeron en mayor o menor escala al progreso agrícola. Encabezada por

el padre Larrañaga, inserta el autor una serie de interesantísimas noticias, que desde ya quedan incorporadas a la historia, y en las que lucen muchos hombres preclaros.

La semblanza de Larrañaga contiene transcripciones del "Diario de observaciones y gastos de mi quinta" (1823), y por ellas se ve que el sabio fue el primero que usó en el Río de la Plata un *pluviómetro*, construido por él mismo. Su quinta sería hoy modelo de huertas, pues pasaban las hortalizas y flores de ciento y los árboles importados expresamente llegaban a cuarenta y seis (en 1810), no faltando tres clases de higueras, siete clases de perales, tres clases de manzanos; abedul, nogal, olivo, morera de China, almendro y otros muchos exquisitos.

Hay páginas hechas con elementos del recuerdo personal descriptivas de bellos cuadros campestres en que palpita la vida de antaño, laboriosa y simple. Francisco Bauzá nos dejó en los "Estudios Literarios" un cuadro de costumbres: "Las Trillas", y no me atrevo a decir que sea superior al que nos pinta el autor que juzgamos, pues si el estilo es de quien es, el recuerdo inapreciable de datos que nos sirve el señor Berro con sobria frase, la amplitud de sus conocimientos camperos, el ojo "hecho" a tales escenas, el sentir más hondo de la psicología nativa y la serenidad amable del estilo, le dan cierta ventaja sobre nuestro historiador. Apunto una sola deficiencia en el estudio del señor Berro sobre la trilla: la ausencia del sentimiento religioso de nuestros criollos, que Bauzá no olvidó al decirnos cómo el labrador va

a ofrendar a la iglesia las espigas primeras de la cosecha. Por lo demás, todos los aspectos de las labores agrícolas están acabadamente descritos, y entre los mejores, las famosas "corridas de bandera".

III

Los innumerables escritos del doctor Larrañaga están dispersos por nuestra República y por la vecina; el más sencillo pensamiento que a uno se le ocurre, es decidir la recolección de esos papeles, ya sea por compras oficiales, ya sea por cesiones graciosas, ya sea por copias intachables de los que no se puedan rescatar. [1]

Es muy triste el pensar en la mala fortuna del sabio oriental. Personas hay entre nosotros que, si hablaran en letras de moldes y nos contaran las vicisitudes y andanzas de los preciosos manuscritos de Larrañaga, dejarían pasmados a los espíritus rectos y patriotas.

Por causas, que no expondré por enojosas y largas, perdimos buena parte, la mejor, del archivo de Andrés Lamas.

Y hubo mucho de sarcasmo en todo esto, pero los que tomamos en serio las venerables reliquias del sabio, no dejamos de mover la pluma, nuestra única influencia, a fin de meter en la conciencia nacional un criterio de sensatez y de digna justificación para lo de antaño, bastante más hermoso que lo de presente.

1 El Instituto Histórico cumpliendo la ley Gallinal (don Alejandro) y con el esplendido concurso pecuniario del mismo ciudadano está publicando esos sagrados restos. Han aparecido tres volúmenes

No creíamos, pues, hacia 1925, conveniente que se hablase de ediciones en libros si aún no se había reconstruido el viejo inventario que hiciera don Andrés Lamas. Dediquéme a hacer propaganda para que se denunciara por los mismos poseedores, los papeles que del padre Larrañaga andaban dispersos "y quizás sin el nombre de su dueño".

Con esta labor se clausuró el inventario. Luego vino la clasificación y selección, y entonces todos los materiales estarían listos para entregarlos al crítico naturalista y al crítico histórico y literario, los cuales dos terminarían en el *engarce* de la obra.

Así se hizo, y pudo pensarse, hacia 1919, en la clasificación y edición de los escritos científicos.

Porque el doctor Larrañaga necesitaba ser actualizado, y por así decirlo, puesto a contra luz, para adquirir el poder plástico y viviente que la enmohecida pátina del tiempo apagó y borró en parte.

El amor al maestro a que se abrazó entrañablemente durante su laboriosa existencia el gran Linneo, ha demostrado con evidentes pruebas que Larrañaga vio en la Estrella Polar del Norte, como le llamaba, al genio imperecedero de la Botánica.

Pudo en sus últimos años percibir el alejamiento de su estrella, y ansioso de saber a fondo la ciencia de sus afanes, no despreció a los nuevos luceros aparecidos en el cielo europeo, y bebió en Lamarck, y en Mesnier, en Jussieu, y en Humboldt; pero nunca dejó de poner los ojos en la vibrante estrella Polar, como presintiendo amaneceres cercanos.

En efecto, Linneo es para muchos sabios el guía más cierto para entrarse por ese alcázar de las plantas verdes como la esperanza. Su sistema sexual es, de los artificiales, el que más especies incluye, no obstante tener apreciables excepciones.

Otra labor necesaria en el botánico estaría en recuperar para Larrañaga la prioridad de clasificación y descripción de miles de plantas y de varias docenas de animales entre aves y mamíferos, algunas más exactas o apropiadas que las traídas por el ilustre viajero francés d'Orbigny.

La modestia excesiva, y, por ende, dañosa de Larrañaga, unida a aquel sesudo afán de perfección más en la materia que en estilo, le retrajeron del libro y del impreso en general, dejándole inédito e indiferente al éxito resonante de sus amigos extranjeros, y sin que el justo celo de su nombre le encendiese en fuego de publicidad y encomios. A la verdad que no parece discreto censurar mucho esta rarísima prenda, llevada por desdicha a su extremo en el sabio, pues no corre peligro de ser imitada por los modernos.

¿Cuándo podrán ser útiles estas reflexiones? No sabemos, porque el plan metodizado no fue jamás patrimonio de nuestra casa, y todavía habremos de congratularnos porque algún animoso particular tome la obra en sus manos. Lo que sí quiero advertir, es que la publicación de los documentos inéditos de Larrañaga se ha hecho *literalmente*, es decir, sin quitarles ni ponerles letras ni signos, sino en su desnuda sencillez, "ad pedem litteræ". Mucho se abusa de esto en las transcripciones,

mejorando en tercio y quinto los originales, y hasta mudando palabras que al editor no agradan.

Tenemos enérgicos ejemplos de probidad científica en la Europa sabia, y ella es maestra en hagiografía y paleografía tanto como en cañones y morteros.

Hay en aquel singular prurito ahorrativo de nuestros padres y ascendientes, en aquel fijarse en menudas supresiones de letras, un alto sentido de la vida: ganar el tiempo para las cosas grandes. Por eso quedamos estupefactos mirando y remirando sus obras dignas del buen Hércules, así en la ciencia especulativa cuanto en los formidables bastiones con que defendían los fueros propios y los reales. Larrañaga quejábase de falta de tiempo, y la más sencilla de las tareas que él llenaba en sus ocios, que decía eran escasos, nos traería hoy mareados de trajinar. Hemos perdido el tiempo, y hemos perdido también algo más que el tiempo: el espacio, porque no estamos ni sabemos estar quietos en ninguna parte.

Y si ahora notamos esas cosas en las antiguas escrituras, algo verán más que nosotros nuestros nietos, y la verdad íntegra se acercará más y más en el espíritu humano, sin que sea lícito cerrar las ventanas a ninguno de los que tocan ese misterio del mejor vivir. Las obras de los grandes hombres deben contemplarlas las generaciones en el ancho campo de la perspectiva histórica.

Fácilmente me perdonaréis mis filosofías en gracia del cariño que supongo en todos a lo nuestro. Así vuelvo a encarecer la urgencia de poner este asunto, no en el gastado riel de las comisiones,

sino en manos de una sola entidad, con medios suficientes para una empresa seria y decisiva en homenaje a nuestro gran sabio.

Cuba honra a Luz y Caballero; Venezuela a Baralt; Perú venera al inca Garcilaso; Colombia publica con notables comentos las obras de Caldas; Chile continúa sus loores a Bello; la Argentina da un ejemplo largo y contundente del aprecio en que tiene a sus hombres, al publicar en pulcras, frecuentes ediciones los escritos de sus magníficas generaciones intelectuales. Para hacer propaganda nacionalista, se dice siempre, no es adecuado un libro de literatura y menos todavía de versos: convienen los anuarios de la Estadística, los libros voluminosos del Registro Civil, las memorias ferrocarrileras, de puentes y caminos, ministeriales... ¡Lastimosa ignorancia! Esos libros pesadotes e insulsos que nadie lee, porque son inleíbles, a causa de su inapropiada presentación, se prestan para envolver alcaravea y ajonjolí, no, en verdad, para hacer conocer nuestra vida interna. ¿No han dicho mejores elogios de la patria el "Tabaré" de Zorrilla, las insuperables páginas críticas de Rodó, los donaires de la poesía ágil de Roxlo, las severas narraciones históricas de Bauzá, nuestro Salustio, nuestro Tácito?

No debe faltar dinero para obras de historia y de arte, nacionales. Suprimid algo de las montañas de papel impreso oficial y cededlo a uno de nuestros estudiosos, o a alguno de nuestros artistas. Y no digo nada de los muertos, porque esa casta de gentes se da el peregrino gusto de no

morirse nunca, al revés de los acaudalados burgueses cuyas fortunas se reparten y la túnica se rifa.

¿Pensáis que las plumas de Mitre, Sarmiento, Estrada, Gutiérrez y Alberdi no trajeron olas de opulencia y de bienestar a las playas argentinas? De nada hubiera servido que Roca conquistase el Desierto si la desolación no huyera con las oleadas civilizadoras. Europa se enteró bien de cómo andaban las cosas por allá; y cómo allá los grandes hombres estaban holgados y estimados de todos; y cómo allí se veneraba a los prohombres de la Independencia sin odiar al extranjero; y cómo allí se había metido un sagrado y reconciliador espíritu patriótico, por eso Europa fue a la Argentina, y la revivió.

"Nuestra generación, que es posteridad, escribe José Bianco, un educador argentino, puede juzgar la acción militante de estos dos adalides del pensamiento nacional. Sarmiento y Alberdi fueron obreros del pensamiento humano. Los odios del pasado se esfuman en el presente. Enemigos en vida, la muerte los reconcilia. El panteón de la historia reclama sus nombres." Este lenguaje es el de una generación aleccionada y laboriosa.

Podemos asegurar que si el alma de la filosofía de la historia son la benevolencia y el entusiasmo, Bianco está en lo cierto: su generación es posteridad. Hayamos, pues, benevolencia para los nuestros y una actitud de útil comprensión del pasado. Larrañaga sólo hizo bien; su actitud fue siempre de concordia hasta morir a orillas del Miguelete, débil corriente que separaba los campos del Cerrito y de la Defensa. Merece, entonces, no sólo

benevolencia, mas antes entusiasmo su amable personalidad.

Nunca seremos pródigos de nuestro dinero para estas empresas intelectuales que al fin acendran y ahondan la Patria, que es una idea y no una regla de tres. Y ya que siempre se habla de la deuda consolidada, no se olvide que nuestras verdaderas deudas son éstas para con los propios acreedores nativos.

Ruskin, un inglés genial que poco tiene que ver con los ingleses vulgares de hoy, escribió unas consideraciones estupendas por su gracia y por su significado: "Cuán inconcebible es, en el estado presente de nuestra sabiduría nacional, que eduquemos a nuestros aldeanos en un ejercicio de libros, en vez de educarlos en un ejercicio de bayonetas; que organicemos ejércitos de pensadores y no ejércitos de asesinos; que encontremos una diversión nacional en los gabinetes de lectura, así como en los campos de tiro; que demos premios por un buen blanco en un hecho. como por un taladro del plomo en una tarjeta! ¡Cuán absurda parece la idea de que las riquezas de los capitalistas de las naciones civilizadas lleguen a sostener la literatura en vez de sostener la guerra!"

La cita es larga, pero no parece fuera de sazón. No faltan a la República literatos que merecen ser alentados, sostenidos. El "mecenismo" es una forma insustituible de defensa de nuestras posibilidades en el reino del espíritu. Empecemos por las de antes, a lo menos. Con los datos que poseo y otros que me callo, si sus libros los lee nuestra

juventud, yo os prometo que Larrañaga no será un mal profesor de tiro al blanco.

Hubo en el espíritu del padre Larrañaga algo más que la honda predilección botánica y zoológica, cuya fama es la mayor parte de su fama; también entróse en otros campos de la ciencia del hombre para rastrear el corazón de piedra de los indios minuanos y chanás, para enfocar los astros en las noches despejadas de nuestra tierra y hasta para llevar adelante una no pequeña labor antropológica, de que nos quedan apenas reliquias. Escribía el 3 de agosto de 1808 a su íntimo amigo y antiguo condiscípulo en el Real Colegio de San Carlos de Buenos Aires, el benemérito Deán Don Saturnino Segurola, que para cuando fuese viejo dejaba la astronomía con su telescopio y sus globos: "los viejos son muy cavilosos, y así es la edad más propia para los cálculos profundos". Tenía telescopio y globos celestes y terrestres, su sed de saber era inagotable.

En otra carta, fechada el 18 de julio de 1808, inédita como la anterior, diserta a su amigo don Bartolomé Doroteo de Muñoz, —el mismo que en Montevideo se negó a ser examinado por el obispo Lué, y a la sazón capellán del regimiento de infantería de Buenos Aires,— sobre la edad del hombre, haciendo revelaciones que nos indican el norte intelectual y el cuño y filiación científica de nuestro sabio. De pura estirpe española, no desmintió la casta ni quedó en cuanto a la orientación espiritual retrasado de su época. En esa epístola declara que acopiaba sin descanso y con celo de la verdad los datos más sencillos que

la realidad le presentaba, vencida por los ojos poderosos de la observación, ora fuesen de la vida animal, ora de la racional. Aquella aguda observación de que América sería una amalgama de razas de todas las partes de la tierra con el sistema colonial de esclavitud, merece recordarse, porque Larrañaga no perdía de vista nunca su traje talar ni su fe cristiana. Las teorías materialistas propagadas por el francés Lamarck, precursor legítimo de Darwin, ya habían tomado asiento en los claustros científicos de Europa, y Larrañaga pudo leer desde Buffon insinuaciones sobre los orígenes de la especie humana. Ideó desde entonces trabajar con tesón y sereno ánimo en tales estudios, a los que habrían de servir las anotaciones de que habla a su amigo Segurola.

Llega a tanto su buena fe tradicional, que dice: "Yo a lo menos no dejo de notarlo, y voy recogiendo todos los hechos que puedo, o para desmentir a tanto pícaro libertino, o para confirmarnos en la virtud."

Estos ejemplos clasifican al padre Larrañaga entre uno de los hombres más prácticos del siglo XVIII, de aquellos hijos de la extinguida raza de los grandes polígrafos.

Sediento de todo saber, no despreció nada de cuanto la naturaleza cría y presenta a nuestro culto de amor. Pudiera aplicársele la frase del cántico de la Biblia: estudió desde los altos cedros del Líbano hasta el hisopo humilde que sube por los muros.

Dejó donde quiera su huella perdurable. El escritor Luis María Torres ha aprovechado un

trabajo del padre Larrañaga para una investigación etnográfica de la Facultad de Filosofía de Buenos Aires, lo que prueba que también como antropólogo clavó con fuerza en la realidad su garra de sabio.

Larrañaga podría ser colocado, sin perder de su serena nobleza, entre los españoles que hacia el fin del siglo de Feijóo cultivaron las ciencias en trueco de la decadencia literaria: Rojas Clemente, Cavanilles, Mutis, Forner, Hervás, Eximeno, Jovellanos. A haber vivido en aquel ambiente de estudio y emulación, nuestro sabio se hombreara con el más pintado de ellos. Pero no existe ninguno con quien mejor se pueda comparar si no es Caldas, el neogranadino. Tan universal uno como otro, anhelosos ambos de verdad natural; constructores de sus propios instrumentos de observación y precisión; autores de varios diarios de viaje en que el ingenio sigue paralelo, de una manera sorprendente, idéntico rumbo; dibujantes a porfía de innumerables especies vegetales y no pocas animales, bien que el sabio de Colombia dibujó muchas más que el oriental; aficionados a la ciencia del catastro y la estadística, de las que son aventajados precursores, solamente en pocas cosas se diferencian. Así Francisco José Caldas era ingeniero mineralógico y astrónomo muy apreciable, mientras Larrañaga le superó en botánica, antropología y lingüística. Por lo demás, en todo se parecen, hasta en el sencillo, ingenuo y amenísimo estilo literario en que parecen fundirse la vetustez del idioma corrompido del tiempo, los vulgarismos que plagaban el suelo americano y,

como contraste, la frescura de la inteligencia virgen abismada en los senos de la naturaleza.

Caldas el infortunado, poseyó en su país un observatorio que le proporcionó indecibles consuelos, y el vulgo literario, muy instruido en comparación del nuestro, apreció y pagó en repetidas ocasiones con honores y respeto la nombradía que recibía de su conciudadano.

Los dos, al par, se estremecieron de alegría con las visitas provechosas de sabios extraños, siendo Bonpland confidente de uno y otro.

En lo que no tienen paralelo posible, es en la fortuna bibliográfica, pues al paso que las obras de Caldas han tenido repetidas ediciones europeas y americanas, especialmente la última que ha hecho el venerable don Eduardo Posada, de Bogotá, Larrañaga anduvo hasta hace pocos años mendigando hospitalidad en revistas.

"Aquella cadena de oro que enlaza todas las "ciencias; aquella ley de interna generación de "las ideas, verdadero ritmo del mundo del espí"ritu; aquel orbe armónico de todas las discipli"nas que los griegos llamaron enciclopedia" [2] fue y es la sustancia íntima, la médula de Larrañaga; caso de los que, sólo de tarde en tarde, suele conceder Dios a las naciones a manera de foco concentrador del calor sideral de nuestra inteligencia. Entonces, en esos varones casi sagrados, en quienes hizo presa la locura de amor de que nos habla en uno de sus diálogos Platón el divino, amor de sabiduría, resplandece algo así como una nube que guía nuestros pasos.

2 M. Menéndez y Pelayo

Por ellos la unidad de la ciencia es realidad plasmada en un cerebro: con ellos el estímulo renace si había muerto, parecen posibles las grandes conquistas del ideal y el entusiasmo baña las almas en un sudor copioso. Los hechos, la directa, inmediata, innegable realidad avivó en nuestro sabio el sentido hasta el punto de declarar que, en vez de mirar mucho los astros, los ojos se le iban tras las flores, mariposas y pájaros, siguiendo la carrera del ciervo en la selva y el arrastrado andar de las serpientes.

Dotes son éstas que cualquiera reconocerá propias de la raza ibérica. Alguno habrá que aún tenga metidas en los cascos las visiones de una España de quijotes y doncellas andariegas y arriscadas; a esos tales no me dirijo, porque son incorregibles. Refiérome a los que conozcan siquiera por modo somero algunos de los grandes pensadores españoles: un Cervantes bien entendido, un Quevedo, un Gracián, un Luis Vives, un Fox, un Saavedra Fajardo, un Gómez Pereira...

Aquel Cid despojado hoy de los chirimbolos románticos, y quizá por eso más simpático y verosímil, nos enseña desde el nacer turbulento de la raza los timbres que la singularizaran. Él, que peleaba por su pan, él es el padre de los ingenios hispánicos.

También por el pan pelearon con la naturaleza a brazo partido los grandes talentos de la estirpe castellana; también por su pan peleó Larrañaga, el sabio de los hechos sustanciosos y aleccionadores. Por eso hay que incorporarlo a aquellos

hombres que un estrecho lazo de filiación espiritual les unía.

Ni siquiera en el orden filosófico Larrañaga aparece como un clérigo saturado de los ergotismos escolásticos, ni manchado de aquella peste regalista que le debieron ingerir en las aulas. Hombre siempre abierto a todo viento de sana doctrina, no cristalizó su corazón en las pragmáticas oficiales, y así fue siempre un claro observador, un rectificador pronto de los propios errores: y no cayó nunca bajo el ala de los prejuicios. Fue, más bien, un persistente oportunista. Sabía, y varias veces lo explicó, que su época era de grandes acontecimientos para el porvenir; tuvo las inquietudes consiguientes, pero no abrió ni cerró opiniones definitivas por la cercanía de los sucesos.

Llevó sus timideces previsoras desde la ciencia, donde son necesarias, hasta la política y la diplomacia, y a ello se deben los pasos que hombres irreflexivos le inculpan con clara ignorancia de los tiempos y de las cosas. Su correspondencia privada debe contener tesoros de verdad sobre ese punto, y por ella quizá se vean muchas oscuridades. Si fue acompañado en su debilidad política por los demás hombres de su generación en los sucesos del Brasil, no se olvide que de sus labios no salieron jamás quejas contra el régimen antiguo; y pasó del monarquismo a la república y de ésta al imperialismo aparente, sin soltar injurias al rey ni a Artigas.

Su famoso "Diario de Montevideo a Paysandú", tan útil y memorable (explotado por Héctor Miranda sin mencionar la parte religiosa del Protec-

tor), nos habla mejor de éste que muchas apologías. Un hombre tan justo como Larrañaga, que trata a Artigas con la deferencia y devoción con que lo hace no puede mentir ni exagerar. Él mismo se desmentiría después, como lo hizo en cosas pequeñas y de ningún valor.

Cierto, muchos anotamientos dejó en los márgenes de sus escritos salvados de la destrucción, y no es de los menos curiosos el vuelco de sus opiniones sobre Napoleón, a quien después de ensalzar tanto que más no pudiera, rebajó y humilló con dicterios deshonrosos.

Nada hizo harbando, todo con ponderación y tino. Pero no faltaría descontento de estas prendas de Larrañaga que repitiese el decir de Gracián: "Peor que el ocio es la ocupación de la inútil curiosidad". Nuestro sabio acopió en el transcurso de su larga vida lo que después llamaron los naturalistas literarios documentos humanos: esta preocupación es de altísimo género, pues como él decía, el rey de la creación es el hombre. De este rey turbulento cuya historia el sabio se recordaba con una suerte de horror, había hecho el centro de la naturaleza y el pináculo de toda ciencia. [3]

De los restos fósiles de Piedra Sola no se tenía más noticias que las dadas por el propio Larrañaga en 1837, en la nota contestación en que agradecía, aceptando, la presidencia de la comisión de Bi-

3 Se conserva en un archivo montevideano cierto "*Informe* presentado a la Comisión de Biblioteca y Museo por los miembros de ella D Bernardo Berro y D Antonio M Vilardebó, sobre el reciente descubrimiento de un animal fosil en el Partido de la Piedra Sola, Departamento del Canelón (1838)" A ese *Informe* sigue un dictamen del Presidente de la Comisión D Dámaso Antonio Larrañaga, refrendado por el Secretario D Ramón Masini.

blioteca y Museo. Allí el sabio menciona sus donativos, citando en lugar preferente y en forma concreta, el *Dasypus Megatherium* "encontrado por mí a las puertas casi de nuestra capital". Es evidente que se refiere al precitado armadillo gigante catalogado por Berro y Vilardebó. Ya en las cartas de 1808, hay constancia de los afanes de Larrañaga por esclarecer la categoría de los dasipos cuyas láminas le enviara el Pbro. Muñoz desde Buenos Aires.

En el dictamen de Larrañaga se mencionan las investigaciones geológicas y naturalistas de diversos viajeros europeos, citándose dos, alemán uno e inglés el otro: doctores Linkl y Sillow; este último reconoció las orillas del río Arapey, y, como el otro, extrajo del subsuelo y de la superficie diversos cráneos y otros fragmentos fósiles que debidamente identificados y conservados servirían, según Larrañaga, para esclarecer de la ciencia las edades primeras del mundo. Percibimos en aquel espíritu singular como un anhelo constante de superior armonía científica, nunca el laberinto inorgánico de los pormenores sin la levadura sazonadora del condimento intelectual, nunca la dispersión fatigosa de la memoria. Él alentaba formal sed de saber, la vocación generosa de la sabiduría, consistente ante todo, en poseerse a sí mismo.

A tal punto tenía entrañadas las ciencias de la naturaleza, que él, hombre de sólido saber, de quien no se conocen versitos neoclásicos a los Batilos y Sílfides usuales en su tiempo, sintióse poeta y fabulista por virtud de su amor a la juventud, para cuya instrucción y deleite escribió

o dictó desde 1826 no menos de 40 composiciones hasta hoy desconocidas y en poder de don Mariano Berro, su solícito panegirista.[4]

Era, pues, la vocación que le arrastraba un círculo cerrado pero tan inmenso que cupieran dentro las facultades humanas en su plenitud. Había en su entendimiento una luz blanca donde se fundía la serie rica y variada de los colores del universo.

Así, resumiendo las dotes profusas y estilizadas que las páginas de sus manuscritos sugieren al contemplador de espirituales rasgos, el prelado oriental lleva entrelazada a sus armas eclesiásticas una rama de silvestres plantas, entre las que brilla con matices violetas la pasionaria nativa.

Especialista y enciclopedista, y al mismo tiempo americano por su labor etnológica; diplomático y político, sacerdote ejemplar, hombre santo y pleno de ingenuas y cultivadas virtudes, austero en la fortuna, amigo incomparable... he ahí su semblanza.

Y lo que sirve más al buen nombre de estas tierras nuevas de civilización: fue americano acendrado y entusiasta. Rodó ha escrito que sólo han sido grandes en América aquellos que han desenvuelto, por la palabra o por la acción, un pensamiento americano. Nacido en una época que presenciaría la génesis de la edad contemporánea en un suelo yermo de ciencia y arte, agitado por enconados odios, de cultura infantil, Larrañaga

4 Don Mariano B Berro las editó pulcramente en un tomito: *Fábulas Americanas* por un Montevideano, 1926 —Montevideo, Imp. Artística, de Dornaleche Hermanos, 1919 — Fue publicada esta curiosa colección en mayo de ese año En agosto fallecía su meritorio editor.

flotó sin sumergirse merced a una irresistible vocación de sacerdote y de sabio, que le hará modelo perdurable.

Si tan maravillosas condiciones no logran poi sí solas imponer en quienes pueden y deben un auspicioso empeño por sacar a luz los manuscritos que dejó, después de juntarlos con los dispersos, el lamentable caso engendraría incredulidad en la gloria que pueden rendir los hombres, aun esta póstuma y tardía que he pregonado.

Existe en la naturaleza un singular género de ópalo capaz de no vista transparencia al sumergirse en el mar, al que de antiguo se llama hidrofana. Tal con sabios del temple del nuestro: la onda del pasado, el océano tan caudaloso del ayer los embellece y penetra de luz. Soleado su espíritu por ese astro de la posteridad, ha lucido múltiples aspectos y mostrado facetas desconocidas; pero sólo la lectura de documentos, —y el padre Larrañaga los dejó valiosos y de toda especie,— tiene poder bastante para sacar de la propia sombra vestigios de nuevas prendas de talento y carácter.

Larrañaga sabio, Larrañaga político, Larrañaga filántropo, Larrañaga escritor amenísimo hasta por la hermosa caligrafía de su amanuense, que no hace echar de menos el tipo de imprenta, no es, ni con mucho, el Larrañaga íntegro y noble que aparece al través de la selva de papeles legados por su solicitud de archivero. Quedan en Larañaga educador, el Larrañaga prelado, el Larrañaga íntimo.

Bien se comprenderá que no puedo ofrecer ni siquiera un bosquejo de estos aspectos intelectuales y morales en un artículo que pretende cerrar la enojosa serie de disquisiciones en que lo único tolerable es el tema, nunca la realización.

No quiero dejar de transcribir unas frases de nuestro hombre al doctor Lucas J. Obes, ministro de Rivera en 1834. Había el gobierno de la República solicitado del Vicario Apostólico el concurso de los párrocos de campaña para la saludable tarea de propagar y conservar el precioso suero de vacunación. Monseñor Larrañaga, contestó ofreciendo su empeño e influencia en favor del propósito, y añadiendo lo siguiente: "El respetable clero argentino, a quien entonces el nuestro se hallaba unido, cuenta entre una de sus mayores glorias haber sido el primero que se encargó y conservó por muchos años. Son bien notorios y relevantes los servicios prestados en esta parte por mi honorable amigo y colega, hoy canónigo de la santa Iglesia Catedral de Buenos Aires, el doctor D. Saturnino Segurola. Yo también, en esta capital, tuve la honrosa satisfacción de introducirlo de nuevo, de propagarlo por mí mismo y de conservarlo por una larga temporada, imitando mi ejemplo mis compañeros en la campaña; de modo que habrá pocos que no hayan practicado esta benéfica operación." Y a seguida declara que es de necesidad que se envíen instrucciones que garanticen la eficacia del remedio, y anota un dato importante sobre los efectos de la viruela en la República, enfermedad que hubo concluido con

la mayor parte de los indígenas y se había hecho endémica entre nosotros.

Leída parte de esta nota escrita el 9 de agosto del 34, pasemos a señalar dos o tres rasgos del educador, del médico de los espíritus.

Preocupaciones cientifistas del ilustre doctor Lamas, repetidas por don Carlos M. de Pena, pudieron hacer creer al desprevenido que Larrañaga por su fe religiosa detuvo el vuelo de sus investigaciones y de sus deducciones geológicas, cuando al separarse con alto sentido crítico de la teoría de Cuvier sobre la formación de la cuenca del Río de la Plata, atribuyó ésta a depósitos lentos y sucesivos de conchas fósiles. Hombre de datos maduros y bien observados, el sabio no pasó nunca más allá de lo que el lógico discurso le aconsejara, y a esa discreción admirable debe precisamente su utilidad y actualidad. ¿No sabía acaso el padre Larrañaga que la ciencia no tiene partido alguno, y que, no obstante, estaba forzada a demostrar cuanto los sectarios quisiesen? La ciencia por la ciencia misma, la sublime inutilidad de la ciencia, fue su norte, y ella, rescatada en nuestros días de su cautiverio revolucionario, le agradece el desinterés.

No costaría trabajo coleccionar, espigando párrafos en que el sabio oriental afirma, sobre la base de sus estudios, que la religión y la ciencia se aman y se buscan. Cuando tres cónsules extranjeros se presentaron al Gobierno de la República, en 1840, solicitando a nombre de sus súbditos edificar un templo protestante del lado sur de Montevideo, Larrañaga dictó a su secretario don José

Raymundo Guerra, pues ya estaba ciego, una impugnación notable por la seguridad de las ideas y lo hábil de las razones. Leemos en un párrafo: "Se ha estudiado profundamente la naturaleza, y la moderna geología está acorde con la de Moisés."

Como los verdaderos enciclopédicos, Larrañaga lo fue desde que abrió los ojos a la ciencia, y así bien se puede aseverar que el anhelo educador de su alma era ingénito. Aparece desde las primeras cartas que se le conocen: las de los años 1807 y 1808, donde una sed inextinguible le lleva hasta aguardar el día en que el clero americano reciba el bautismo del estudio pertinaz y el laurel de la ciencia.

En la copiosa correspondencia que nos dejó, según tengo dicho y es notorio, abundan las exhortaciones al estudio, el patrocinio de los aficionados, el perenne sentido en la educación pública.

Suyo es el completo plan de estudios que se bosquejó en 1837 para la Universidad en íntima colaboración con su amigo el presbítero Dr. Mateo Vidal.

La correspondencia que sostuvo con D. Manuel Oribe en ese año de 1837, honra al par a uno y a otro. Larrañaga no quería aceptar de ningún modo la rectoría de la nueva institución, y el presidente, con abundancia de razones, no cejaba en que no dejase de serlo.

El ejemplo pudo más por aquellos años que cuanto pueden decirnos las comunicaciones oficiales. Larrañaga, hombre elogiado por Cuvier, Bonpland y Saint-Hilaire irradió como un sol bené-

fico los haces de la buena luz espiritual, Porque era sabio y era bueno: que la bondad virtuosa es el más directo vehículo al aprovechamiento de los hombres.

Obtuvo la colaboración espontánea y afectuosa de sus subordinados, que se honraban al enviarle ora una alimaña silvestre, ora lozanos retoños de plantas, según leo en las cartas de sus amigos y entre ellos el párroco de Rocha. Por tal modo entra por los sentidos externos del vulgo el verdadero concepto de la primorosa y peregrina alianza que hacen tal cual ocasión la virtud y la sabiduría, y dígase si existe especie más alta de educación popular que ésta de Larrañaga en los largos días de su vida.

La independencia de carácter no flaqueó tampoco en él, según lo atestigua una carta enérgica y clara dirigida a don José Artigas el día 9 de diciembre de 1815, haciéndose cargo de las reticencias de una epístola que le envió desde Purificación el Protector, y en la cual se podía leer entre líneas que Artigas casi deseaba que el Vicario de Montevideo renunciase al puesto tan largamente gestionado.

"Yo soy Patriota, pero no charlatán", escribe Larrañaga. Se enfrenta con su jefe y le declara que si desea su retiro lo diga sin rodeos, que él no pretende seguir en la Vicaría ni jamás lo pidió. No conozco la respuesta de Artigas, pero debió excusarse, desde que escribió a Larrañaga de inmediato en tono muy amistoso en enero. febrero, abril, mayo, etc., del siguiente año. Tuvo la culpa de ese incidente la recua de chismosos

que decía Larrañaga, los cuales pretendían separar a dos hombres "que tan bien se comprendieron siempre desde los albores de la Revolución", como el propio sabio escribiera al Protector.

El educador libre tenía alta y serena el alma para mostrar autoridad de maestro, como lo reconoció Artigas, que después del discurso famoso de la Biblioteca, agradecióle su adhesión a la causa de la Patria buscando la ilustración de los orientales, "los hombres nuevos que estamos formando", decíale.

Años más tarde, en 1822, bajo la dominación extranjera, aparece en Montevideo la "Sociedad Lancasteriana", ideada y nacida al calor del corazón del botánico, auxiliado por los más ilustres caballeros de Montevideo.

Una curiosa nota puesta por él al margen de carta (en copia) enderezada a un amigo radicado en Buenos Aires, en 1809, nos dice cómo crecía más y más su admiración por el genio inglés. Convencido ya de las felonías de Manuel Godoy, seguro de la traición y miras conquistadoras de Bonaparte, el Capellán de la reconquista, que seguía la política europea como seguía todo progreso humano, volvió los ojos hacia el gabinete de Saint James y dióse a la lectura apasionada de los libros y revistas ingleses. Es indudable que conoció la doctrina escocesa de Hutchesson, catedrático de Glasgow, pues en su interesante y universal MS. "Libro-Lugar común" (vol. in folio), copió varios artículos de la Revista de Edimburgo; y entre los papeles depositados en nuestro Archivo Histórico hay extensísimos artículos copiados y

traducidos de la Enciclopedia Británica, obra que manejó mucho antes de 1817, fecha que señala la total ascensión de su espíritu en el viaje fructuoso al Janeiro, llevando la misión secreta del cabildo. Allí se relacionó con libreros y compró a Humboldt, completó Cuvier, etc.

La progresista doctrina de Lancaster recibió calurosa acogida de Larrañaga, y la "Sociedad" vivió y prosperó varios años. Araújo en su historia de la escuela uruguaya, estudió ya con buen bagaje documental esta hermosa etapa educadora de nuestra tierra. Yo me exento de hacerlo.

¿Qué dejó por estudiar Larrañaga? Conocía los problemas americanos y europeos con exacto entendimiento. Al rebatir el proyecto del templo anglicano, no olvidada hacer el argumento de Bossuet adaptándole a la República: que la petición de una secta se seguiría de otras muchas, y entonces la división sería más profunda entre los orientales lo cual era impolítico, y allí la confusión pondría su oscuro trono. Sostuvo también que no era lícito abrir la puerta a las libertades ajenas, desde que los anglicanos las cerraron trescientos años a los católicos, y aun oprimían a Irlanda... Era la época vibrante de O'Connell. Larrañaga debió de aplaudir sus arengas inflamadas por la libertad irlandesa. En todas las cosas aparece el mentor, el guía provisto del bordón y la estameña.

De si Larrañaga comprendió el noble oficio de maestro orientador, de investigador paciente, de organizador de las energías de sus compatriotas, pruébanlo con largueza estas palabras escritas al

aceptar, como dije antes, el nombramiento de presidente de la comisión de Biblioteca y Museo.

Dice el santo vicario que sintió renacer parte del antiguo entusiasmo por las cosas de ciencia, y agrega: "Siempre esperé que llegaría el tiempo de esta suspirada y venturosa época, en que mis ocios mismos serían útiles a nuestra Patria y a los progresos de las Ciencias, porque sabía que exploraba un país virgen y feracísimo, viéndome en la precisión de poner, como Adán, nombre a casi todas las producciones que se me presentaban, para darme a entender a los sabios."

En seguida regala, para beneficio de los estudiantes y aficionados al Museo Nacional sus ricas colecciones zoológicas, botánicas, mineralógicas y cuanto objeto curioso conservaba de sus excursiones de antaño, todos con sus catálogos. Numerosos dibujos originales de su puño trazados y coloridos entraron también en la inapreciable donación. ¡Generosidad desconocida de los modernos! ¡Leal y profundo amor por los hombres! Dadme sabios educadores de esta casta, y yo cambiaré el corazón humano haciéndolo sensible y como de cera. Nace predestinado al sacerdocio un hombre; es bueno y sabio, es querido, es maestro. La realidad le ciega al fin; no importa, porque su espíritu, disuelto en la sal eterna de la sabiduría, cuaja en cristales maravillosos. La verdad humana absorbe su vitalidad, y pierde los ojos; pero al cegarle le exalta y concentra el espíritu, que no echa de menos la luz de la tierra.

Esta ceguera de los grandes veedores tiene larga historia, y a fe que si creyésemos en la profana

mitología, la llamaríamos venganza de Minerva. Homero apaga sus postreros "odes" en la tiniebla visual, Milton queda ciego por el fulgor de la espada del Ángel.

"Estoy ciego, escribía Larrañaga en sus últimos años, pero siento el olor de mis flores, oigo el zumbido de mis colmenas y los cantos de mis urracas; me da en la cara el viento suave de la mañana y bendigo a Dios que ha hecho tanta maravilla con un orden admirable, que siempre me he gozado en reconocer". [5]

Yertas las flores de su vida mortal, apagado el zumbido de sus oficiosas labores científicas, el viento auspicioso de la mañana de la gloria trae ya el perfume de las palabras estampadas en el pergamino, y el bullir sonoro de las colmenas subterráneas, de ésas que él también cultivó, que hundidas hacen armoniosa la madre tierra.

---

5 Carta de su sobrina doña Clara Errazquin de Jackson; colección Berro Véase "Los Principios", de San José, de enero de 1915, en que se insertaron dos interesantes artículos de don Rafael Algorta Camusso Este escritor ha esclarecido en forma documentada y definitiva los orígenes de la familia Larrañaga y numerosos episodios de su vida. (Co "Revista Histórica", de 1917 y "El Padre Dámaso Antonio Larrañaga", Montevideo, 1923).

CONCEPTO DE PATRIA HACIA 1800

Hemos estudiado las diversas categorías sociales con sus profundas diferencias en cuanto al valor de la vida para cada una. Estas peculiaridades matizaban la jerarquía colonial ensortijando la resultante de aquella amorfa población dispuesta para vivir de consuno, o mejor dicho, yuxtapuesta por obra del destino y de una concepción universal de la política, ya por entonces agotada y decadente.

Puede entrarse más, ahora, en el examen de la materia. ¿Cuál era la idea de patria de esas clases sociales en el Montevideo de 1800? Descartemos a los censados como "Extranjeros". Estos eran un mundo aparte. Vivían expuestos a una inesperada expulsión, sin más trámite que el mero embarco en una de las fragatas reales surtas en el puerto. No tenían derechos, y sus mismos deberes estaban sujetos a las variaciones de la diplomacia de la Metrópoli, y ya sabemos que eran éstas muchas y muy oscilantes por la naturaleza de los negocios europeos.

Podríamos decir que cada clase social, para dar una definición algo orientada, tenía la patria donde sus recuerdos... Y aquí esta solución nos complica más la perspectiva general a que aspiramos. Los recuerdos, pero ¿es que acaso los tenían los pobres negros traídos brutalmente en virtud del Asiento contratado con el Rey? Sí, por cierto. Congo, Benguela, Loango, he aquí tres

nombres que nuestros abuelos conocieron en la intimidad de aquellos sus esclavos africanos. Lloraban la ausencia definitiva de sus selvas tropicales y las cortes fastuosas de sus reyes motudos. Digamos, que había dos patrias para los españoles, dos para los criollos, una para los extranjeros, ninguna para los esclavos. ¿Y los indios nativos desterrados en su propio solar, sometidos en la boca misma de sus aduares? ¿Tenían patria los pobres, los bravos indios? El Rey les hubo asignado las Reducciones misioneras. Pero éstas se hallaban despojadas de aquel vigoroso carácter de inviolabilidad que los Jesuitas habían logrado implantar al amparo de severas pragmáticas del Consejo Supremo de Indias incorporadas a la Novísima Recopilación.

Es verdad que los impugnadores del régimen mantenido en las doctrinas guaraníes hasta 1767 aluden poco favorablemente al "pupilaje" de las tribus convertidas que las inhabilitaba para la vida libre del siglo. Sin embargo, viendo cómo lo prosiguieron los administradores reales laicos hasta el amanecer de la revolución del año X, nos convencemos sin mayor dificultad de que era un prejuicio colonial difundido por toda América y que sobrevivió a los más justos sostenedores de aquel régimen. Azara se hace cargo de estos hechos y en su "Geografía Esférica del Paraguay" (compuesta en la Asunción en 1790; edición uruguaya de R. R. Schuller, 1904) dilucida con su habitual valentía el problema sin dejar de apuntar el pro y el contra y de sacar consecuencias de veras aprovechables para la historia. Los pleitos que movía el administrador general misionero contra el go-

bernador del Río de la Plata, por viles cuestiones de intereses, arruinaron, dice Azara, a más de la mitad de los pueblos ex-jesuíticos en poco más de 18 años, obligando a los indígenas a desertarse hacia el sur para poblar las ricas campiñas uruguayas y las llanuras santafecinas, apesar de las repetidas ordenanzas reales, algunas de ellas anejas a la de Intendentes de Ejército y Provincia (1782).

Los indios amaban sus Misiones con un cariño que la negra torpeza española de 1750 nunca pudo apagar del todo. Ellos añoraban sus reducciones guaraníticas, y sólo el inapreciable bien de la libertad omnímoda de que gozaron al desparramarse en tierras orientales, les compensó de los dolores de aquella inolvidable separación.

Si por una parte los PP. de la Compañía se opusieron a que los indios se cruzaran con las otras dos razas pobladoras del Paraguay y Río de la Plata, es decir, blancos y negros, poco o nada vale la argumentación que contra las Reducciones Guaraníticas han hecho algunos historiadores amigos traidores de la realidad bien observada. Dícese con aire de lamentación que si aquella cruza hubiese ocurrido, ciertamente la indiada misionera habría sentido una fuerza nueva en sus venas y habría contribuido, con mayor energía, al progreso etnológico americano. El argumento se basa en un hecho parcialmente conocido. Por ventura, ¿los Jesuitas tuvieron bajo su cuidado a todos los indios americanos? ¿No los hubo que durante la hegemonía jesuítica se cruzaron abundantemente con negros y blancos? La historia así lo certifica. Don Félix de Azara, sin ambajes, lo afirma en

varios capítulos de sus obras, donde estudia los motes de "mulato", "mestizo", "pardo", sus semejanzas, sus diferencias, y más que todo esto, las cualidades físicas y morales anejas a cada condición racial. La cruza se produjo antes, durante y después de la permanencia de los Jesuitas en América, porque éstos no tuvieron la totalidad de los indios bajo su patrocinio.

En el capítulo XV de su "Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata" (edición de Asunción de 1896, tomo I), dice el ilustre viajero y comisario de límites de España con su proverbial ruda franqueza: "Como son las ciudades las que engendran la corrupción de costumbres, allí es donde reina, entre otras pasiones, aquel aborrecimiento que los criollos o españoles nacidos en América profesan a todo europeo y a su metrópoli principalmente: de modo que es frecuente odiar la mujer al marido y el hijo al padre."

He aquí un remedo impresionante del estado de los espíritus en el quinquenio que va de 1792 a 1796, años durante los cuales Azara, al volver del Paraguay, observó atentamente los fenómenos sociales del Río de la Plata, en particular Montevideo y Buenos Aires. Más adelante escribe esto: "Apenas nacen, los entregan sus padres por precisión a negras o pardas, que los cuidan seis o más años, y después a mulatillos, a quienes no verán ni oirán cosa digna de imitarse, sino aquella falsa idea de que el dinero es para gastarlo, y que el ser noble y generoso consiste en derrochar, destrozar y en no hacer nada; inclinándolos a esto último la natural inercia, mayor en América que en otras partes."

Había dicho antes Azara que las razas inferiores encontraban en los conventos singular acogimiento y protección contra la misma justicia civil que perseguía con frecuencia sus desmanes. Deja ver esta afirmación que los religiosos eran los naturales, y en opinión de Azara excesivos defensores de indios y negros. Por último, séame permitido aportar otro dato para nuestro juicio posterior y más seguro en este asunto, en el que deberé fundar la tesis del patriotismo americano. "Con tales principios, agrega Azara, no es extraño que (los americanos) desdeñen toda sujeción y trabajo, aun los hijos de un marinero o un artesano, y que no quieran seguir la ocupación de sus padres. Como ven la dificultad de poder subsistir por sí mismos, toman muchos el partido de seguir aquella carrera u oficio que se les presenta más fácil y expedita. Mas no por eso dejan de tener vanidad, ni de desear de obtener empleos por más que aparentan desdeñarlos y agradecerlos poco."

Transparéntase, sin duda, en estas desfavorables impresiones del naturalista español una pronunciada prevención contra los criollos del Río de la Plata. No obstante, es imposible negar la verdad sustancial de sus afirmaciones. No eran éstas en un todo inculpables a los padres españoles de nuestros criollos del siglo XVIII. Había una culpa cuantiosa, abrumadora, en el régimen metropolitano.

Del movimiento científico y político suscitado por la convocación de las Cortes gaditanas de 1812, surgió una densa literatura americanista. Fue el último apretón de manos de la España colonial

hacia su exprimida América. Era ya muy tarde, pero las explosiones de generosa fraternidad de los diputados constituyentes de aquel año, tiene que ser inolvidable para nosotros. De los muchos libros donde la realidad indiana clavaba sus garras apretadas sobre el absolutismo que había tratado tan despiadadamente a las colonias, quiero examinar con apremio hoy las páginas primeras de uno escrito y publicado por aquellos días. Es el *Examen Imparcial de las Disensiones de América con España, de los medios de su reconciliación, y de la prosperidad de todas las Naciones,* por don Alvaro Flores Estrada. La primera edición es de 1811, salió en Londres. La segunda es del año siguiente, y apareció en Cádiz. Las ideas explanadas por Flores Estrada resumieron con singular acierto cuantas objeciones venían haciendo los historiadores antiespañoles, despojando a éstos de la virulencia y de las injusticias acumuladas en sus mentirosas producciones, especialmente el célebre Raynal amigo y colaborador de Voltaire y tan calumniador como éste de órdenes religiosas cuyas actividades en América desconocía y desvirtuaba, empero, sin escrúpulos.

En Flores Estrada, en medio de la viva pasión por la verdad que le anima, encontramos caudal inmenso de información que en algún modo desfavorece la gestión secular de España en sus dominios indianos. Un hálito de serenidad y hombría de bien, de anhelo por acertar e imparcialidad objetiva, se expande en las páginas de su notable ensayo. Censura a los gobiernos monárquicos por haber cerrado a los americanos el

camino de los grandes puestos públicos, el comando de los ejércitos, los estrados de la magistratura, con algunas excepciones que confirman la injusta norma común de aquellos tiempos. Pero mucho más que eso, a fuer de bueno y aun notable economista, censura en su patria la equivocada conducta comercial. Censura el celo de la metrópoli por el adelantamiento de sus colonias. Censura las indecisiones, los retrocesos inexplicables en su política americana. "Para conservar las Américas sometidas, dice Flores Estrada en 1811, el Gobierno Español adoptó la máxima favorita de que se valen los conquistadores, a saber, prohibir todo medio de prosperar, a fin de que los pueblos no tengan recursos con qué contar, si tratan de levantarse. Además de las trabas, que puso a la libertad de su comercio, no permitió a los americanos ninguna fábrica, ni manufactura conocida en Europa, ni tampoco les permitió cultivar ninguna de las producciones que se les podían llevar de la península."

España y sus flotas vinieron, por este medio, a ser meras conductoras al través de los mares, de los productos extranjeros. Ahora bien, como la producción española peninsular era muy exigua y cada vez en menor número de mercaderías, y como el contrabando inglés, lusitano y holandés traía por menos valor lo que tan caro costaba en las bodegas españolas, aun viniendo de esos países, es claro que los americanos comprendieron el ridículo juego de la metrópoli y no tardaron en echar sus cuentas y abrazar cuanto antes una causa que los llevase a librarse de España, onerosa

intermediaria, de su futura prosperidad. Es lo que viene a decir, con esas consideraciones y en otras palabras Flores Estrada. Es lo que comprendieron muchos de los diputados gadinos, demasiado tarde cuando buscaron una reconciliación irreparable.

De manera que el atraso comercial americano, la ausencia de industrias en nuestro suelo y las cualidades restrictivas del régimen metropolitano, retratan de cuerpo entero la situación general de nuestro continente al concluir aquel revuelto siglo XVIII. ¿Cómo no habría de ser tal la generación previa a la independencia, según nos la pinta la pluma veraz de Azara? Este autor brinda a los americanos un consejo algo tardío, porque el ofrecerles la dedicación a las artes y oficios a semejanza de los europeos, tenía la ventaja indudable de la ya relajada severidad "de las leyes dictadas sin vigor de tan lejos, ni las contribuciones que son muy poca cosa", pero, en trueco, la cortapisa previa de una ineducación para tal orientación benéfica. ¿Cómo lograr que mude la corriente que ha sido llevada tres siglos por un cauce de piedra? Azara pedía un imposible. El mal estaba hecho. América sólo iba a atinar con la independencia política; en cuanto a la económica ello sería cuestión de otros dos o tres siglos. He aquí el pensamiento de un notable escritor argentino, poco sospechoso de antiamericanismo, Ricardo Rojas. Acaba de estampar de su puño y letra estas palabras significativas al celebrarse el ciento diez aniversario del 9 de julio de 1816: "La independencia de nuestra América no se ha consumado aún. Habráse consumado, cuando a la soberanía

política se agreguen la emancipación económica y la autonomía espiritual. Seguimos siendo *Colonias* para la industria y el arte".

Como sucede en la aurora de una nación, el pueblo vio que el monarca estaba harto lejos.

La "lejanía" del gobierno central español, por un lado; la demasiada "cercanía" del gobierno virreinal con sus lacras, sus arbitrariedades irreprimidas por los indefensos Cabildos, engendraron el despego criollo hacia la Madre Patria, hacía la "patria grande". Pero esta juventud criolla no alcanzó en Montevideo una supremacía efectiva en el umbral de 1800. ¿Por qué? Porque sus padres no eran viejos muelles y rechonchos, sino hombres de pelo en pecho, decididos sostenedores de la causa monárquica, y además, conocedores profundos del mundo. Eran, muchos de ellos, hombres de mar. Marinos de "Su Majestad Católica", o marinos mercantes, o comerciantes fuertemente vinculados a empresas de ultramar. Cuando sonó la hora de la revolución, la burguesía rica de Montevideo fue adicta a la causa española hasta no poder más. Esta adhesión merecería un análisis bajo ciertos respectos. Los comerciantes rioplatenses estaban en frecuentísimas relaciones con sus colegas de otras partes del mundo. Esto ya lo he demostrado con la amplitud posible en estos ensayos. El doctor Lucas Ayarragaray ha puesto en evidencia los primeros efectos producidos por el estallido revolucionario de Buenos Aires en los ánimos de los hombres de negocios. Yo aspiro a sindicar dos hechos de lo que los técnicos franceses llaman "les dessous de l'Histoire", el subsuelo y los aconteci-

mientos menudos que no serán tenidos en cuenta en las páginas de la grande y general historia de una época, pero cuya resonancia no por apagada es menos significativa para el estudioso de las formas sociales del proceso humano.

En 1782, España hallábase literalmente desconceptuada en el mundo europeo. Su política, sometida al Pacto de Familia; su literatura, a creer las castizas invectivas de D. Juan Pablo Forner en su elocuente y erudita sátira menipea "Exequias de la Lengua Castellana" (1786), "se encontraba en el miserable y lamentable estado a que la habían reducido la vana inconsideración, la barbarie y la ignorancia temeraria y audaz de los escritores de los últimos tiempos"; su milicia, desorganizada y puesta en la picota de las escuelas técnicas europeas enteradas de la ridícula *guerra de las naranjas* en que revistó como "generalísimo" don Manuel Godoy; sus bellas artes, en absoluta decadencia por falta de continuidad y sostén de la luminosa tradición renacentista. En fin, que era menester reemprender una vindicación costosísima del buen nombre de la gloriosa tierra de Fernando e Isabel. Sus enemigos se habían cebado en los flancos de su conducta secular para con sus colonias; aumentaban sus yerros, los ponían en terrible evidencia; multiplicaban los instrumentos de desconcepto, sin encontrar un valladar a sus siniestros propósitos, y sin que los gobiernos recuperasen la serenidad poniendo los hombres competentes en los puestos necesarios... Porque no puede dudarse de que España poseía capacidades técnicas muy altas y abundantes elementos de interna regeneración.

Faltó un vuelco en las esferas superiores de los consejos reales. Las voces de los hombres videntes apenas se oían desde la cámara regia. La estulticia, la adulación rodeaban al monarca, y los hombres de estudio quedaban muchas veces aislados en sus gabinetes. Sus ideas no podían encarnarse en normas políticas. La incompetencia era gubernativa, es hora de decirlo. Además faltaba allí el patriotismo que sabe elegir los buenos ejecutores, aun en las medidas desatentadas. En esta situación España debió afrontar la calumnia exterior que no tardaría en invadir copiosamente sus más apartados Dominios ultramarinos... Y entonces, surgen algunos publicistas que penetrados del daño horrendo hecho por los enemigos de España forjadores de la "leyenda negra", temen por la seguridad del imperio colonial heredado por los Borbones de los Austrias y por los Austrias de los Reyes Católicos... América va a desaprender velozmente la tradicional crónica honrosa de los antepasados. América va a leer las invectivas del abate Raynal, amigo del conde de Aranda (¡ministro de Carlos III!), y allí se ha de enterar con asombro, que la obra colonizadora no ha sido sino una explotación inicua; el régimen comercial, algo inaudito y único en el mundo de los vejámenes; la labor de las órdenes religiosas misioneras, un ejemplo de holgazanería (¿?); y la cultura universitaria colonial, el arquetipo de la rutina escolástica...

Naturalmente, estas afirmaciones de adversario envidioso, concluyeron por ser tomadas entre las clases cultas americanas, como la revelación de

un engaño, como la descripción de un estado de cosas oculto por los dominadores para mantener más tiempo su mano de hierro sobre el Nuevo Continente. Esta es la reflexión que se hará Mariano Moreno a cada paso en los preliminares de la revolución de 1810.

He aquí el título historiado de uno de los más nobles libros apologéticos brotados de la imprenta peninsular a fines del siglo XVIII con el honrado intento de disipar la densa atmósfera formada por la enorme literatura antiespañola de aquellos años: *Reflexiones Imparciales sobre la humanidad de los Españoles en Indias, contra los pretendidos filósofos y políticos, para servir de luz a las historias de los señores Raynal y Robertson: de Don Juan Nuix y Perpiñá. Añadidas por el mismo Autor: y traducidas del idioma italiano al español por su hermano Don José Nuix y Perpiñá, Bachiller en Leyes, Doctor en Sagrados Cánones y Abogado de los Reales Consejos. Cervera,* MDCCLXXXIII. *En la Imprenta de la Pontificia y Real Universidad. Con Privilegio.*" El libro tan bien compuesto como eficaz de Nuix, era ya impotente para detener el formidable aluvión.

España acabaría de perder poco después de esos días, su ascendiente intelectual sobre América. No le bastarían las ampliaciones mercantiles. No le bastarían, tampoco, sus magníficos textos legales. La corriente subterránea de la ideología francesa iba a corroer la solidez del edificio colonial, en cuanto a los letrados; que en lo tocante a la masa popular, ya he dicho en la Introducción de este libro mi pensamiento: América no pudo

ser civilizada en sus campos salvajes, y en estos se crió juntamente con sus tropillas de ganado alzado, la raza campesina gauchesca, iletrada, pero vibrando por su intangible libertad.

Quiso Juan Nuix convencer al mundo de la humanidad y bondad del régimen metropolitano en las colonias indianas, y escribe proféticamente: "¿Pero qué sería si en vez de estar persuadidos de la humanidad de los conquistadores de la América, formásemos de ellos la idea que pretende hacer concebir a todo el mundo los filósofos extranjeros? ¿Qué sería si los indios y nuestros Españoles Indianos adoptasen las precauciones de nuestros contrarios: y que estos españoles viviesen persuadidos de la pretendida fiereza de sus abuelos, que se creyeran hijos de los más sanguinarios asesinos, que no tuviesen en su memoria y delante de sus ojos sino ejemplos de crueldad, de despotismos, de carnicería y de opresión? ¿Qué sería, en fin, si no reinase tampoco en los indios aquella buena opinión de España, sino que se hubiese fijado en su ánimo (según quieren) la opinión de nuestros contrarios? Perdido nuestro crédito, desvanecida la mutua confianza, desatado todo vínculo y roto todo freno: ¿cuáles y cuán grandes calamidades podríamos temer de una y otra parte?" (pág. XVI y sigts.)

Esta perspectiva se realizará en su totalidad como lo había temido Nuix. Su tesis fue muy elocuentemente demostrada en el tratado que dejo referido, pero la corriente no volvió a sus orígenes, ni la difamación detuvo su diluvio. Éste penetró implacablemente en las tierras indianas

y arrancó exclamaciones de reacción antiespañola que conducirían prontamente a la preparación de una ideología revolucionaria en el breve transcurso de quince años. Nuix demostró que la colonización inglesa, francesa, lusitana, portuguesa no era mejor que la española. Vano intento. Pudo agregar el testimonio de Lord Chattam quien llegó a decir según testimonio del historiador H. Scherer que "las colonias británicas de la América del Norte no tienen derecho de fabricar ni una herradura"... Y por eso mismo perdió Inglaterra, antes todavía que España, aquellas posesiones. A España le llegaría el turno.

Mientras este proceso histórico iba incubándose en el seno de la sociedad colonial, juntamente con otras preciosas ideas, como las de federalismo y, sobre ésta, la de autarquía nacionalista mediante la segregación de los virreinatos en soberanías futuras, — el partido españolista montevideano se mantenía con una lealtad inquebrantable al lado de los intereses y aun de los caprichos de la Corona. La revolución vio su terca fidelidad a la península en los días más borrascosos y en medio de las más acedas incertidumbres políticas del Río de la Plata.

Del gremio mercantil montevideano habían salido los entusiastas expedicionarios de la Reconquista. Ante el oprobio de la caída de la capital virreinal sin resistencia alguna, Montevideo, hispano hasta los tuétanos, se irguió firmemente. Los barraqueros dieron sus cueros para venderlos y sacar dinero para la columna libertadora. Los lanchoneros prestaron sus embarcaciones. Las mu-

jeres tejieron vendas. El vecindario no pudo resistir su indignación contra el cobarde virrey refugiado bajo los fuegos de nuestra plaza fuerte, y le silbó e injurió, circundando la casa del gobernador donde se albergaba pareciendo que iba a peligrar la vida del "pobre" Sobremonte... Fue aquella hora solemnísima de la Reconquista de 1806, el momento más espléndido para conocer cómo el Río de la Plata escondía ingente coraje bajo la quietud aldeana de sus poblaciones. Montevideo hasta las invasiones inglesas es plenamente español, mucho más que Buenos Aires.

Pero ocurren los graves hechos de la invasión de Bonaparte a España, y entonces se distingue la evolución de la opinión pública uruguaya. Hay, claro se ve, un sector de juventud varonil que ya no comparte la visión tradicional de sus padres. La disensión doméstica es llevada al campo de la política hecha de conciliábulos y cabildeos. Y no es, por cierto, el nacimiento lo que divide a españoles y americanos, es el sentimiento de arraigo en la tierra. Hay criollos "españolistas". Abundan los españoles que "americanizan"...

La patria se vuelve así una entidad abstracta, románticamente amada por unos o por otros. "Vive más en donde ama el alma que donde anima", dice el clásico, y es verdad. No hay por qué llamar traidores a los americanos que sienten la causa de allende el mar. Menos lo son los españoles que adhieran a la independencia americana. ¡Patria nuestra será aquélla que amemos, y nada más!

EL COLOR DE MONTEVIDEO

Quizá haya sido motivo de una pregunta volátil del lector, esta dedicación mía tan ahincada por Montevideo-puerto, el Montevideo... del mar. ¿Acaso no hubieron gentes que vivieron en la pequeña urbe murada, que en ella nacieron, vivieron, gozaron: que en sus mansiones construyeron ideales y cariños, guardaron celosas los recuerdos viejos y las ansias renovadas de la vida? En una palabra, ¿no tuvo Montevideo habitantes además de visitantes? La trashumancia de sus pobladores o colonos militares concluyó por dar hijos a la ciudad fortificada. Ellos la amaron; la desearon desde lejos si el azar de la existencia los apartó de sus acacias y ombúes. Acabaron, en fin, por ser continuadores de ese tesoro de las razas inmortales que se llama tradición. En 1800 Montevideo contaba casi ochenta años. Había en ella ancianos que vieron la luz bajo los tejados primarios y que recibieron el bautismo del cura Barrales. Predomina, con todo, aun muy entrado el siglo nuevo, el carácter marítimo de nuestra ciudad capital, sólo que sus hijos independientes de 1810 no han sentido la vocación del mar y se retiran hacia el interior. Lástima grande, de veras, este retroceso, pues si en vez de mirar demasiado hacia el terruño firme hubiesen echado sus planes sobre el río y el océano, a estas horas nuestra estirpe estaría impregnada de las audacias de codiciables empresas mercantiles, y no hubiésemos

perdido demasiado pronto las rutas de Ofir y del Catay. Aquellos vascos navegantes que pulularon en el Montevideo de 1800, aquellos otros que junto a algunos criollos exploraron la Patagonia y Malvinas en las fragatas capitaneadas por el brigadier Francisco Javier de Viana en los últimos años del siglo XVIII, los que se armaron en corso y acompañaron a Hipólito Mordeille, y a Echeverriarza y Fournier en sus correrías, fueron maestros de una presunta generación de experimentados marinos que con Murguiondo, Oyarbide y Benito Aizpurúa sondaron el río de la Plata, y sus afluentes, levantando cartas marinas hermosísimas y haciendo el relevamiento de las costas uruguayas. Montevideo, así, fue considerado como sitio predilecto de la marina real hispánica. "Una roca en medio del océano", denomínalo el inglés Davie, lo cual aduce en favor de su aspecto esencialmente marinero.

Pero tanto como hay vocaciones obedecidas, las hay contrariadas. Montevideo se mira poco en su río. Éste la circunda, la adora y besa sus pies. Montevideo como una desdeñosa beldad apenas se asoma a sus playas, apenas acepta estos ardientes galanteos con elegante displicencia. ¡Y pensar que ya quisieran otras ciudades tan gallardo y constante amador!

En cambio, aquel oscuro Montevideo militar de 1800 estaba entregado a las caricias marinas como una gaviota blanquinegra encima de la ola que la empina y columpia. Montevideo ha sido la ciudad de los colores unánimes y monorítmicos. Rojizo era en sus primeros cincuenta años, cuando

los tejados de vivo ocre teñían el ambiente de sus callejas desempedradas tal como las vio el ilustre Bougainville. Más tarde, cuando empezaron las "azoteas", para disputar a Buenos Aires este progreso edilicio, cuando sus calles se fueron pavimentando en un listón central y las aceras eran todavía pequeños corrales amojonados con postes de ñandubay gigantesco, tan grandes casi como las rústicas fachadas la ciudad se oscureció de pronto. Cuando la piedra de las canteras inmediatas a las murallas (donde hoy están las manzanas encerradas por las calles Andes, Arapey, Soriano y Maldonado) surtía de sobra a los constructores de la época, Montevideo cambió de color colectivo. Fue, entonces, la ciudad parda, como si la estameña de los franciscanos del Convento de San Bernardino, hubiese trasegado sus matices penitentes sobre la ciudad militarizada por los brigadieres Lecoq, Orduña y Del Pozo. Los aleros cubrían ampliamente mitad de los veredones, dejando un buen espacio para que se guarecieran de los aguaceros los chapuzados transeúntes invernales. Las gárgolas de inelegantes bocas iban marginando, de trecho en trecho, los lindes de las casas desigualmente enfiladas sobre la calzada. Estos aleros, simple continuación de las media-aguas de las techumbres, ensombrecían agradablemente la senda en verano y daban un aspecto algo huraño al conjunto de la vía pública. El sol, de tejas arriba, triunfaba en su cielo glorioso, pero las mansiones montevideanas tenebrosas en sus interiores, parduscas y recias al exterior, reflejaban el espíritu de severa disciplina militar que imperaba en sus

baterías, en sus fuertes, en sus soldados y milicianos, y, sobre todo, en su leal consigna: *"Castilla es mi corona..."*

Religioso hasta el ascetismo; militar hasta la ciega obediencia en tierra y el coraje del corsario en los mares; mercantil y activo en su puerto hasta tener tribunal de presas, diputado del comercio, y un movimiento intenso en las entradas y salidas de navíos, tal el Montevideo de 1800.

Lo apuntado singulariza no sólo a la almenada ciudad sino a sus cronistas e historiadores de aquel tiempo. No son "memorias" o "diarios biográficos" sino "relaciones viajeras", "notas de excursión". La vida aldeaniega de la pequeña urbe y su puerto no daban lugar a la narración pormenorizada de sus ocurrencias interiores. Queda mejor, mucho mejor, retratada en las impresiones de sus visitantes que, enamorados de su gracia natural y su simplicidad heroica, la van exornando, al través de los siglos, con amables referencias, recuerdos de afectos velozmente fijados al lápiz en los cuadernos de viajes que vieron las humildes posadas familiares o el mesón incómodo y mal alumbrado de las "Cuatro Naciones"...

Del color franciscano del 1800 pasó Montevideo al gris pizarra a partir de 1814, en que sus bastiones empiezan a arruinarse definitivamente. Gris y verde es la sinfonía urbana, pero no ya por la intervención de las notas alegres de sus jardines y huertos de naranjos, sino un gris verdoso de jaramago sepulcral.

Todo el dominio lusitano vio a Montevideo bajo este color ceniza, como un medio luto de su alma

encantadora y discreta. Fue necesario que, a partir de 1829, la patria resurgiera de su letargo para que la ciudad del cerro cónico la imitase y ostentando otra vez colores risueños, virtiese sobre el coronamiento de sus abolidos muros, quintas de albahacas, cercas de glicinas, bóvedas de azahares. Su color entre 1830 y 1850 es el blanco moruno que Sarmiento recuerda en su viaje de 1843 a nuestro puerto, inundado de naves extranjeras, como una plaza marroquí o un trasunto de Orán... Los miradores albos relucen al sol y el verdor de los jardines domésticos regulados por el boj de hoja sombría y menuda, combina admirablemente con las tintas clarísimas que envía al aire la ciudad, siempre de fiesta bajo el raso azul de su cielo, aunque lo disimulen sus cañones que apuntan con fiereza hacia la cumbre enana del Cerrito de la Victoria.

MONTEVIDEO EN EL MAR

I

Cádiz y Montevideo: he aquí dos ciudades a quienes se ha hermanado por la imaginación de los viajeros que frecuentaron en todo el largo del siglo anterior. Dicen que se parecen, y no es extraño. Montevideo fue hechura social, política y mercantil de la siempre joven Gades romana. Heredero el puerto de Cádiz de la magnificencia de las ciudades marítimas españolas del Mar Latino (Barcelona, Cartagena, Valencia), que ofuscaron el brillo de las repúblicas italianas de la Edad Media, padecía en los inicios de la centuria décimonona los achaques de la acerada guerra al inglés, pero se iba reponiendo prontamente en 1804. La ordenación municipal y con mayor motivo la de tejas al mar calcóse en la plantilla de aquel puerto extremo de la Península. Eran Cádiz y Montevideo los dos polos de recalada de las naves de todo el Atlántico austral. Y para que la semejanza en el trabajo y en las glorias comunes se juntara apoyándose una en otra, Montevideo casi presenció en su puerto el preludio tristísimo de Trafalgar. Una primera catástrofe marítima ocurrió en el derrotero Montevideo-Cádiz de las flotas españolas, muy cerca de esta segunda ciudad, como es harto sabido. Con el combate, y el apresamiento que le siguió, de las cuatro fragatas españolas *Medea*, *Fama*, *Clara* y

Mercedes mandadas por el bizarro ex Gobernador de Montevideo don José de Bustamante y Guerra, la tregua de Amiens fue rota injustamente por la orgullosa Inglaterra y enfrente de ella se coaligaron Francia bajo el cetro férreo de Napoleón I, y España desgobernada por el valido Príncipe de la Paz.

Este ataque hecho en plena tranquilidad irritó justamente los ánimos españoles inclinando la corona hacia los Pirineos. Montevideo habíase prestado no pocas veces a servir de asilo a las presas de los corsarios británicos, cuando eran obtenidas en aguas españolas con violación flagrante de la neutralidad ajena. Mencionaré las correrías del navío inglés *Júpiter*, patrullador incansable de la cuenca del Plata hasta la costa de Río Grande, a la caza de navíos franceses que, como el *Duque de Glarenza*, vinieron a dar a Montevideo para desembarco de las tripulaciones (1801).

En octubre de 1804, decía, atacó y venció a la consabida flota de la metrópoli, el comodoro inglés Graham Moore mientras bordejeaba a la altura del Cabo de Santa María, y en octubre también, pero del año siguiente, venció muriendo el almirante Nelson a las armadas de la liga franco-española en el cabo Trafalgar. Por esa época se había desatado una furiosa y desesperada lucha entre ambas entidades de beligerantes en todos los mares y bajo cualesquiera latitudes.

El corso, es decir, la habilitación de las naves mercantes para el combate, con fines de apoderamiento y destrucción, unido a una guerra disgregada de recursos, encendió al mundo en odios

y fue menguada ocasión de hacer flotar sobre las olas airadas banderas de exterminio.

El arrojo humano lució sus más vivos matices y se dieron y aceptaron golpes sin tregua y sin compasión. Las costas del continente negro testificaron enmudecidas estos terribles duelos. Allí, parece, diéronse cita ardidos capitanes de buques corsarios fascinados, además, por el cebo de las presas humanas hacinadas en lóbregas bodegas con rumbo a los mercados de América. En la guerra corsaria de esos años, Montevideo tomó participación esencial. Ni podía esperarse otra cosa de su carácter marinero en sumo grado. "La guerra al inglés", fue llevada desde aquí hasta el África, el Janeiro y el cabo de las Vírgenes. Buenos Aires se eclipsó en este litigio sangriento y audaz; el gremio de ricos mercaderes de su puerto, su vida colonial entre burguesa y aristocrática, no se prestó a lucir habilidades arriesgadas. Algunos bergantines armados allá por orden del virrey, debieron arribar a Montevideo para ser tripulados técnicamente.

Nosotros poseíamos gente avezada a largas travesías, y los más fuertes caudales de la plaza pertenecían a cántabros y gaditanos. Era visible, por otra parte, el enconamiento españolista de Montevideo cuyos vecinos rezumaban fiereza y lealtad a "nuestros buenos Reyes Padres", según la frase auténtica que por esos propios días escribiera don Dámaso Larrañaga.

Concebir expediciones corsarias y emprenderlas, todo fue uno y lo mismo. El gremio de comerciantes, queda ya dicho, con media docena de excep-

ciones era peninsular y bien forradas con onzas narigonas tenía las alforjas de pellejo.

Hombres de alma recia, templados en las austeridades de la mar; religiosos hasta los tuétanos; alternamente osados o discretos, amaban tanto a España, su augusta madre, como a Montevideo, donde vieron reflorecer su carne en la de aquellos que, siendo hijos suyos, engendrarían una nueva patria.

La contribución en buques, tripulaciones y efectos del comandante de la Marina y de la Real Junta de ella, rivalizó con el crecido aporte de los particulares. Para mayor garantía de buen suceso el gobernador montevideano era profesional de la Armada lo mismo que su antecesor: don Pascual Ruiz Huidobro.

Desde el año 1803, era uso armar buques en corso en el puerto montevideano. Es conocido el caso de la fragata *Nuevo Matamoros*, propiedad de Mateo Magariños, quien la hizo armar en corso para la travesía atlántica a Cádiz, en junio de aquel año llevando 24 cañones de marina.

A fines de 1804 el corso en el Plata se apresuraba a inaugurar el año próximo con una serie de gloriosas andanzas marinas, en las que los mercaderes veían pingüe provecho tanto como la vanidad del triunfo.

Y así fue. En 1805, Montevideo anidó a "aquellas águilas de mar" de que habla Groussac, y rescató para sí los lauros de los navegantes salidos de su rada en busca de presas y botín.

De las muchas fragatas corsarias españolas operantes en los mares del Sur en el transcurso de

1805, recordaré aquí: la *Nuestra Señora de la Concepción*, alias *Reina Luisa*, cuyo apoderado fuera el gaditano don Carlos Camusso: el bergantín *Nuestra Señora del Pilar;* la goleta armada en corso y mercancía *Nuestra Señora de Aranzazú;* la fragata nombrada *La Dolores*, alias *La Reparadora;* la fragata nombrada *San Fernando*, alias el *Dromedario*, y las goletas *Diana* y *La Ligera.*

El bergantín *Nuestra Señora del Pilar*, estaba comandado por don Antonio Andreu, tenía 35 tripulantes, 4 carronadas del calibre 18; 10 del de 9; y 2 del de 6; y 150 toneladas de registro bruto. En Montevideo se le dotó de tripulantes. En su primera salida registró un incidente curioso con la sumaca española *Nuestra Señora de la Paz*, a la cual, por no traer pasaporte, apresó y condujo a este puerto desde la altura de Punta Carretas. La sumaca salida de la Bahía de todos los Santos arribó a Santa Catalina acosada por los piratas ingleses, los cuales sospechando fuera de nación española no la perdieron de vista; así que al salir de la mencionada isla con el objeto de eludir un comprobante de su origen hizo marchar los papeles autenticadores por tierra, desde el Río Grande hasta el Cerro Largo, por mano de un cuñado del capitán.

La goleta *Nuestra Señora de Aranzazú* tenía por comandante a don Francisco Mariano de Oñaete y solía navegar entre Montevideo y Tenerife (octubre de 1805). La *Dolores* era un poderoso navío piloteado por el francés don Estanislao Couraud, y registraba 250 toneladas. Este buque realizó una hazaña que es inexplicable haya permanecido un

siglo oculta al conocimiento de los historiadores, y que basta por sí sola a producir pasmo y admiración hacia el intrépido marino que la llevó a victorioso término.

Saliendo la *Dolores* de Montevideo el 23 de junio de 1805 volvió el 7 de octubre de igual año conduciendo cuatro buques presas de nación británica. Eran: las fragatas *Clarendon* de porte de 24 cañones y carronadas de calibre 18; *Active;* de porte de 22 siendo 9 de ellos de pulido bronce; y la *Rebeca* de porte de 18; y el bergantín *Wollan* de porte de 14 cañones de a 12. La noticia circunstanciada y sencillamente heroica que el capitán Couraud dio de su empresa fue tomada con puntualidad en la Comandancia de Marina que la dejó perenne en el "*Libro maestro* de entradas de embarcaciones apatentadas...", manuscrito que es un semillero para el conocimiento verídico de los anales marítimos del Río de la Plata, y cuya publicación íntegra no debía hacerse esperar en un país cuidadoso de sus fastos.

El 1º de setiembre de 1805 hallábase Couraud con su fragata lista para evitar cualquier sorpresa, en las inmediaciones de la rada de Cabinda, y a las tres de la mañana alzó velas para Mallemba (como la anterior, en la costa africana, Angola portuguesa) donde sabía fondearon anteriormente los cuatro buques luego apresados, merced a informes de una goleta americana. A las siete dio órdenes de atacar al confiado enemigo, el cual no pudo variar de posición porque la brisa reinante se lo impidiera.

De los cuatro barcos ingleses, que tales eran sus respectivos pabellones, tres estaban ensenados en Mallemba: el *Clarendon*, en el cabo del Oeste; el *Active*, al sudeste del mismo, distante un cable y medio y el *Wollan*, al Noroeste igual distancia hacia el Sur; y por último, la *Rebecca* enfilaba al Norte de los otros dos primeros conservando idéntico ángulo. Couraud ordenó sin pérdida de tiempo, una vez arribado al escenario predicho, el abordaje al *Active* que hemos visto ocupaba el centro, porque se había enterado de que sus baterías abrirían el fuego en breve, estando abiertas. Hizo subir los grampines y a las nueve de la mañana dio las señales yendo franceses y españoles al abordaje logrando en este primer ímpetu subir algunos marineros entre el palo mayor y el de mesana del navío apresado; pero éste los rechazó por dos veces consecutivas en las cuales la *Dolores* perdió ocho hombres entre muertos y heridos. Como la rendición se tardaba y era algo peligrosa cualquiera dilación en aquella circunstancia, el comandante Couraud dispuso se pasaran del lado de la pelea cuerpo a cuerpo 3 cañones con igual número de carronadas que se habían desmontado, y así se inició un fuego incesante hasta las diez y media en que la bandera inglesa del *Active* fue arriada por los suyos. El navío vencido estaba deteriorado al perder toda la verga mayor y la maniobra principal. Se trasbordaron los prisioneros, y se inició la caza de los buques que intentaron la fuga a la desesperada, aunque en vano, porque a las 3 de la tarde quedaba un solo buque inglés sin apresar. Couraud despachó a esa hora

la lancha con un cañón y los oficiales correspondientes para marinar las presas con orden de reunirse a ellas el corsario y darle presto alcance, reunión que no se cumplió hasta las nueve de la noche en que, ya cercano al enemigo que huía con las farolas apagadas rindióse éste sin batallar, y fue tripulado por la gente de Couraud. En el correr de la noche la *Dolores* procuró repararse de las averías sufridas en el palo de mesana y en el bauprés.

El día dos de setiembre, a las 2 de la mañana, a una distancia de dos leguas y media del puerto de Loango, avistaron los vencedores otras cuatro fragatas inglesas pero la situación de la *Dolores*, harto crítica por la inferioridad guerrera, no le permitió reconocimiento alguno.

Satisfechos los corsarios de su hazaña, continuaron el viaje de regreso que habían emprendido, convoyando sus presas, y al alejarse de la costa africana enderezaron las proas hacia el Río de la Plata adonde llegaron con un cargamento de humana mercadería yacente en los buques rendidos. Eras los mediados de setiembre de aquel año. La *Dolores* traía herido a su bordo al segundo comandante.

II

Couraud, el héroe de la *Dolores*, fue durante mucho tiempo compañero y subordinado de otro marino con quien había salido junto en el viaje recién terminado, y que por aquellos días había de adquirir fama dignísima, como para que la posteridad lo inmortalizase.

Me refiero concretamente a Monsieur Hipolyte Mordeille, conocido en el Plata como hábil conductor de buques negreros.

Paul Groussac, con ayuda de un antiguo mecánico de la flota francesa, Mr. Benoist, ha develado en algo el misterio de esta singular personalidad del siglo pasado, digna de ser cantada por Byron y aun más por su propio conterráneo el marsellés José Autran, autor inspirado de los cantos elegíacos de la *Mer* (1838).

Pero aunque el ilustrado historiador de *Mendoza y Garay* nada hubiera averiguado del corsario franco-hispano, yo lograra recónditas noticias acerca del mismo.

He aquí, por ahora, la información novedosa de Groussac: "Francisco Hipólito Mordeille nació en Bormes, departamento del Var, en 1785, —probablemente en los primeros días de mayo:— la partida de bautismo que lleva la fecha del 6 de dicho mes, constata era hijo legítimo de Salvador Mordeille y de María Lucía Cauvet. Navegó desde la infancia, y fue inscripto el 6 de setiembre de 1790, en la matrícula marítima de capitanes y patrones de Marsella. En ese mismo año viajó a la isla de Francia como patrón de la polacra *Luisa Antonieta.* Recibió la insignia diplomada en 1792, tomando la dirección del *brique Brave Sans Culotte* que hizo el crucero en las costas de España. Capturado por una división naval española, al cabo de varios días logró adueñarse del navío enemigo en que él y su equipaje estaban prisioneros, y ganó la mar escapando a toda persecución. Este rasgo de valentía y habilidad le atrajo la atención

de los armadores de Marsella que desde entonces disputáronse sus servicios. Provisto de cartas de patente que legalizaban el corso asimilándole a los actos de los beligerantes, Mordeille comandó sucesivamente los *briques* corsarios *Revolution* y *Concurrent* que, no sin gloria y provecho, combatieron a los ingleses en el Mediterráneo."

"Capturado en uno de sus cruceros, después de un abordaje en que un hachazo le trozó la mano izquierda (de dónde el apodo de El Manco, más tarde popular en el Plata), padeció en los pontones de Portsmouth un largo y duro cautiverio que sedimentó en su corazón un odio tenaz contra sus carceleros".

Libertado al fin, trasladóse a Marsella, su residencia, donde casó con mademoiselle Rebullet de la cual tuvo varios hijos. Pero el alma bravía y aventurera del inquieto marino no se adormeció en las dulzuras del hogar, y al cabo de pocos meses reemprendió sus correrías que eligieron, esta vez, por teatro el mar de las Antillas. En el bergantín denominado el *Caribe* Mordeille llenó de zozobra a las flotas coloniales españolas y británicas, al punto que Inglaterra abrió en los congresos europeos una campaña porfiadísima en favor de la abolición del corso en aquella zona marítima. El envío sucesivo de buques ingleses cazadores de corsarios, obligó a Mordeille a esquivar su inminente caída en manos de sus implacables enemigos, y emigró, luego de una estadía breve en Marsella, hacia los mares del Sur donde la guerra de recursos los ofrecía más asequibles, disminuyendo los riesgos.

Asociado a ricos armadores españoles y franceses, equipó ágilmente un nuevo buque y abrió sus campañas en las costas del África de regreso de las cuales habría de recalar en Montevideo. El 2 de enero de 1804 entraba en este puerto comandando la polacra holandesa *Hoop*, con procedencia de la Ciudad del Cabo donde residían los agentes de los señores Rivert y Compañía que poseían también agencias en Marsella y Cádiz.

Poco después, exhibidos y dados por buenos sus pasaportes de sello neerlandés, abandonó el Apostadero la expedición para regresar en abril, trayendo en rastra al navío inglés *Neptuno* apresado frente a la costa de Buena Esperanza. Enterado el virrey de Buenos Aires del hecho, intimó a Mordeille su retiro de las aguas jurisdiccionales españolas acompañando una formal prohibición para vender o negociar la presa conquistada, a pretexto de la neutralidad del reino en la guerra de Albión contra Francia.

Pues he aquí que Mordeille retorna al Plata seis meses después, trayendo una novela de fantásticas y verídicas hazañas que sería descubierta mediante las averiguaciones del implacable funcionarismo colonial, en un proceso cuya copia ha llegado a mis manos.

En efecto, el 19 de noviembre de 1804 entra a la rada exterior de Montevideo, en la polacra nombrada la *Ligera* seguida por la goleta *Diana*. Apenas se les dio entrada de práctica entraron en vehementes sospechas los jefes del Puerto y Resguardo acerca de la clase de buques y naturaleza del tráfico del marino francés. Reconocida

la *Ligera* resultó ser la *Hoop* salida el 5 de mayo último con rumbo, según confesión del capitán, hacia la Guayana francesa. Ahora venía con nombre distinto y acompañada de otra nave que parecía haber sido tomada a viva fuerza en alta mar y a la cual su capitán llamaba "La Diana".

El 21 de noviembre se concretaron aquellas sospechas en forma que el gobernador pasó nota al oficial de Órdenes don Tomás Blanco Cabrera dándole a entender la permanencia a bordo de las dos naves, de varios desertores que se profugaron de las dotaciones de la Armada Real, en particular de las fragatas *Astrea* y *Asunción*.

Según las instrucciones los mencionados marinos debían ser aprehendidos, y como el caso se prestaba, disponían se abriese la correspondiente información sumaria bajo las fórmulas de ordenanza a fin de esclarecer los desertores, buque en que tomaron partido, sueldo y enganchamiento que se les ofreció, parte del capitán corsario, cómo se llamaba el barco; con qué bandera y adónde navegaron; acaecimientos durante la navegación; si hicieron corso o crucero y si en ellos tomaron presas; si fondearon en puertos o abras del Brasil; si saben a quién perteneció y de qué persona era la esclavatura traída a bordo, y singularmente, bajo de juramento religioso y de fe monárquica, que dijesen cuanto supiesen sobre la naturaleza y circunstancias "de las dos expediciones" (se refería a las de mayo y noviembre así como a los "dos" buques entrados).

La sumaria llevóse a cabo en todas sus partes en la conjura del silencio oficial decretado para

actores y testigos, pero ya es sabido que la pequeñez de Montevideo, (12.000 habitantes), y el número de complicados, según se verá, en los negocios ds Mordeille, tanto aquí cuanto en Buenos Aires, impidió el designio de la autoridad.

El proceso se abre con una declaración, la primera hecha por don Hipólito Mordeille al arribar a las playas uruguayas el indicado 19 de noviembre del año 1804; la declaración es del 21. En ella se afirma esencialmente lo que sigue: la *Diana* es bergantín francés, según su bandera lo indica, sus dueños los señores Ribert y Compañía del comercio de Cádiz; ciento veinte toneladas de registro; 22 tripulantes; "y que habiendo salido del Cabo de Buena Esperanza el 2 de agosto último, dirigiéndose a San Pablo de Loanda en la costa de Angola, llegó el 5 de setiembre, compró 105 negros con los cuales se dirigió a este puerto el 20 del mismo mes, siendo dicha esclavatura de la misma propiedad que el buque y consignación de don Juan Antonio de Lezica": que no tuvo otra novedad que la muerte de dos esclavos: que llegó a Villanueva el 26 de octubre en las costas del Brasil para hacer agua y que salió de allí el 2 del corriente noviembre de 1804. Como el capitán del puerto le preguntara por qué iba el buque armado de dos cañones, Mordeille afirmó no ser corsario sino particular "y que no había hecho corso alguno".

Declaración en todo semejante a la de Mordeille dio su compañero Juan Beaulieu, capitán de la *Ligera* que entró el mismo día en puerto.

El capitán don Juan de Vargas, encargado del sumario, declaró al gobernador esto, vistas las declaraciones concordantes de los dos marinos franceses: "Las circunstancias de ser ellos los mismos que en 21 de marzo y 5 de mayo últimos salieron de aquí mandando la corsaria holandesa *Hoop*, que acaso es la misma *Ligera*, para la costa de África y la presa inglesa *Neptuno* para la Cayena con el nombre de *Águila*, que como V. E. sabe se presentó el 22 de marzo sin bandera y a la vista de la ensenada de Barragán donde entró seguidamente, y varios otros datos con que me hallo para estimar muy atendible la arribada de ambos buques, presente la Real Orden de 24 de abril último (1804), que V. E. se sirvió comunicarme en cinco de setiembre, —me han decidido a mandar se forme cierta Información Sumaria..." Se tomó declaraciones formales a los seis marineros y carpinteros prófugos, compañeros y subordinados de Mordeille y Beaulieu.

Cuanto ellos afirmaron se contradecía palmariamente respecto de los asertos de sus jefes, que quedaron descubiertos en flagrante delito de embuste y ocultación. Eran más los desertores, pero según declaración de los marineros, Mordeille y Beaulieu echaron a tierra en Río Janeiro y algún otro puerto del Brasil a varios descontentos. Se le pagaba veinte pesos por mes a cada marinero y, además, se estipularon suplementos según los azares del corso, que duraría tres meses cabales.

Salvo diferencias de detalle originadas por la mayor o menor memoria retentiva de los marineros, los seis declarantes concordaron en sus palabras, las caules resumidas en breves líneas son éstas:

Que salieron de Montevideo en la *Hoop* con destino al cabo de Buena Esperanza; que de allí navegaron por la costa occidental africana con el fin nítido de hacer el corso contra las embarcaciones inglesas negreras que la frecuentaban; que a los 24 días sin hallar buque enemigo arribaron a Loanda, donde estuvieron ocho días. Luego que estaban en la mar libre, se encontraron con el bergantín inglés *Diana*, al cual dieron caza sin lograrlo en todo el día "por andar mucho más, particularmente con la calma que reinaba, la que al anochecer le obligó a dar fondo por no irse a la costa, y armando la polacra, todos sus remos, consiguió abarloarse con él a la una de la noche, tomándolo después de algunos cañonazos". Apresado el bergantín se le llevó a San Pablo de Loanda por segunda vez, continuando el corso con los prisioneros, que eran cerca de treinta hombres, a bordo de la polacra. Una vez en Loanda, la *Diana* cargó negros a cambio de los géneros que llevaba de Plymouth, su puerto de origen.

La campaña había durado seis meses completos y al entrar por los cabos de la costa uruguaya, Mordeille adoctrinó a sus tripulantes para que "por ningún pretexto dijeran que aquel bergantín era presa, y sí comprado en el Cabo de Buena Esperanza". Este último pormenor fue ampliado por los otros marineros desertores, quienes aseguraron que al llegar la *Diana* a la altura de la Punta de Carretas (Punta Brava), el capitán Mordeille los confinó en la bodega, pues se acercaba la falúa de la Comandancia, y que procuró no ostentar tan crecida tripulación.

Alonso Pérez, por ejemplo, ratificando las aserciones de Martínez, esclareció el derrotero de los corsarios entre quienes fuera, y dijo que desde Montevideo hacia el Sud de África se encaminaron antes a los 21 grados de la línea equinoccial, de donde pasaron a reconocer la Isla de la Ascensión en cuyas inmediaciones registraron a una fragata americana que dejaron libre prestamente; que después de ir al Cabo y salir de él pasearon la costa de África en los parajes Mina, Loanda y Río de la Rivera, apresaron la *Diana*, intentaron otro abordaje a un buque inglés que les falló por el cable atado al arpón, ni más ni menos que si se tratase de una ballena...

La fragata se juntó a un bergantín inglés, los cuales también empezaron a tomar disposiciones desde lejos para volver y contraatacar, por lo cual la *Diana* y la *Ligera (Hoop)* resolvieron abandonarles aquellas aguas. Se convocó Junta de oficiales, la cual acordó unánimemente tocar en Brasil. Los dos corsarios se habían separado y en Río Grande se reunieron.

Es tal el embrollo con que procedían Mordeille y el núcleo de sus oficiales escogidos, que a la comandancia del Apostadero le costó una pesquisa de ahincado esfuerzo para desentrañar la madeja y el sentido de tan laberíntico paso. Viajaban con tres patentes: francesa, expedida en Marsella; genovesa, expedida en la misma Génova mediante un capitán Spino, consocio de Mordeille; holandesa, expedida en el Cabo de Buena Esperanza por el mismo Gobernador de la Colonia.

Las declaraciones anteriores que se han resumido y el hecho indudable ya de las varias patentes marítimas acompañadas de cambios inexplicables de pabellón, alarmaron a la autoridad, la cual dispuso se revisasen los Libros Mayores de entradas y salidas del puerto, para que con ellos a la vista se cotejase lo declarado antes y lo después por los extranjeros.

Así se hizo y el resultado fue que don Fernando de Soria Santa Cruz, Capitán de Fragata graduado de la Real Armada en el Puerto de Montevideo, certificase el 29 de aquel noviembre que Mordeille entró en este puerto a bordo de la polacra holandesa *Hoop*, armada con cuatro cañones, el siete de enero de aquel año 4; que trajo mandada por Juan Bautista Supar la fragata presa inglesa *Neptune*, la cual fondeó el 21 de enero, y que salieron en 5 de mayo.

Estaban, pues, descubiertos los corsarios por lo cual, pocos días antes habían sido reducidos a estrecha incomunicación a bordo del correo de S. M. C., llamado el *Fuerte*.

Entonces, apremiado por las contradicciones verbales y morales en que se veía envuelto, el astuto marsellés abrió la retahila de escritos jurídicos que esmaltan su proceso. Once representaciones entregó a la voracidad curialesca de sus jueces y fiscales, la mayor parte de ellas redactadas en presencia de sus amigos los comerciantes don Carlos Camusso y don Antonio Masini y de su conterráneo don Mateo Andrés Cavaillón, quien desde el 9 de abil anterior desempeñaba el oficio de apoderado. Cavaillón era marino también y man-

daba el navío francés el *Ligero,* residiendo a la sazón en Montevideo, donde se establecería hasta su muerte, después de haber alcanzado el título de Cónsul de la Restauración francesa en 1820.

Se dispuso, visto lo visto, el riguroso inventario de las dos embarcaciones detenidas, y como del inventario, minucia por minucia, realizado ante escribano, aparecieron diversos papeles en varios idiomas, sobre todo en francés, encomendáronse las traducciones a Blanco Cabrera y a otro compatriota de Mordeille llamado don Luis Godeffroy, simpático sujeto residente también en Montevideo, entre cuyos hombres de notoriedad viviría con general estimación hasta después de 1830.

La diligencia anterior se hizo bajo el título de "Inventario y Relación de los Papeles hallados a bordo del bergantín la *Diana* del mando del ciudadano Mordeille, con cuya asistencia firma, por el Señor Oficial de Órdenes, a presencia de mí el Escribano".

Veinticuatro eran las piezas encontradas y clasificadas. De ellas las veintitrés primeras son papeles públicos y privados; la última contenía los materiales de marina hallados sobre el barco, como ser, trinquetes, escotas, chafalotes, vergas, velas, masteleros, botes y lanchas, banderas españolas, francesas, portuguesas, holandesas, fusiles, cartuchos, hachas de abordaje, cables y demás enseres de marina.

Vamos a examinar la copiosa y sugestiva documentación, poseídos de la misma curiosidad que los inspectores coloniales.

El primer papel que se nos brinda es el "Diario de Navegación" de los últimos viajes del corsario. En su primer folio, hay un sello con un mote confuso y el siguiente escrito a continuación: "Certificado de propiedad. — Yo el residente de la República Francesa en la Colonia Holandesa del Cabo de Buena Esperanza, declaro que el capitán don Hipólito Mordeille ha comprado a los señores Tumbock e hijo, el bergantín la *Diana* de porte de 220 toneladas que debe salir para la costa de Angola a hacer en ella tráfico de negros y conducirlos a Montevideo, en el Río de la Plata, paraje de su destino. — Suplico a todos los comisarios, Agentes y residentes, y a todos los buques de la República Francesa le faciliten auxilios con asistencia de la... como Francés. En el Cabo de Buena Esperanza a veinticinco de Julio de mil ochocientos cuatro.— (Firmado): *Juan Bruis*. Tiene un sello de lacre con un ancla y un mote que parece dice: El Águila de Córcega".

Otro de los documentos de pasaportes está expedido por el propio Napoleón Bonaparte en su calidad de Primer Cónsul de la República Francesa, empezando así: "A todos los que la presente vieren, salud". Allí se hace saber que el buque la *Ligera* matriculado y domiciliado en Marsella se construyó en Baitía de Córcega el año 1786, fue traspasado a Marsella el cuatro Ventoso del año V de la República, perteneciente a los ciudadanos Ribet, sobrino y Compañía. Por este papel sabemos que la *Ligera* (o sea, la "Hoop" famosa), tenía tres palos, sesenta y ocho pies de longitud, su manga de veinte pies. Se le daba permiso para viajar entre Marsella y la Isla de Francia.

Del "Diario" de Mordeille entresacamos la parte desconocida aún a esta altura del estudio. Una vez en Loanda, dice "Del sábado ocho al domingo 9 de Septiembre. — Viento; casi calma toda la tarde: a las cinco vimos un bergantín que iba viento en popa sobre la costa; a las siete fondeamos en calma en siete brazas de fondo de lasca y arena; a las cinco de la mañana dimos la vela y empezamos a dar caza a dicho bergantín que también había fondeado, mareando él también luego que vio que le dábamos caza, la que continuó toda la mañana. A las diez largó su bandera inglesa y nosotros la portuguesa, y continuando la caza, navegamos a lo largo de la costa por tres o cuatro brazas de fondo, con viento al Sur bonancible, y quedando al medio día como a distancia de dos leguas del bergantín. Del domingo 9 al lunes 10 de setiembre. — Continuamos con el viento del Sur fresquito y el bergantín como a distancia de dos leguas por haber calmado a las cinco y media. Armamos los remos dirigiéndonos siempre al bergantín del cual estábamos a las diez a tiro de fusil: y hallándose fondeado picó su cable para salvarse, pero como nosotros bogábamos como leones rompió él el fuego de su artillería, contestándole nosotros con la nuestra y con la fusilería. A las diez arrió sus velas, e inmediatamente fue abordado el chinchorro con seis hombres y un oficial para apoderarse del bergantín, con el que fondeamos al Sur del Cabo Padrón a distancia de cuatro leguas".

Un cuadernillo hacía constar que Antonio Sobrino, Juan Lisboa y Pedro Pereyra, portugueses los tres de Loanda, vendieron esclavos a Mordeille.

El documento inventariado bajo el Nº 13 es una carta de Mordeille al Gobernador de la Colonia del Cabo, y en ella se reduce a participarle sus primeras expediciones a la costa del África, el apresamiento de los buques ingleses *Neptuno* y *Adriane* proponiéndole al mismo tiempo las fuerzas corsarias que se necesitaban en ella para destruir y apresar el tráfico de los buques ingleses, cuya cantidad individualiza en cada uno de los parajes conocidos.

Mordeille había escrito también a sus armadores Ribert y Compañía en Cádiz, desde el Cabo, y su contenido es éste: "El cinco de mayo último salí de Montevideo para mi segundo crucero, y a los once días de mi salida, recibí un golpe de viento que estropeó completamente mi velamen y maniobra del que me libertó mi numerosa tripulación, no habiéndose jamás hallado la *Ligera* en semejante temporal en la quinta vez que ha conservado el paralelo del Cabo de Buena Esperanza. Cuarenta y tres horas después me dirigí, por haber calmado, a la isla de Santa Elena, sobre la que crucé cincuenta y ocho días sin ver más que dos buques americanos que venían de Batavia. Falto ya de víveres, no quise prolongar mi crucero, no quedándome ya más que doce días de provisiones y contando diecisiete de estar a ración de pan y agua, por lo que preferí arribar al Cabo de Buena Esperanza, fondeando en falsa Bahía el siete del corriente, donde renové mis víveres para dos meses para mi tercer crucero. Los señores Martín y Claris me han provisto la suma de cinco mil ochocientos treinta rigdales, y dos mil seis-

cientos pesos para los préstamos de un mes que me he visto precisado a dar a la tripulación; y debo salir sin falta pasado mañana a mi crucero sobre la costa de Angola, el que espero sea más feliz que el segundo, dirigiéndome seguidamente a Montevideo". La carta anterior estaba sin firma y es también de 1804 como la que va a leerse ahora dirigida a su esposa Madame Rebullet de Mordeille, en Marsella. "Montevideo, Noviembre de 1804. — Mi querida y buena consorte: La fortuna me ha sido en esta guerra favorable aunque con riesgos y trabajos, deseando sólo el verme al lado tuyo y el de nuestros queridos hijos para no volverme a separar de vosotros. Por razones que no puedo decirte en mi carta, me ha sido preciso hacer otro crucero en la costa de Guinea con la misma polacra, saliendo el 5 de Mayo..." y así continúa como es sabido, con la relación de sus hazañas recientes, además de la paladina declaración de ser corsario y haber apresado la *Diana* en la forma confesada por los marineros y demás documentos esclarecedores sacados a luz. La carta termina de este modo: "No puedo decirte cuánto deseo, y sólo sí que estoy contento de mi suerte y que a mi llegada aquí he leído con la mayor satisfacción tus cartas".

Otro papel consular hallado en el archivo del barco embargado, sirvió para establecer con mayor exactitud el itinerario de Mordeille, pues, al salir de Marsella para el Sur el cónsul francés en Cartagena, pide que se le dé paso libre, por mar, hasta Cádiz. (26 Mesidor, año VIII de la República Francesa).

Mordeille en sus correrías por las Antillas, teatro inicial de sus hazañas americanas, apresó con su bergantín el *Caribe* a un buque inglés, del cual extrajo a la oficialidad a la que trató caballerescamente, al punto que uno de los prisioneros británicos, capitán de la 42ª Brigada de Infantería, lo recomendó desde Cartagena, puerto de arribada, al gobierno inglés en la persona del primer ministro lord Pitt. Este singular documento pertenece a marzo de 1789 y se clasifica entre los de la primera campaña del corsario.

Mordeille había pedido en su primera representación (noviembre 22), que se le permitiera en una lancha transportar la esclavatura que tenía en las bodegas de su barco a Buenos Aires, pues era consignación de don José Antonio de Lezica. Al primer momento Ruiz Huidobro pareció condescender pero luego, tal vez aconsejado, desistió de ello, porque en posteriores papeles el detenido protestó con toda energía de los perjuicios que se le seguían con el mantenimiento de aquellas docenas de pobres negros consumidores y no productores. Por fin, se autorizó a Mordeille para que fueran llevados al Miguelete bajo la garantía personal de don Antonio Masini, quien tuvo a su cargo la alimentación de tan grande número de estómagos.

En su segunda declaración oficial, Mordeille, convicto y confeso de corso, hizo paladina exposición de sus viajes. Con todo, ocultó buena parte de ellos, y solamente en el tercer escrito (1º de diciembre) levantó por sí el resto del velo misterioso de todas sus campañas. Por eso es que dijo

que "deseoso de dar una prueba nada equívoca de la legalidad con que me he manejado en el presente asunto, dar una idea de los justos estilos con que he operado y poner de manifiesto igualmente cualquier procedimiento aunque sea contra mi persona, con tal que sirva a esclarecer la causa de que se trata, he determinado hacer una relación sencilla de todos los hechos acaecidos en mi expedición desde que salí de este puerto hasta la época presente, en que se me sigue esta causa de oficio asegurando bajo la religión del juramento, ser cierto y verdadero todo cuanto paso a exponer". — Luego relata los hechos conocidos ya, y en cuanto a su llegada a Montevideo declara: "bien consideré que no podía introducir la presa en este puerto como neutral, principalmente habiendo tenido el ejemplar de que no me fueron admitidas las que anteriormente había metido en él, y con el deseo de evitar perjuicios a los armadores, lisonjeados al mismo tiempo de sacar de mi presa el interés que podía esperar de ella, de acuerdo con toda la tripulación determiné dirigirme a este puerto, disfrazando el apresamiento y representándome con mis buques como embarcaciones mercantes, considerando que en esto no podía haber perjuicio de tercero, mediante a que el apresamiento fue hecho con todos los títulos legítimos, y guardando los requisitos y leyes del corso:...". Este largo escrito cuya sustancia está en el párrafo copiado, pues el mismo argumento se repite a cada página, fue firmado y ratificado en la fragata *Asunción* de la armada española de guerra, adonde habían trasladado a Mordeille.

El 5 de diciembre salió el cuarto escrito, con quejas sobre su prisión y la privación de sus bienes en el mar, donde corrían inminente e irreparable riesgo.

Hacía valer Mordeille, y por cierto con una verdad que él mismo demostraría con la pérdida de su vida, que no era enemigo de España sino aliado, y que la ruina de ese aliado no podía convenirle a la Corona de S. M. C. "La piedad del soberano, escribía, debe resentirse de la pérdida de un aliado con todos los despojos que ha hecho al enemigo".

Pero el proceso siguió su curso imperturbable. Mordeille presentó nuevos escritos hasta llegar al total de once, en los últimos de ellos se ve pintado el despecho y la amargura en la inacción. Enfermó, le visitó el Licenciado Molina y pudo constatar un ataque de insuficiencia renal unido de grande abatimiento interior de aquel espíritu nacido para la lucha viril en medio a los mayores contrastes de la naturaleza, y a quien las pequeñeces escribaniles ahogaban materialmente.

Se le dio, por dictamen médico, libertad condicional, con la ciudad por cárcel. Salió como fiador su grande amigo y asociado don Antonio Masini, quien le alojó y cuidó con afabilidad y procuró allanarle el camino. Mordeille, compadecido del arresto de su teniente Mr. Beaulieu, pidió también para él libertad condicional, la que fue concedida. Habían sufrido una prisión de 25 días.

El 19 de diciembre, al mes justo de su llegada al puerto montevideano, Mordeille, impaciente, pide se le permita abandonar a éste, en el caso que los trámites judiciales se prolonguen porque

son muy valiosos los intereses confiados a sus manos.

Este escrito pasó a informe del Promotor Fiscal, que lo era entonces el joven abogado doctor Nicolás de Herrera. Éste se expidió el 3 de enero de 1805 (el escrito de Mordeille era de diciembre 15), y de modo nada favorable para los expedicionarios. Resumido el hecho de entrar al puerto en la forma sabida, Herrera agrega: "Conoce desde luego este Ministerio que aunque la conducta de estos extranjeros no ha tenido la tendencia a alguno de esos delitos que han querido precaver las leyes y las ordenanzas, que fulminan tan graves penas contra los Capitanes que navegan con dos Patentes, o hacen uso de banderas de diferentes Naciones, es, independiente de esto, muy reprensible, y por el atrevimiento de venir a engañar a este Gobierno con papeles falsos y simulados para eludir una de sus más críticas disposiciones cual es la prohibción de vender en nuestros Puertos de Indias las presas hechas a las Potencias Neutrales, cuya infracción es por sí muy bastante a excitar los resentimientos de la Gran Bretaña y comprometer los respetos de Gabinete Español. En este concepto, es de dictamen el Abogado Fiscal... que después de imponer a estos franceses las penas arbitrarias que V. S. juzgue condignas a la simulación con que han tratado de sorprender a este Gobierno, valiéndose de unos arbitrios reprobados por las Leyes de todas las Naciones, se expidan las providencias oportunas para que salgan inmediatamente de estos dominios con sus embarcaciones y cargamentos, y con aquella ejecución

con que procede la Comandancia en asuntos de esta naturaleza. Con cuyo arbitrio se dejan ilesos los respetos debidos a la alianza y a la neutralidad de las dos Potencias beligerantes; queda satisfecha la respetable autoridad del Gobierno desacatadamente ofendida, y castigada la audacia de estos Capitanes".

Creemos que el doctor Herrera tenía la razón posible de su parte en cuanto a estimar el valor de la acción de Mordeille y su gente, que habían ido a oscurecer los procedimientos políticos exteriores de España en la lucha terrible empeñada entre Francia e Inglaterra, procedimientos nobilísimos y leales si los hubo. Muy severas debían ser las instrucciones sobre neutralidad, decretadas por el Príncipe de la Paz, a las autoridades de Indias, cuando en Montevideo se las observaba y celaba con tan escrupulosa decisión.

¡Mal sabía la Madre Patria cuán vanos serían sus esfuerzos por conservarse alejada de complicaciones internacionales, pues tanto Inglaterra como Francia echarían a perder aquellos pacíficos intentos!

Es más: cuando a Mordeille se le procesaba en Montevideo por atentado contra la imparcialidad española en la guerra franco-inglesa, cuando el fiscal doctor Herrera le acusaba de comprometer la claridad de miras del gabiente español, la flota del caballeroso Bustamante y Guerra yacía deshecha o apresada y robados los caudales de la plata perulera... En efecto: el proceso a los corsarios marselleses se abrió el 21 de noviembre de 1804, y aquel hecho incalificable se había producido un mes antes, en octubre...

Al primer dictamen de Herrera, siguióse la respuesta *in extenso* de Mordeille, la que fue apenas tenida en cuenta por el Fiscal en otro breve escrito.

El proceso cerróse previo remate de la esclavatura que fue adquirida por don Antonio Masini en la suma de 13.655 pesos fuertes.

El 16 de mayo se archivaba los voluminosos mamotretos de aquella gestión, sobre la cual había depositado una espesa lápida la noticia insólita de haberse declarado la guerra entre España y Gran Bretaña, así como la alianza de aquella nación con el emperador de los franceses.

Mordeille estaba reivindicado por obra y gracia de los sucesos ultramarinos. Lo que meses antes era delito adquiría hoy visos de notable mérito. "La guerra al inglés" estaba de nuevo en vigor, y el corso era el arma favorita.

El 23 de junio Mordeille, reconciliado con el Virreinato y ganada su causa bizarra, salía bajo auspicios de vencedor del puerto desabrigado de Montevideo con su escuadrilla a batir los galeones ingleses objeto de su odio cordial y predilecto. El comercio de nuestra ciudad le había agasajado y lisonjeado en su ambición por amigos no menos ambiciosos que él.

Desde entonces militaron Mordeille y sus oficiales como corsarios españoles, cumpliendo fielmente su promesa y abandonando para siempre sus ardides de antaño. En el tope de sus naves no se alzó nunca más otra insignia que la bandera inmaculada de Castilla, habitada por la cruz morada de San Andrés.

A bordo de la fragata corsaria española *San Fernando* alias el *Dromedario*, salió Mordeille el 23 de junio de 1805 junto con su nuevo segundo jefe don Estanislao Couraud, cuyas hazañas han sido enumeradas escrupulosamente; y habiendo dado fondo enfrente del establecimiento portugués de San Pablo de Loanda (África), el día 7 de agosto, partióse de allí el 15 del mismo, después de rendir y apresar a la fragata inglesa *Nelly* que se encontraba en aquel destino, y el 20 del propio mes a la fragata *Elizabeth* de igual pabellón. Dio a la vela del expresado paraje, manteniéndose sobre la costa hasta el 27 de setiembre, en que volvió a anclar en son inquisitorio frente a Loango (Guinea), y el 28 apresó a las fragatas isleñas *Sara*, *Sixter* y *Hind*, y desde allí con tan extraordinaria victoria, navegó hacia Villanueva (Brasil), con rumbo a Montevideo, sin otra novedad en esta parte de su viaje triunfal. En el camino, supieron que dos fragatas francesas habían patrullado toda la Costa del Oro, desde el norte de la línea equinoccial, destruyendo o abordando cuanto barco inglés hubieron topado, y remitiendo algunos al presidio francés de Cayena (Guayana).

Tal en síntesis, el relato de Mordeille. Oigamos cómo narraron ante sus propias tripulaciones, y mediante intérprete, lo sucedido, algunos capitanes ingleses prisioneros en el puerto de Montevideo. Va a hablar Mr. James Shedom o Sautrom, que de ambos modos se le nombraba. Su buque se llamaba *Nelly*, y estaba tripulado "con 51 hombres, era de 400 toneladas con 22 cañones montados del calibre de a nueve y dieciocho; procedente

de Liverpool; fue apresado por la fragata española nombrada el *Dromedario*, su comandante don Hipólito Mordeille, el día 15 de agosto último, en que lo descubrieron fondeado con una balandra en la costa de Ambris, situada en la latitud S, 6°38' y longitud oriental 9°13' meridiano de París. Luego de avistados ambos buques gobernó el *Dromedario* sobre ellos con todas las velas posibles, al viento flojo del O. S. O., y habiendo tirado un cañonazo aseguraron su bandera. Los buques fondeados pusiéronse con todas las velas largas para darse a la mar. A la una y media de la tarde largaron, haciendo fuego a toda fuerza, y los corsarios siempre a fuerza de vela sobre ellos, y asegurando su bandera española bajo una descarga de cañón y mosquetería. "La balandra, dice ahora Mordeille, nos ganaba el viento y la fragata arribó sobre la tierra *ozardón*, arribando para descargarnos sus baterías, y tirándonos con cuatro guarda timones. Viendo que no quiso arriar su bandera izamos los dos grampines para darle el abordaje, y fuego siempre de mosquetería. Viendo la dicha fragata nuestra resolución, y que éramos distantes un tiro de pistola, se rindió bajo nuestra Bandera Real Española, después de dos horas de combate".

Por orden de Mordeille pasó a "marinar" el buque vencido el teniente Mr. Juan Bautista Supar, quien halló a la británica gente alborotada y con las armas en la mano mientras su capitán los apaciguaba con harto trabajo y gran mesura. Encontraron los corsarios un hombre muerto y tres bastante mal heridos.

La *Elizabeth* fue dominada por Mordeille a la altura 6° 21' latitud S., y 7° 36' de longitud O., a la vista del cabo Padrón.

Los capitanes prisioneros hicieron declaraciones concordantes con las de Mr. Shedom o Sautrom, a bien que será justo resaltar que estas relaciones eran empezadas por los declarantes pero continuadas por españoles y franceses que las hacían por su propia cuenta dándoles cabo y remate.

Según la Ordenanza de Corso expedida por Carlos IV el 20 de junio de 1801, las presas debían someterse a las Juntas de los Puertos del Reino, y así se cumplió en los casos comentados. La Junta de Marina de Montevideo, declaró buenas presas a los barcos traídos en 1805. Los armadores de la expedición hicieron reparto en pública subasta, de los efectos extraídos de a bordo, autorizados por la letra del Artículo 34 de la consabida Ordenanza.

Suscitóse, empero, un rápido pero intenso conflicto de jurisdicciones entre el diputado de Comercio de Montevideo, representante del Consulado de Buenos Aires y el juzgado de Marina del Real de San Felipe, conflicto que el gobernador Ruiz Huidobro falló en sentido favorable para éste, apoyado para ello, en los artículos 51 y título 6° de la Ordenanza de Corso y Matrícula, respectivos.

III

La renovación inevitable del gusto literario no ha conseguido disipar memorias de adolescente. Conservo la impresión indeleble de dos estrofas

altisonantes que vienen otra vez a mí vestidas con las galas de pomposa retórica:

Se alzó el bretón en el soberbio alcázar
Que corona su indómito navío,
Y ufano con su gloria y poderío,
"Allí están, exclamó; volved los ojos,
Compañeros, allí: nuevos despojos
Ya vuestra invicta mano
Va a conseguir en los endebles pinos
Que España apresta en su defensa en vano.

Libre de esclavitud no sea ninguno·
Hijos somos nosotros de Neptuno.
¿Y ellos osan surcar el Oceano?
Acordaos de Abukir: ¡sólo un momento
Llegar, vencer y devorarlo sea!
Dadme este triunfo, y de laurel ceñido,
Que el opulento Támesis me vea".

Quintana nos ha dado, ahora, la obertura para el relato sencillo y rápido de las hazañas de españoles, americanos y algunos franceses al resolverse Inglaterra a jugar una partida difícil en su plan de dominio humano.

Punto es éste que ya trataron con copiosa erudición y arte los más de los historiadores platenses y no pocos de los norteamericanos y europeos.

Desde los días en que la tentativa británica hubo fracasado rotundamente, hasta los actuales, la bibliografía de las Invasiones Inglesas se ha ido enriqueciendo a un punto increíble.

Es, por lo tanto, ocioso innovar en algo, porque la senda ya está bien trillada, y es casi infructífera. Bien es verdad que aún no existe una historia de las Invasiones, pero los materiales son muy ase-

quibles, y, en nuestro concepto, los rasgos generales ya se trazaron.

Spence Robertson (William), notabilísimo historiador de Don Francisco de Miranda, demostró palmariamente que las Invasiones no fueron impremeditadas, sino que la única novedad era el punto de ataque. Apareciendo Miranda como fantasma libertador, el gabinete inglés lo manejó y lo gastó en provecho de miras imperialistas. Popham escribíale desde a bordo del *Diadem* en la rada de Buenos Aires, recordándole sus relaciones y proyectos y noticiándole la conquista del Plata, pero ni soñaba siquiera en conceder a estas tierras la independencia que el iluso y generoso jefe venezolano pretendía al aliarse con Inglaterra. Las órdenes recibidas y dadas por Withelocke tendían lisamente a reducir "the province of Buenos Aires under the authority of His Majesty".

El doctor Daniel García Acevedo al cumplirse el centenario de la Reconquista de Buenos Aires por los montevideanos el 12 de agosto de 1806, apuntó la hipótesis a mi ver bastante fundada y que los acontecimientos narrados en anteriores páginas abonan, de que los ingleses se dirigieron al Río de la Plata para abatir en primer término el poderío de los corsarios franco-españoles de Montevideo.

Albión había batido en Trafalgar el grueso de la armada española, y su victoria fue más plena aun por la desaparición de tantos ilustres y sabios marinos de carrera gloriosa como perecieron en aquella jornada inmortal. Pero las continuas giras de Mordeille, Couraud y Fournier, en los mares

africanos suscitó el temor de que en el Plata anidase una reserva importante del poder hispano.

Paralelo a estas cavilaciones inglesas era el extraordinario regocijo que los trofeos de Mordeille y Couraud despertó en Montevideo, Buenos Aires y Maldonado.

Llegóse en Montevideo hasta iniciar una suerte de Academia Náutica, preludio de la que después se establecería (en 1817), dirigida por Viana y Murguiondo, técnicos marítimos de solidez científica irrebatible. Pero este proyecto se olvidó cuando el vigía del Cerro divisó la primera avanzada naval de Popham que en son guerrero se internaba por el río. Venían los ingleses del Cabo, a traerle noticias a Mordeille de sus amigos los holandeses rotos en desigual combate y reducidos de fácil manera a la impotencia y a la servidumbre. Parecía que las naves inglesas hubieran seguido cuidadosamente las caprichosas huellas del corsario provenzal y a sitiarle sin piedad en su propia guarida. La *Dolores* estaba, por entonces, prisionera con toda su tripulación, frente a la Isla Santa Elena; habíala apresado el navío *Adamante.*

IV

Inundado el Virreinato por las escuadras invasoras, tomada Buenos Aires en una hora de oprobio sin un solo disparo de fusil, puesto en fuga el Virrey Sobremonte, y amenazado Montevideo gravemente en sus comunicaciones y aun en su integridad, confluyeron las ofertas desinte-

resadas del vecindario para repeler la insolente agresión.[1]

En forma tumultuaria autoridades y pueblo tocaron a rebato y el aparato militar lució sus severos arrestos con el decidido propósito de recuperar la capital del Virreinato. Mordeille y su estado mayor compuesto por una docena de tenientes y pilotos franceses —nunca pasaron de ese número sus compañeros,— no cedieron a criollos ni españoles en ánimo viril.

La circunstancia de haber él viajado tantas veces por el Cabo de Buena Esperanza de donde procedía la expedición de Popham, —seis veces cruzó el paralelo de aquella colonia holandesa,— le revistió impensadamente de un sólido prestigio acrecentado por la alianza, aunque efímera, de España y Francia.

Lista la expedición terrestre al mando de don Santiago de Liniers, Capitán de Fragata de la Real Armada y jefe de saneado renombre y autoridad, marchó por tierra desde Montevideo a la Colonia, siendo saludado con delirio desde los balcones, calles y azoteas por los montevideanos, encantados de la premura con que se hubo aprontado el Cuerpo de expedicionarios. Por el Portón de San Pedro situado al norte de las murallas salió la vibrante columna en orden perfecto y sin una

1 El señor Groussac, en su obra "Santiago de Liniers, Conde de Buenos Aires", 1907, página 109, nota al pie, dice que las expediciones inglesas al Río de la Plata, fueron un incidente secundario de la política general inglesa, y que los historiadores británicos le dedican breves e inexactas consideraciones. Considero que por este hecho no se ha de inducir aquel otro. No carecen en Inglaterra de abundantes fuentes informativas que ellos mismos se procuraron, cuando el dolor de la derrota les llamó a la realidad.

sola impertinencia, perdiéndose por las lomas del terruño en dirección a San José, de donde partieron sin mayor contratiempo hacia la Colonia del Sacramento. Allí se les juntó la escuadrilla improvisada de Mordeille compuesta de siete a nueve lanchones o botes grandes sin cubierta, a los que siguió de evidente mala gana la escuadra española. Este episodio es interesante porque Mordeille había obligado a ésta fondeada en Montevideo, a abandonar su perezosa demora. "Luego que oscureció, dice un testigo presencial de los sucesos, radicado en Montevideo, se hizo a la vela, y a su despecho e imitación lo ejecutó la escuadra, con tanta felicidad de unos y otros buques, que no fueron sentidos de los ingleses, y con la misma arribaron al amanecer. A los dos días después consiguieron hacer la travesía de la Colonia al puerto de San Isidro aunque los últimos buques fueron perseguidos por un bergantín que varó en la playa, y pudieron pasar sin ser apresados ni recibir otro daño de algunos cañonazos que les tiró". — Y el anónimo autor de esta relación continúa: "Acabo de decir que la escuadra se hizo a la vela *a su despecho*, al ver que Mordeille ya había caminado, pues, a mi ver, no pensaba salir del puerto sino entretener algunos días la salida, porque todos notamos que dos o tres veces hicieron señas de levantar las anclas, levantar foques y volver a arriarlos. El pueblo murmuraba en corrillos al ver estas demoras y varios se desembarcaron y no quisieron volver a bordo. Parece muy justo creer que los marinos tenían motivos de honor para disgustarse, lo uno porque iban sujetos

a un francés que ni el nombre de ellos querían oír; lo otro, porque calculaban, y bien, que la acción sería ganada por los españoles sin intervención de ningún extranjero, como en efecto sucedió: y finalmente porque la Real Marina tenía mucho ascendiente en Montevideo y creía que a su regreso todo el pueblo tejería sus sienes de rosas y jazmines. Nadie trabaja para que otro se aproveche de sus sudores y fatigas".

La foja guerrera de Mordeille es brillantísima y unánimemente suscrita por jefes y soldados. Fue el primero en desembarcar en la Plaza Mayor cuando el fuego de fusilería arreciaba en aquel reducto británico de Buenos Aires al cual con los setenta y tres hombres de la marina francesa atacó con enardecido brío y sitió el Fuerte. También fue el primero en iniciar la escalada de aquellos vetustos muros, hasta que Beresford derrotado en todas partes arrojó su espada al foso circundante, alzándola Mordeille que se la devolvió por medio de una tira hecha con pañuelos y trapos.

Terminada la Reconquista por las tropas montevideanas, Mordeille regresó por mar a Montevideo coronado y presidido de una popularidad incontrarrestable.

En los días iniciales de octubre de 1806, cuando la Reconquista estaba ya consolidada, el Río de la Plata era bloqueado rigurosamente con amagos de nueva invasión. Mordeille decidió quedar, entonces, al servicio definitivo de España y en el ejército terrestre. Popham acababa de atacar con su escuadra reforzada a Montevideo siendo aleccionado con sensibles pérdidas y debiendo alejarse buen espacio del alcance de nuestros cañones.

Entonces, Montevideo, que se había militarizado aún más, pareció una colmena de avispas belicosas, y Mordeille reclutó un magnífico Cuerpo de Húsares urbanos que pocos meses después la gloria inmortalizaría.

El 8 de octubre presentó a la comandancia militar un proyecto con un pliego de condiciones encaminado a ese generoso propósito.

Sobremonte estaba en esos momentos en nuestra ciudad. Aceptó la propuesta del marsellés el 16 de octubre y por cierto con notable premura, con lo que se demostraba el grave riesgo de todo aquel sistema político. Encarecíase en la respuesta de Sobremonte el "celo y dedicación por el servicio de S. M., en las circunstancias en que se halla esta Plaza, amenazada de invasión con considerable número de buques a la vista".

La oferta del comandante del bizarro *Dromedario* consistía, en suma, en levantar un Cuerpo de trescientos veinte hombres que no estuvieran incluidos en las otras unidades militares y que se compondría de un comandante, un segundo, siete capitanes, siete tenientes, siete sargentos, siete cabos y un cirujano, los cuales se distribuirían en seis compañías de 50 hombres cada una, y una de 20 para el manejo de dos cañones de desembarco. Este Cuerpo venía a colaborar en la preparada defensa de la plaza.

Mordeille se instaló en la casa de don Antonio Masini su amigo de las viejas horas de amargura que sabemos, nombró previa la superior aprobación, su segundo en el mando a don Francisco Fournier para quien solicitó el grado de sargento mayor, y sueldo.

Mordeille estatuyó claramente la gratuidad de sus servicios en fe del real desinterés de sus actos.

Los Húsares llegaron en pocos meses de reclutamiento a distinguirse entre las restantes milicias de Montevideo. El uniforme era: chaqueta y pantalón azules con ojales de oro los oficiales, y de lana los clases; casquete negro con cucarda y plumero encarnados; media bota y corbatín negros; fusil, sable y dos pistolas los soldados, con cinturón y canana.

La bandera del Cuerpo era de tela roja con las armas del Rey de España en medio del campo.

Los húsares prestaron juramento solemne de fidelidad a la Corona en manos del Sargento Mayor de Plaza, y fueron considerados de las más bizarras tropas.

Había por entonces en Montevideo más de una docena de formaciones milicianas. Primero revistaron los famosos Blandengues, luego los Fusileros, Granaderos, Dragones, Miñones o Catalanes, del Fijo, y Cazadores. A seguida venían las milicias criollas mandadas por expertos capitanes españoles; a veces los jefes eran americanos; *Voluntarios* del Paraguay, de Cerro Largo, San José, del Yi y Negro, de Córdoba, de Santa Fe y de Montevideo. Estos cuerpos pertenecían al arma de caballería ligera, preponderante en los primeros años del siglo nuevo y que poseía soberbios lotes de remonta, las célebres tropillas de un solo pelo. Los gastos anuales de los Húsares computáronse en $ 6.179.3.03 cuartillos de reales.

Industrioso y severo el capitán corsario, obtuvo no únicamente la formación de la unidad a su

mando sino que entrándose los españoles veteranos por el puntillo de honra resultó de todo ello una mejora sensible en el buen ánimo, y lo que fue más todavía, la disciplina general del bisoño ejército.

El notorio desprendimiento que de sus actividades mercantiles de antes hizo Mordeille, acalló la envidia atraída por su heroicidad confesada de todos, particularmente de la gente del bajo y medio pueblo siempre secuaz de lo simple y temerario.

No se hicieron aguardar mucho tiempo los amargos días del Cardal (enero 20 de 1807) y el sitio y toma de Montevideo por la acción binaria del ejército y escuadra de Sir Samuel Auchmutty (3 de febrero de 1807). Allí debía sucumbir Mordeille.

Después del Cardal, retiróse con sus Húsares, en las condiciones de que informa el propio Gobernador de Montevideo al Rey: "En el momento mandé decir al Virrey por el teniente de Fragata don José de Córdova que si era de su aprobación saldría con toda la Guarnición, y aun con todo el pueblo a unirme a S. E., para atacar al enemigo antes que diese un paso adelante. Mi proposición no fue aceptada y se me contestó por el mismo oficial que cuidase de la Plaza y remitiese al campo la tropa de Regimiento de Infantería y la de Húsares Urbanos, que hacían un total de 600 hombres. Sin pérdida de un instante marcharon estos Cuerpos con dos cañones y sus correspondientes carros de municiones, siendo del calibre de a 8 los que llevaban los Húsares al mando del Capitán D. Hipólito Mordeille."

. . . .

"Los Infantes y Húsares no se comprendieron en esta vergonzosa fuga; ellos volvieron a la Plaza en el mejor orden, conduciendo su artillería y municiones. La del tren volante también se libertó de caer en poder del enemigo con excepción de un solo cañón. Los Infantes y Húsares, desesperados de ver la conducta de los cuerpos que cobardemente les habían abandonado, se me presentan llenos de valor, pidiendo salir a embestir al enemigo, pues que ninguno de ellos había disparado una sola vez su fusil".

Relata entonces el gobernador Huidobro el desastre del Cardal, donde después de ver la plaza desamparada por Sobremonte, las milicias montevideanas más llevadas del ardor de la venganza que de la disciplina táctica, cayeron horriblemente cegadas por aquellos que en orden y con serena impasibilidad les aguardaban emboscados en su flanco derecho. Contemplando el teatro de aquella batalla, la situación de los beligerantes y la orientación del desembarco de los ingleses, así como la dirección de las murallas de Montevideo, se ve perfectamente por una parte la desfavorable situación de los sitiados y por otra el desatentado manejo militar de que fueron víctimas.

Es principio en el arte de conducir ejércitos que nunca una guarnición sitiada debe hacer salidas en descubierto, pues cansa con grave riesgo el ánimo de la resistencia que ha de mantener intacto.

Agréguese a esta ley profesional la mala idea de permitir una zona estrecha de tierra entre la costa y las murallas del sur. Fue éste un error

que el padre Pérez Castellano en su *Memoria* sobre las Invasiones Inglesas pone en descubierto.

Antes de conocer la opinión de aquel testigo presencial, yo había arribado a una conclusión semejante, pues los ingleses llegaron a saber que los muros de Montevideo no conservaban una potencia igual en todas sus partes.

Los isleños siguieron avanzando por el sur y poco después instalaron cómodamente sus baterías apuntando al Portón Nuevo o de San Juan que les pareció el más débil y quebradizo, con el intento de desmantelar el muro y su baluarte protector. El plano de Montevideo en 1806 da a la actitud de los ingleses una lógica irrebatible y simplísima. Mientras los ingenieros españoles erizaron de baterías, más de ocho, la sección norte de las murallas, el muro del sur y del este poseía apenas tres bastiones. La consecuencia debía ser fatal el día de un ataque marítimo. La mente de los arquitectos militares fue proteger a la ciudad de los ataques por tierra que vendrían del norte, y en tanto olvidaron, por un error visual palpable, cualquiera otra eventualidad. Y así fue: por el sur, se derribó el lienzo mural y en la fragua encendida de la brecha practicada, encontró Mordeille con los más de sus Húsares una muerte heroica y oscura como la madrugada en que aconteció. Dice Pérez Castellano que los ingleses entraron sin ser sentidos por la brecha al amparo de la sombra de la noche y de la muralla negrusca, atravesando con sus bayonetas a los primeros centinelas dormidos contra el mismo paredón de piedra.

y que la sorpresa fue advertida demasiado tarde, cuando ya se desparramaban los britanos por toda la Plaza Mayor y en torno de la Ciudadela.

*

* *

Tuvo Mordeille la suerte merecida a sus enconos y bizarrías y si no acabó en el puente de su corsario, fue porque la gravedad de la hora le impuso el combate en tierra ya que desde ella se le retaba.

La causa que defendió era óptima, justísima; pero la victoria no le coronó esta vez. Su genialidad andariega le hizo ir a donde el peligro clamaba, y en él pereció. Dominaba el corazón de aquel provenzal algo del espíritu épico de la francesa gente que bajo el águila napoleónica abrió un gigantesco avatar.

A pesar del barro humano que sus manos movieron y echaron al viento, Mordeille tejió con la estela de sus débiles bajeles una estrofa de la nueva Odisea, —émulo de Ulises en el arrojo y en la intriga,— y como buen lobo de mar tantas veces vencedor como guerrero, desafió soberbiamente al destino, que le volteó atravesado por las bayonetas de su viejo rival.

Murió Mordeille a los cuarenta y ocho años, en la edad de las resoluciones definitivas, en la plenitud de la visión interior.

LA VENA DE PLATA

Ha podido ser multifácico y cambiante, sin que haya habido precisión de simultaneidad o sucesión de cada uno. Así tuvimos desde los tiempos de la "patria vieja" o de la "primera patria", como dijera Hidalgo el uruguayo, americanismo político, social, religioso, poético, filosófico, comercial... Todas estas formas esenciales se dibujaron en la sociedad patricia y en la masa popular desde principios del siglo XX. Fueron en verdad, anhelos y no realizaciones; pensamientos imprecisos antes que ordenado sistema de ideas; votos, más bien que actos.

El andar del tiempo en medio de los azares de la vida de América se encargó de ir modelando la altísima y resplandeciente estatua de que fueran engendradoras veinte generaciones intelectuales de imitadores de lo europeo, sin norma superior alguna. La grosera imaginería indígena ha caído postrada ante esta reelaboración de un ideal encarnado en el alma americana, pero cuya transparencia viviente no era posible en las confusas épocas pasadas. El apresuramiento de algunos precursores no por eso dio más frutos ni mayor sazón, que no está en la mano del hombre hacer adelantar la sabrosa madurez de las espigas ni dar calor a la tierra fuera del estío.

El conquistador y el misionero españoles coloniales al introducir en tierras americanas su despotismo militar y su fe religiosa, sin percatarse

de ello, modificaron ambas sustancias de la vieja cultura. ¿Qué fuerza ignota y todopoderosa contribuyó a ese efecto tan singular e inusitado? Primero es la comprobación, luego la averiguación razonada de sus causas, si es que nuestra mirada ha de diferenciarlas.

Yo tomo en mis manos una crónica de España, de la España de Juan II, las crónicas profanas o religiosas, no importa, de los siglos XIV y XV en las que no intervenga, ni remotamente tanto por el motivo como por incidencia, el Nuevo Mundo, y luego leo y comento una crónica de los descubridores. Es más; percibo un matiz profundamente diverso entre las epístolas de Pedro Mártir de Anglería y las del historiador indiano Fernández de Oviedo, clásico veedor de las hazañas castellanas en Indias. Va del uno al otro lo que va del que cuenta lo que ha oído, al que narra sus propias aventuras que ha vivido...

Pero si esa es la primera diferencia con el historiador castellano de Indias, no es tampoco la única. Hay, aunque cierta crítica parcialísima proveniente de la moderna literatura española lo afirme sin mayores pruebas, una diferencia fundamental: la ingerencia del paisaje indiano en la visión admirada de los primeros cronistas. La fantasía española que tan bajo vuela en sus cronistas peninsulares, se exalta a un grado increíble en medio de las selvas que descubre y conquista para su monarca en nuestra América. Las maravillas de un mundo nuevo desbordan de sus páginas más vulgares y desaliñadas hasta fatigarnos con la enumeración prolija de casos estupendos, como

si quisieran ellos mismos disimular su heroísmo personal y colectivo en una naturaleza pródiga y paradisial que inspiraba sus exploraciones inusitadas explicándolas al mismo tiempo.

El paisaje, el ambiente, señorea las crónicas indianas, y al señorearlas modifica insensiblemente y radicalmente las cualidades, los colores, los matices sentimentales de aquellos rudos hombres, duros como el crimen, tiernos como niños y dóciles a la voz de la fe religiosa como el cervatillo montañés al imperioso reclamo de la madre.

Si el alma castellana quedó literalmente inundada de selva de América, en cuyos misteriosos senos fue capaz de extraordinarias proezas, y de reprobaciones sin número, su lengua, su arte, su ciencia, su personalidad se reflejan en los "restos" de su poderío de cuatro siglos: han sido tocados por el sol incásico y se han complicado, se han transformado, iba a decir se han tostado, al amor dorado de su lumbre.

¿No enseña la estética, en una de sus más veraces comprobaciones ideales y concretas, a la vez, que un monumento requiere cierta armonía y concordancia con el paisaje, con el medio? Esto es, por otra parte, una prolongación del aserto verídico de Hipólito Taine, referente a la configuración de la inteligencia en la norma de las condiciones ambientes.

¡Cómo cambian en su lenguaje ante el viajero de tierras apartadas esas catedrales que recorren a lo largo de las ciudades americanas todos los estilos del arte arquitectónico español! El plateresco, que sucede al siglo XVI clásico, parece otro

estilo bajo los toldos de nuestras palmeras gigantescas, a la sombra de nuestros rugidores volcanes tropicales, junto a los despeñaderos andinos, como oasis supremo en las altiplanicies heladas... La misma vida interior beatífica de los monjes cristianos es más austera en nuestros claustros que en las opulentas fábricas de las Cartujas españolas. Y yendo más hondo, la contemplación de la existencia suprasensible a través de la escala inefable del misticismo, la maceración y las disciplinas americanas son más fervientes que en las severas reglas monásticas de la madre patria. La abnegación absoluta, el total renunciamiento, la anegación en el mar de penitencias alcanzaron en tierras colombinas las más elevadas cumbres de la virtud religiosa. Si en el capital moral de América se vinculase esa suma prodigiosa de esfuerzos perfectivos, esa tensión permanente de la voluntad ascética, nuestros valores propios serían cuantiosos y admirables. El abandono de la gloria exterior por la purificación del espíritu, silencio majestuoso de la piedad honda, sincera y trascendente sustituyendo al fausto de las cortes virreinales, al ripioso ingenio colonial, siempre de segunda mano o sin fecundidad ni provecho sociales, a la erudición indigesta, merecen de todo hombre pensador e imparcial, cuando menos una respetuosa deferencia, si no una adhesión admirativa.

La colonización monacal siguió a la etapa primera de la conquista aventurera. Como si la raza buscase en la paz de los conventos contemplativos una compensación, aun desde el punto de vista puramente biológico explicable, a la exaltación

neurótica de los exploradores del siglo XVI, cayó de rodillas en los humilladeros de piedra y allí se estuvo hasta el despertar de la revolución emancipadora. El propio clima contribuyó, con un singular poder adormecedor, a hacer leve ese sueño místico tan prolongado, durante el cual pocos libros enriquecieron nuestra literatura religiosa, pero la estirpe se fortaleció moralmente para las futuras inquietudes de la aurora del siglo XIX.

Padres conquistadores, hijos caballeros y monjes, nietos pendencieros y revolucionarios. Tales las generaciones de los tres siglos indianos. El arte participó de esta singularísima conjunción de hombres diversos. El paisaje contribuyó a las ardencias espirituales florecidas en la piedra de millares de templos curiosos, miscelánea de edades artísticas más apartadas.

Ha escrito W. Jaime Molins: "El apresuramiento en levantar la cruz sobre el dominio de las armas, no dio tregua para reparar en la pureza de los estilos. Frailes sapientes dieron las líneas capitales para la estructura de los templos. Pero donde entraba la piedra de cantería, labrada a conciencia, no era la vida del geómetra proyectador la que alcanzaría a ver la clave del crucero. Prosecutores inconscientes pusieron, a menudo, su nota grosera sobre la divina realidad que preconizó la arquitectura religiosa. Así la Matriz de Potosí, donde el arquitecto Sanauja puso la nota vigorosa del compuesto, mano profana malogró, después la armonía del conjunto con la abominable belleza del altar gótico, las torres tímidas y la aridez del frontón. El choque de estilos produjo, a veces,

la nota original y pintoresca, en donde el arte consagrado se vio envuelto a veces por la exigencia indígena de la comarca. Y por cierto que no es extraño encontrar en las ciudades bolivianas el templo de regios portales, en donde el helenismo básico, elegante siempre, combina con el barroco moruno y el monolito regional".

El escritor de cuyo libro he recortado los anteriores párrafos, encierra para mí una singular y no conocida semblanza del hombre de letras americano. Es un explorador cronista de sus propias andanzas; es un literato refinado y un andarín de sensaciones fuertes y sanas. Es una pluma y un hacha. Molins, en efecto, representa la alianza dichosa en la gran literatura argentina de la idea alta, humanista, levantada con el brazo en un impulso voluntarioso y energético.

Reúne en sí las dos más altas calidades del hombre del día: la fecunda ideación a la profesión de una pragmasis no usual en estos países. Es, además, un viajero comprensor, un "dilectante" afectuoso. Pasa con facilidad de una descripción de las haciendas de la Pampa a la contemplación respetuosa e ilustrada de un templo colonial. Tales sus últimos libros que he leído gustosamente: "La Ciudad única" y "Naturaleza". Esta dualidad encierra una significación afortunada para la sensibilidad americana del momento. Viene a servir de contrapeso lo mismo al estancado erudito que adora el pasado muerto, que al apresurado innovador que atropella las veneradas reliquias de nuestros antecesores, sólo porque no sale de sus piedras carcomidas el aceite industrial de la maquinaria trepidante del progreso.

En su divisa, aunque es grande su audacia y tan fuerte su empuje viajero, Molins puede inscribir el eterno "Ne quid nimis" horaciano. Una superior armonía debe presidir las actividades de ese cultivado espíritu argentino, cuando mirando hacia el sur de su tierra entona el himno de labor incansable de los "pionners" pampeanos, y si pone su planta en el norte o contempla las edades pretéritas del continente, sabe descubrir la raíz entrañada de la historia que da carácter y abre las puertas secretas de la sabiduría antigua al devoto hurgador de sus vestigios.

Leyendo las páginas sencillas y tan ajustadas que contienen los relatos de Ciro Bayo en el "Tempe boliviano", inicié mis meditaciones acerca del corazón de América sobre un basamento real y directo. La vida colonial de Santa Cruz de la Sierra, en su simplicidad social y religiosa parece un traslado de maravillosa frescura hacia los tiempos idos del patrocinio monárquico. Las aventuras impresionantes de Ciro Bayo son provechosísimas para el historiador, tanto como para el sociólogo contemporáneo nuestro. Las teorizaciones inútiles, cuando no mal intencionadas o dirigidas, en cuya tela embroyada se ha querido a veces encerrar el sentido filosófico de las reducciones jesuíticas, han padecido siempre de una tara deplorable por la información inexacta o apriorística. Trasladarse con la imaginación a tiempos apartados de nuestra material existencia, es un esfuerzo ímprobo, anhelante, doloroso, por escasos hombres conquistado. La comprensión de las acciones extrañas es más difícil que la de las

ideas ajenas. Y sucede en el mundo que somos capaces de transigir con éstas, pero no soportar aquéllas y menos sus consecuencias. Las ideas moverán intereses, pero los actos desnudos y en pleno movimiento nos exasperan y mueven a guerra.

Así pasó con la obra de la dominación española. Fijaos en que la tolerancia, o mejor dicho, el reconocimiento de la justicia que debíamos a España empezó por las ideas, aunque ello parezca mentira. Todavía se dice por ahí que nos tuvo al margen del progreso europeo, del que ella también estaba al margen, olvidando que si mantenía costosas guerras con Francia, Inglaterra y Holanda no había de imitarlas sino en la paz, acaso. Ningún trabajo ha costado exaltar la legislación indiana como un modelo de leyes colonizadoras... teóricas.

El código de Indias, lo reconocen todos los historiadores americanistas, era admirable para su tiempo y aun para todos los tiempos. Lástima, concluyen, que esa legislación ideal no tuviera nunca otra aplicación que la muy torcida de los malos funcionarios remitidos por la metrópoli... ¿Distinguís, ahora, con nitidez, la "idea" del "hecho?" Leyes buenas, exclaman, actos pésimos. Ahí concluye el juicio actual sobre la colonización hispánica. Creo que debemos superarlo en lo posible, invadiendo ese torbellino de "acciones" que obstruyen la buena inteligencia de los sucesos remotos de que fuera testigo el continente hace tres siglos. Verdad es que ciertas causas célebres han permanecido estacionarias y es muy intrincado el laberinto de deposiciones testimoniales, (acordaos

del proceso de Salas en las misiones del Paraguay). Con todo, la imaginación justiciera puede contribuir al restablecimiento "in situ" de los actos de ayer. Es posible instaurar, como en un gigantesco laboratorio, la vida social antigua en América. Elementos no faltan. Voluntad, tampoco. Falta preparación en los obreros, desinterés. Faltan o, mejor dicho, sobran los prejuicios irreligiosos, esa manía persecutoria contra el fenómeno que ciertos historiadores llaman el "jesuitismo". Defender la tolerancia con intolerancia en el dominio histórico, es una abominación romántica de que podría apoderarse la furia de un León Daudet para ejecutarla, esta vez con harta razón...

Dije que la imaginación puede contribuir mucho al mejoramiento comprensivo del ayer. Y es verdad, porque ya podemos leer en autores americanos una visión más optimista y halagüeña, menos tétrica y desencantada. Los libros de evocación y fantasía, sin desdeñar la expresión del patriotismo de la era independiente, saben penetrar con respeto y aun con afectuosidad en el muerto santuario de la Colonia. Los horizontes son más amplios, puros de aquellas sombras inquisitoriales que solían, como un manoseado bordoncillo, o como un vidrio ahumado, decorar los cuadros y paisajes antiguos de nuestras tierras indias.

Mejor es así. El arte literario tiene a su alcance, en los escritores de raza, recursos de buena ley, y de buen gusto también.

Molins, desprendido generosamente del sello local y del prejuicio nacionalista ha visitado las fronteras norteñas argentinas. Allí llegó y penetró

al Alto Perú aposentando en Potosí la gloriosa Villa Imperial en campo de plata. La ha descrito con amor, con delectación, con entusiasmo casi filial. Ha sido ése un enorme esfuerzo de comprensión para un hombre de este tiempo. Y lo ha seguido plenamente. La heráldica, los caserones, el cerro de la plata, el arte religioso, los tipos urbanos, la llama, la lírica indígena, todo ha desfilado ante el colorido pincel de este narrador que tiene mucho de poeta.

Me han conmovido singularmente los capítulos dedicados a don Alonso de Ibáñez, héroe de la emancipación en el siglo XVII; a la paciente y admirable llama, y sobre todo a Hualparrimachi, el quéchua dinástico español en cuyas venas ardiera, junto con la sangre de los Borbones regios, el fuego del sol incásico.

Potosí fue nombre de proverbio en labios hispánicos. Toda su gloria empezó de la opulencia subterránea de su maravilloso cerro argentífero. "Poderoso caballero es don dinero" había dicho don Francisco de Quevedo por aquellos mismos días, y así la nobleza de la gran ciudad se engendró en sus entrañas... Pero ella supo por cima de la plata de sus minas poner el oro de un sublimado misticismo religioso, y crear en su regazo una nobleza de sangre pura y ardiente. Allí nació la libertad americana en pleno siglo XVII. El cadalso de don Alonso de Ibáñez fue el altar propiciatorio de la futura revolución de independencia. Todavía en 1809 resucitaron sus bravezas patrióticas en seguimiento del holocausto a la libertad renovado con la muerte de Tupac Amarú.

El destino quiso, pues, que de donde los españoles extrajeron más provechos en metales y en hombres (recordemos las terribles encomiendas: mitayos y yanaconas) brotarían los gritos más rudos de libertad definitiva, irrevocable.

Por eso al repasar con tanto agrado las sabrosas páginas del libro del señor Molins no puede el corazón americano dejar de sentirse profundamente solidario de las tristes aventuras de aquellos precursores de Potosí. Por las entrañas de su cerro de plata habrá o no dejado de correr la vena codiciada por los antiguos dominadores y que la enriqueció materialmente y le atrajo granjerías y provechos reales, pero nadie dudará de que sigue corriendo sordamente bajo sus templos, sus palacios y sitios de recuerdo ese río incontenible de la comunión histórica en cuyas aguas van a abrevar todos los sedientos de la ejemplaridad gloriosa de ayer. Toda América es una familia opulenta. Toda América es una en el pensamiento. Toda América es Potosí...

UN CABILDANTE MONTEVIDEANO HACIA 1800

Su calzón corto de seda azul marino sujeto por una hebilla de plata finamente labrada sobre la media sedeña, rosa hasta un matiz cárdeno. El cabello de peluca ligeramente empolvada sujeta atrás por un lazo de seda, también color verde. La cabeza tocada con un gigantesco sombrerón de amplias y algo ondulantes alas, de castor negro y copa alta. La capa española al desgaire, colgada de los hombros como una percha de exigua figura. Los puños decorados con hebillas de plata que sujetan la bocamanga de la chupa azul claro, bordada con alamares de seda verde... Un bastón apretado por una mano que sale de puños almidonados y orlados de encajes catalanes. Un cordón de oro, casi imperceptible, que rodea el cuello y va a dar en la mano derecha que aprisiona un par de impertinentes de nácar, ahora caídos con el brazo junto a la pierna del viandante. Zapatos de charol francés cubiertos con un ancho lazo de raso negro, bajo un aro de plata perulera, sirven relativamente de base a la magra pero alta estampa del señor capitular que marcha sin gran prisa, como de costumbre. Su tienda de ultramarinos queda bien atendida por dos jóvenes hijos suyos, y el esclavo Tomás, próximo a ser liberto del amo a quien venera.

¡Tienda de ultramarinos en el Montevideo de 1802! ¿Qué habría en aquel depósito tan recatado

de la calle de las Bóvedas, por tan remotos tiempos? ¡Tienda de ultramarinos en América española al empezar el siglo XIX! Pero volvamos a nuestro cabildante, que ha echado a andar con su habitual parsimonia, calle arriba, pasando por la Aduana vieja, que entonces no lo era (hoy calle de Zabala). Liso el rostro y como rasurado con singular adiestramiento. El perfil aguileño, animado por cierto aire semita en la firmeza del mirar renegrido, en la afirmación voluntariosa del mentón, empujando los labios hacia adelante. La línea de la cabeza regular y sin mayor relieve, porque la peluca, el gigantesco chambergo antiprotocolar aunque muy pueblerino, lo impiden decididamente. Difícil será, asimismo, adivinar los pensamientos que anidan bajo esa peluca, y se apoyan en la osatura enérgica de la frente muy acusada y vertical, con sus lóbulos parejos y bien delineados. Las líneas que van de la boca a la base de la nariz, encauzan una sonrisa profunda y enigmática. Los hombros magros, dije, pero la figura prócer; las piernas recias y sin curvaturas que aflojaran el concepto de entereza que el tipo nos está dando en abundancia de pormenores. Los brazos largos y bien plegados. Uno lleva la mano izquierda algo hacia delante, como abriéndose paso. El otro, ya dijimos, está entretenido con los impertinentes. El pecho sostiene los juntos pliegues de la capa española. El cuello, erguido, asoma por entre ésta y claudica bajo la trenza redondeada y rabona de la peluca... ¿Quién es este hidalgo de la ciudad, que ha puesto por mote en su pelado escudo una sentencia de antigua

fortaleza moral: "Castilla es mi corona". ¿Hacia dónde se encamina? ¿Cuál es su historia? Llámase don Martín Sánchez de la Rozuela, y es un viejo experimentado saladerista y pulpero, que en su ciudad de adopción tiene el título, comprado en subasta pública, de alcalde regidor de 2° voto. Es el "diputado del Hospital". Uno de los fundadores de la Hermandad de Caridad de Montevideo ha sido también don Martín Sánchez de la Rozuela, natural de Valladolid, nacido cerca del barrio judío, aunque en su certificado de limpieza de sangre para ingresar a la Cofradía de la Caridad, quedara exento, oportunamente, de toda contaminación con la morería y con la judería. Desde 1775 figuró devotamente entre los primeros hermanos que se asociaron para la contribución de misas, funciones religiosas y sufragios de almas. Más tarde, en 1779, fue comisionado en Buenos Aires para recabar la autorización del diocesano, que la concedió gustoso. Formó parte, asimismo, de la institución, cuando Su Majestad Católica, por real orden del 20 de enero de 1789 (el año terrible de los Estados Generales en la pobrecita Francia de Luis XVI) aprobó la Cofradía y sus constituciones, las cuales mandó se observasen.

Colaboró Sánchez de la Rozuela en la fundación e instalación del primer hospital de la ciudad uruguaya, hasta que el Cabildo proveyó una casa con doce camas, en 1788.

Nuestro hombre llegó a cabildante comprando la vara de regidor. Justo es reconocer que floreció ella en buenas manos. Sabía él, por extraña y habilísima manera, conciliar la inflexibilidad mer-

cantil indispensable para la prosperidad de sus negocios, con la dulzura del trato a los menesterosos de su querida Casa de Misericordia. Detrás del mostrador de la pulpería, y entre las salazones de su establecimiento del Buceo, vecino al de don Juan José Seco, Sánchez era un mercader digno de los que paseaban las Lonjas de Segovia, Bilbao o Valladolid. Detrás del bufete de hermano de la Cofradía de la Caridad, era un trasunto del hombre verdaderamente evangélico. De ahí la admiración que solía suscitar en Montevideo. Los avaros colegas del gremio pulperil o saladeril no podían comprender aquel encasillado, aquella duplicidad de sentimientos, aquel dualismo de alma: judío en el almacén; cristiano en el hospital. Sánchez cumplía admirablemente esta función, al parecer contradictoria, con el mismo rictus apacible con que ahora le vemos trepando parsimoniosamente la pendiente de la calle de San Francisco, en procura de la de San Carlos, por donde baje rectamente hacia la plaza Matriz. Atravesándola, luego de saludar al padre Ortiz que reza su breviario bajo un enorme higuerón a los fondos de la iglesia, junto a la quincallería y herrería de don Tomás Gómez, penetrará a las Casas Consistoriales, nombre pomposo del nuevo Cabildo en construcción.

Sánchez de la Rozuela es respetado por sus colegas, porque tiene "conquibus" y sabe imponer, donde quiera que esté, la noción precisa del respeto a que aspira. Es éste un don ya algo raro en nuestro colonial Montevideo. Hay barruntos de una generación de muchachos poco respetuosos

de los "viejos". Si la peluca está agonizando, y si dentro de poco será risible el que la lleve, no será por cierto, don Martín quien merezca la sonrisa de los "petimetres" montevideanos. ¡Se guardarán mucho de ello! El otro día, en el ínfimo Coliseo que la ciudad se ha deparado, asistía el gobernador Bustamante y Guerra, personaje no menos apreciado que don Martín. Mientras se daba "El sí de las niñas" de Moratín, el hijo, y el entremés "La botillería" de don Ramón de la Cruz, un velón ahumado dejó caer del techo un chorro candente de estearina sobre el hombro del señor Bustamante. En el teatro hubo penosa contención de sonrisas. Algún chiste asomó y corrió la sala, conmovida un instante ante el incidente inesperado. Dijeron por allí que aquel chorreón, en la hombrera del gobernador era signo seguro de un aumento en la "charretera" de éste... Pues a los pocos días, en un palco vecino al de don Martín Sánchez de la Rozuela se incendió, con la alarma consiguiente, un quinqué de óleo. Las "doncellas currutacas" que ocupaban el palco —de don Andrés Cavaillón, por más señas, el rico naviero marsellés afincado en Montevideo— se asustaron y pidieron auxilio a los circunstantes. Don Martín, sin inmutarse, echó con gran puntería su enorme chambergo sobre el quinqué semiincendiado y humoso. El público no dejó de ponderar la acción, y puede decirse que el chambergo gigantesco acreció sus méritos con ella.

Ya ha llegado don Martín al Cabildo. Sus colegas le acogen con una reverencia entre ceremoniosa y cordial. Se ha leído ya el acta anterior,

que ha sido aprobada. Se ha roto el sello real de comunicaciones llegadas de nuestro diputado en la Corte, don Manuel Pérez Balbás. Hay una pauta de silencio. El alcalde de primer voto ha puesto su mano extendida sobre el grueso legajo que ya está desplegado en la mesa presidencial luciendo sus cintas y el rojo del lacre, donde se ostentan, entre resquebrajaduras, las armas reales. Es un documento en que se participa al Cabildo de Montevideo, por el mismo monarca —tal es el privilegio de la ilustre corporación uruguaya,— la paz con Inglaterra en el tratado de Amiens. Pausadamente ha leído el importante documento el señor regidor de pobres, que posee buena visión para estas lecturas solemnes. Los demás han escuchado con una leve inclinación de cabeza, no exenta de fugaz altanería. Estos burgueses ricos de una ciudad puerto marítimo importante, se han deslucido un poco en cuanto al protocolo tradicional. No es fácil cambiar, por otra parte, de actitud y de alma; ser platero o abastecedor de carne o chacarero en la esquina, y luego regidor capitular en la sala de los comunes. Los presentes no comprenden mucho de lo que se ha leído. Los tratados internacionales no los abarcan absolutamente. Es materia que jamás sabrían manejar. Por fin, se ha tomado providencia. Se ha resuelto pasar el rescripto real a conocimiento del señor gobernador en cuanto llegue, que no tardará. Bustamante y Guerra es un asiduo concurrente a las sesiones capitulares. Sánchez de la Rozuela sigue imperturbable. Su comentario consiste en extraer de la casaca un estuchecito de carey, finamente deco-

rado, de esquineras de oro. Es la caja de rapé. Ha sacado la encantadora cajita: la ha abierto hábilmente con la mano derecha, y la ha pasado al vecino que toma su narigada, y se vuelve hacia la lectura, que termina ya. La posición de los señores cabildantes es dignísima. Hay en las actitudes un espíritu que no es el del sol del día, que penetra a raudales por las mal guarecidas ventanas de la Casa Capitular. Son las 11. El Cabildo entra a estudiar la manera de preparar la procesión del Corpus; de combatir la sequía acentuada de los campos; de expulsar de una vez a los portugueses intrusos, dueños de las Misiones y el Río Grande. Se toman apuntes. Hay varias representaciones que serán enviadas al rey. Acaba de arribar al puerto la sumaca de Buenos Aires "Flor de Mayo", barco correo entre ambas ciudades. Vino con retraso, por soplar un persistente Sudoeste que lo tomó de través con las velas a todo trapo, corriendo serio riesgo de irse contra el "tragabarcos" (así llaman al banco Inglés).

Don Benito Aizpurúa, el experimentado piloto del estuario, autor de un celebrado y consultado mapa del mismo, trae en persona pliegos del virrey del Pino. Se abren. Dice el virrey que conviene dar suelta a los tres navíos ingleses internados en la bahía, cuyos equipajes tienen al presente sus bodegas por cárcel, menos un escandaloso galés que ha sido encerrado en el calabozo de la Ciudadela. El Cabildo asiente, y se dan las órdenes pertinentes al comandante del apostadero. Sánchez de la Rozuela sonríe siempre, sonríe apenas. Los ingleses son sus amigos. Los ha estado protegiendo

mediante abundante provisión de alimentos. Es comerciante, sin dejar de ser súbdito de España. ¿Por qué el patriotismo hispano ha de ir acompañado de tales cortapisas mercantiles? ¿Qué tiene de ver el proteccionismo del conde Cabarrús con el sentimiento tradicional? La fidelidad a los reyes, ¿está condicionada por el hosco sentimiento de repulsa al extranjero que nos ofrece sus manufacturas? En estas cosas está pensando don Martín, mientras Aizpurúa busca afanosamente en la gaveta desentrañada unos pliegos que le dieron a última hora. Ya aparecen y se leen "in continente". Es una real orden por la que se desestima la petición de Montevideo de ascender a Consulado de Comercio, independizándose de Buenos Aires. El Cabildo se ha congelado. Don Martín ha trocado su sonrisa por una leve mueca. Ella estiliza su pensamiento. La mirada de don Martín se ha vuelto lejana. ¿En qué se halla abstraído este concreto mercader de un puerto de mar? Montevideo seguirá atado a la cadena de la rica gremialidad de Buenos Aires. Buenos Aires que quiso hace poco tiempo, apagar el faro de nuestro Cerro. Buenos Aires que se opuso a la erección de un faro en la isla de Flores. Buenos Aires que ve perder su importancia marítima en ventaja de Montevideo, tiene influencias cortesanas, y han vencido a Montevideo en su pretensión de consulado propio ..

Pero acaba de entrar el gobernador y toma la presidencia, que le ha cedido el alcalde de primer voto. Es una figura magnífica, magníficamente fea. Pero tiene una dignidad caudalosa, un empa-

que militar y caballeresco que parece constante desafío a su interlocutor. Es de una nobleza espiritual exquisita. Es un gentilhombre probo, capaz, bondadoso y enérgico a la vez. Es el mejor gobernador de Montevideo. Don Martín le mira, y le ve superior al régimen que representa. El gobernador ya posee duplicados de las comunicaciones abiertas en la sala capitular. Como su misión es cumplirlas, no opina absolutamente nada. Está contrariado, sin embargo. El imaginó que Montevideo sería, además de apostadero, el puerto final de España en el Río de la Plata. Pero no va a discutir, ni siquiera a analizar la decisión real. Su fidelidad es como la de un cadáver.

VIVIR LA HISTORIA

Benedetto Croce, en su ilustre revista de filosofía crítica ha dicho, hablando de Italia, que la patria ha de estar viva en la fantasía y en los corazones, pero que la historia debe ser "prosificada". Y el gran escritor completa y sintetiza su severo pensamiento con este ejemplo: "una cosa es el retrato afectuoso que el pintor traza de la criatura que ama, y otra cosa es el examen que del cuerpo, ejecuta el médico al prescribir un régimen curativo". Para Croce la verdadera historia de un país es la "reciente", no la antigua; así, los anales romanos no son la verdadera historia italiana porque sus glorias resonantes, su cultura se han universalizado, expandido, han sido "dadas" a los demás pueblos latinos del mundo. Ahora bien: eso que se ha dado ya no se posee, es historia antigua, y la historia verdadera encierra la ruta del presente que no es allanada por la política.

Ahora bien, el entusiasmo no suele ser compañero inseparable de la política, ciencia que se nutre a los senos de la realidad contemplada con ojos de crítica austeridad. La fantasía reina señera en el remoto pasado y allí puede alimentarse de la admiración pura de la juventud. La historia secular será un arte, si queréis, cercano de la concepción clásica de los Tucídides y Tácitos; la historia reciente es una ciencia experimental de comprobación, tanto espiritual como material. El

dualismo en cierta manera antagónico, que surge de las razonadas afirmaciones de Croce, que he expuesto intercalándolas y dándoles un tono generalizador, salta espontáneo a nuestra atención y reclama una solución apremiante.

La "historia-fantasía" es pábulo de la epopeya; la "historia-prosa" es una materia elaborada por la política. ¿Se excluyen? ¿Hasta dónde? ¿Qué papel juegan si las supiéramos relacionadas, una al lado de la otra? En el correr irrestañable de los tiempos ¿cómo se va enriqueciendo con la "historia prosa" que va el pueblo dejando tras sí la "historia-fantasía"? Ambas teóricamente se excluyen, son inconciliables, no caben bajo la misma tienda, pero su antagonismo no escapa a la obra unificante de la perspectiva. ¿Después de contemplar la lumbre sideral de reflejos áureos que despide el "Alfa doble" de la constelación del Centauro, nunca probasteis enfocarla con un poderoso lente? Pues bien, esa estrella de extraño parpadeo no es sino un par de gigantes del espacio cósmico: el telescopio las desdobla y aparecen en su campo nítidamente distintos.

Así la doble forma de historia de una nación. Depurada de sus lunares la "historia-fantasía", historia secular, de leyendas, de mitos, y de entusiasmo, resplandece.

Lo cercano cae bajo nuestros inquietos dedos que analizan y desmenuzan. La lejanía colora los objetos, y la vista se encarga de dar al cuadro su matización ideal.

¡Embrollada madeja la que va formando a nuestros ojos "eso" que unos llaman "ciencia histórica"

y "arte histórico" otros; unos entretenimiento de viejos, los demás acá perniciosa rememoración de las atrocidades humanas; y hay quienes la llaman pura poesía y sustancia musical! ¡Oh, historiadores, ayudadnos a pensar la historia y a desenredar su inextricable "selva selvaggia"!... La han llamado luz de los tiempos, maestra de la humanidad, desde los tiempos ciceronianos hasta los renanianos; se ha afirmado que es la ciencia de los grandes hombres, el pedestal de la gloria de los héroes, en Carlyle, y al mismo tiempo las regiones hiperbóreas la han saludado como el crisol donde se depura el dolor de la muchedumbre y se exalta el ideal del pan de los miserables... ¿Qué es la historia?

Un reciente congreso de ciencias históricas realizado en Francia ha terminado en pleno desconcierto. Mientras hubo técnicos encastillados en el credo nacionalista, no faltaron imparciales que han definido al historiador como un ser ataráxico, como un hombre que sólo ha de tener ojos para ver, oídos para oír y lengua para replicar. Del juicio, de la síntesis, de la impresión pintoresca, nada, ni una palabra. Atadme estos conceptos.

Vivamos, pues, la historia, sin procurar definirla demasiado precisamente. Es un río, y en cada remanso, en cada meandro de su larga y azaroza corriente, su color es diverso, sus márgenes diferentes, la perspectiva multiforme y cambiante. La historia somos nosotros en el mundo y el mundo en nosotros. Doble reflexión, y si queréis, a veces, doble refracción; emoción e inteligencia, como quiere Juan Agustín García en su filosofía inter-

pretativa, fina y depurada; ciencia útil o ciencia que para nada sirve, como escribió Fustel de Coulanges; espejo de las ideas o reproducción cinética de la vida ordinaria. La historia es el hombre, y el hombre ¿qué es?... Con el satírico español del Siglo de Oro os digo: "Concertadme estas medidas". Y adelante.

Y puesto que definir cien veces la historia no es definirla una vez, con eficacia, ¿qué os place, en el campo de sus hazañas, la historia grande o la historia pequeñita y amigajada? Se ha de empezar por las migajas, pero según sea el temperamento. Si tendéis irresistiblemente a la generalización vaporosa y brillante, estudiad la historia pequeñita. Si os atraílla con amorosa delectación la minucia histórica, acudid a abrevar vuestra cultura primeramente en la historia de gran estilo. Se dirá que por qué esta antítesis, esta contrariedad impuesta en la iniciación histórica a nuestras más caras inclinaciones. Por espíritu de armonía y proporción. Dígase lo que se quiera, pero todas las interpretaciones modernas de la historia han fallado. Queda lo antiguo. La historia es, sobre todo y ante todo, una ciencia clásica, una "humanidad". De allí nos vino la historia en discursos, la historia en mendrugos, la historia en brochazos. No se ha innovado desde entonces. Cambiará la perspectiva, el horizonte, la posición del observador, pero no ha cambiado ni el observador ni el aire que respira. Ni tampoco, fundamentalmente el criterio: o providencialismo o fatalismo. Elegid en Tito Livio, elegid en Tucídides, elegid en Bossuet, elegid en Mommsen, elegid en Menén-

dez y Pelayo, elegid en Taine. O no hay criterio o lo hay bajo esas dos formas sustanciales de interpretación. El azar es un fatalismo también. La libertad en la moral es un providencialismo evidente.

Leed a Tácito y contemplaréis que esa fórmula sin odio ni amor es un fatalismo. Tácito no tiene aire; nos ahogamos en su casa austera habitada por Némesis romana.

¡Y pensar que yo también quise definir la historia! Un escritor argentino de los más bondadosos y de los más laboriosos, desde su gabinete de francotirador de la historia por la que siente algo así como un cariño heredado por vínculos familiares con próceres patrios me ha sacado a relucir en un bello y jugoso libro. Y tomando esa mi definición, afirma, a su vez, que la historia es una sombra cósmica en cuyo húmedo seno se van depurando las verdades incompletas, se van disolviendo los errores, mientras el cono que forma y dibuja esa sombra gira sobre su invisible eje... Yo soy providencialista, pues.

Compara Benedetto Croce la historia a la terapéutica, con lo que da a entender claramente que el profesor de idealismo crítico de la nueva Italia, concede virtud taumatúrgica al estudio y a la enseñanza de la historia moderna, y la hace volver a la concepción en cierto modo clásica de la magistratura de la vida. Para él el desfile, un poco abigarrado y grosero, de personajes, fastos y escenas del pasado legendario, no educa las inteligencias infantiles sino que las entorpece en la penetración racional del conocer histórico auténtico.

Esta exposición y comentario que he trazado, bastante incorrectamente, de las profundas ideas de Croce, sirven para presentar el punto de vista filosófico desde cuyo alminar puede contemplarse el espectáculo magnífico de la historia como campo de experimentación de la ciencia política y de la historia, en cuanto domina el reino de la fantasía lógica ya depurada de los trampantojos de un patriotismo convencional.

Croce rechaza por vulgar y digna de sociólogos a la gruesa la acusación formulada ha tiempo contra la historia militar, a pretexto de que educa a la infancia y a la juventud en el culto de la gloria, gloria perversa y funesta para la vida pacífica. Tiene razón el filósofo en desechar ese argumento harto esgrimido por los partidos extremos, con fines electorales a menudo. Con todo, dicho argumento adquiere más consistencia una vez admitido que la historia es capaz de encender el entusiasmo patriótico de la juventud. Puede buscarse, no exclusivamente en los anales guerreros de un pueblo, sino también en otros hechos que caractericen y exalten "la civilidad" patria. Además, separando previamente, la historia antigua de la moderna, no hay ya peligro en excitar los sentidos, y por ellos llegar al cultivo intelectual de los niños, en el sentido de la admiración por el ideal nacional. Yo siempre he creído que dignificar en la escuela tan sólo las conquistas de las ciencias, como propias a la emulación juvenil, era algo así como un planteamiento de cierta doctrina humanitaria. La ciencia es universal, pertenece a la civilización, y por tanto, volveríamos

al concepto crociano de que al hacerla universal se desprende de las adherencias nacionalistas.

El filósofo no olvida al ciudadano, y admiten ambos la posibilidad o la realidad de una epopeya en el calor de hogar del soldado que retorna de la guerra con la imagen de la patria presente y viva.

Croce no admite, en cambio, que una epopeya sea historia, porque a ésta da por materia un motivo racional, y a aquélla un sentimiento iluminado por la memoria. A pesar de todas las limitaciones que hemos concedido a sus concepciones personales, no nos es posible dar paso a esta suprema que vendría a suprimir inmensos valores humanos, aun dando por sentado que Croce no niega la realidad misma de la epopeya como instrumento de civilización humana. Pero es que él distingue previamente, y conviene recordarlo para no ser injustos, la "ciencia" y la "cultura". En el reino de la ciencia predomina la razón, en el reino de la cultura hay ancho lugar para el sentimiento. Esto es alejar el problema con una clasificación, porque habría, primeramente, que esclarecer el problema de si la historia es ciencia o es cultura, o si una parte de ella es ciencia y la otra cultura. Croce parece inclinarse a lo segundo, por la clasificación mencionada de historia-fantasía e historia-prosificada.

En la cultura pone la epopeya, y recuerda unos versos elocuentes de Lamartine,

Un gran peuple sans ame est une vaste foule,
Sparte vit trois cent ans d'un seul jour d'heroisme.

Reconoce la unidad espiritual de un pueblo producida, como la chispa eléctrica, en la unidad simplísima de un instante inmortal.

Y he aquí el título de la epopeya saneada por la investigación filosófica.